EST. TIP. DE ARIBAU Y C.ª, SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

3

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO VIII.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

TOMO I.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
San Mateo, núm. 11, cuarto bajo.
1873.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

ALMANZOR Y BOBALIAS.

Durmiendo está el rey Almanzor
A un sabor á tan grande;
Los siete reyes de moros
No lo osaban acordare.
Recordólo Bobalias,
Bobalias el infante.
—Si dormides, el mi tio,
Si dormides, recordad:
Mandadme dar las escalas
Que fueron del rey mi padre,
Y dadme los siete mulos
Que las habian de llevar;
Y me deis los siete moros
Que las habian de armar,
Que amores de la Condesa
Yo no los puedo olvidar.
—«Malas mañas has, sobrino,

No las puedes ya dejar:
Al mejor sueño que duermo,
Luégo me has de recordar.» —
Ya le daban las escalas
Que fueron del rey su padre;
Ya le daban siete mulos
Que las habian de llevar;
Ya le dan los siete moros
Que las habian de armar.
A paredes de la Condesa
Allá las fueron á echar:
Allá al pié de una torre,
Y arriba subido han.
En brazos del conde Almenique
La Condesa van á hallar:
El infante la tomó,
Y con ella ido se han.

BOBALIAS EL PAGANO.

Por las sierras de Moncayo
Vi venir un renegado:
Bobalias ha por nombre,
Bobalias el Pagano.
Siete veces fuera moro,
Y otras tantas mal cristiano;
Y al cabo de las ocho
Engañólo su pecado,
Que dejó la fe de Cristo,
La de Mahoma ha tomado.
Éste fuera el mejor moro
Que de allende habia pasado:
Cartas le fueron venidas
Que Sevilla está en un llano.

Arma naos y galeras,
Gente de á pié y de á caballo:
Por Guadalquivir arriba
Su pendon llevan alzado.
En el campo de Tablada
Su real habian sentado,
Con trescientas de las tiendas
De seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
Está la del Renegado;
Encima en el chapitel
Estaba un rubí preciado:
Tanto relumbra de noche
Como el sol en dia claro.

LA MORILLA BURLADA.

Yo m'era mora Moraina,
Morilla de un bel catar:
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
Como aquel que bien la sabe: —
—Abrasme las puertas, mora,
Si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo t'abriré, mezquina,
Que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejó muerto;
Tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
Aquí me verás matar.
—Cuando esto oí, cuitada,

Comencéme á levantar,
Vistiérame una almejía
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abríla de par en par.

LA INFANTA MORA Y ALFONSO RAMOS.

Estaba la linda infanta
A la sombra de una oliva,
Peine de oro en las sus manos
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salia:
Vió veñir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida:
¿Y qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
Si me aseguras la vida.
—Diéselas, Alfonso Ramos,
Que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese por qué
La cabeza te cortaria.
—Si la mia me cortases,
La tuya te cortaria.

LA INFANTA SEVILLA Y PERANZULES.

Sevilla está en una torre
La más alta de Toledo;
Hermosa es á maravilla,
Que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
Por ver riberas del Tajo,
Y el campo todo enramado,
Como está de flores lleno.
Por un camino espacioso
Vió venir un caballero
Armado de todas armas,
Encima un caballo overo.
Presos siete moros traia
Aherrojados con fierro:
En alcance d'este viene
Un perro moro moreno,
Armado de piezas dobles
En un caballo ligero.
El continente que trae,
A guisa es de buen guerrero;
Blasfemando de Mahoma,
De sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:
—Espera, cristiano perro,
Que d'esos presos que llevas
Mi padre es el delantero,
Los otros son mis hermanos,
Y amigos que yo bien quiero;
Si me los das á rescate
Pagártelos he en dinero,
Y si hacerlo no quisieres

Quedarás hoy muerto, ó preso.—
En oirlo Peranzules
El caballo volvió luégo:
La lanza puso en el ristre:
Para el moro se va recio,
Con tal furia y ligereza
Cual suele llevar un trueno.
En el suelo le derriba,
Y á los primeros encuentros
Apeárase del caballo;
El pié le puso en el cuello;
Cortárale la cabeza:
Ya despues que hizo esto
Recogió su cabalgada,
Metióse luégo en Toledo.

CUESTION DE AMOR RESUELTA POR EL REY BUCAR.

Entre muchos moros sabios,
Que hubo en Andalucía,
Reinára un moro viejo
Que rey Bucar se decia.
Siendo ya de muchos años,
Que amancebado vivia,
Por ruegos de su manceba,
Que amaba mucho y queria,
Llamó á Córtes á sus gentes
Para un señalado dia,
Porque en ellas se tratase
Lo que á sus reinos cumplia.
De muchas leyes que pone
Ésta de nuevo añadia:
»Que todo hombre enamorado

Se casase con su amiga,
Y quien no la obedeciese
La vida le costaria.»
A todos parece bien,
A muchos les convenia;
Sino á un sobrino del Rey,
El cual ante d'él venía;
Con palabras muy quejosas
D'esta manera decia:
—La ley que tu alteza puso,
Cierto que me desplacia;
Todos se alegran con ella,
Yo solo me entristecia,
Que mal puedo yo casarme,
Siendo casada la mia:
Casada, y tan mal casada,
Que gran lástima ponia.
Una cosa os digo, Rey,
Que á nadie no lo diria,
Que si yo mucho la quiero,
Ella muy más me queria.—
Allí hablára el rey Bucar,
Esta respuesta le hacia.
—Siendo casada, cual dices,
La ley no te comprendia.

ABENÁMAR.

1.°

De su fortuna agraviado,
Y sujeto á quien le agravia,
De todo el mundo quejoso,
Porque lo está de su dama,

De su patria se querella
El desdichado Abenámar,
Y dice que le persigue,
Y á los extraños ampara;
Y que un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
Para gozar libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su bella mora ingrata,
Siendo en el talle disforme
Y sin provecho en las armas,
Porque el rey le favorece,
Y porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque le quiere Zaida.
Con esta imaginacion,
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un poco
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos perdidos,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su bien,
Y en la del tiempo sus ánsias;
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas;
Tan mal pagada su fe,
Porque de fe no se paga,
A un paje manda que luégo
Un pintor allí le traiga,
Que estas divisas le pinte
En el campo del adarga,
Porque una sola no puede
Manifestar su desgracia;
Porque tantas desventuras

Requieren divisas tantas,
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas,
Y el carbon hecho ceniza
Como lo está su esperanza:
Un rico avariento luégo,
Que una joya encierra y guarda,
Que teme que se la roben,
Porque él no puede gozarla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza:
Un invierno que comienza,
Con un verano que acaba:
Un jardin verde y hermoso
Que se marchita y estraga,
Gozado y pisado á solas
De unas groseras abarcas.—
Esto dijo el fuerte moro;
Y convertidas en saña
Las lágrimas y suspiros
A la pintura no aguarda.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra no la quiere,
Pues al mejor tiempo falta.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca,
Que no las quiere llevar
Por ser colores de Zaida.
De mujer no se despide,
Y de la ciudad se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

2.°

Entre leonados rubíes,
Entre verdes esmeraldas,
Sobre las muertas cenizas
De plumas que fueron pardas,
Sacó dos manos asidas
En el bonete Abenámar.
Blasonando la unidad
Del secreto y su esperanza,
Lo azul, que descubre el cielo
Entre seis estrellas claras.
El valiente cuello ciñen
Las rojas venas de Arabia,
Y á matices finos cubren
Del brazo la corta manga,
Y abona de la memoria
Los asaltos y emboscadas;
Porque lo asaltó en las paces
Amor con recias escalas.
Ya pisa el moro galan
Las alfombras del Alhambra,
Donde su primo Celin
Se casó con Celindaja;
A quien con voz algo triste
De rodillas en sus faldas,
A vueltas del parabien
Dijo quedo estas palabras:
—¡Oh prima del alma mia!
Por tu vida que bien asgas
La ocasion de los cabellos,
Y de fortuna las alas:
Enlaza este pecho tuyo

Con la mitad de tu alma :
Mil años con él te goces,
Y en él tus centellas ardan,
Que en las sombras de tu gloria
Yo mis tormentos trocára :
Idolo fuera del tiempo
Con seguro de mudanza ;
Y si cual te ves, me viera,
A los cielos de tu fama
Rindiera amor tus paredes,
Sujeto á ofrecerme pagas :
Cualquiera mármol cubriera,
Todos los bronces pintára,
Codicioso de tesoros
Al gusto que me sobrára.—
El moro dijera más ;
Pero la fortuna avara
Ordenó que Azarque fuese
A danzar con Celindaja.

3.°

Fuerte, galan y brioso,
Que á toda Granada espanta,
Rico de insignias de amor
Sale el valiente Abenámar.
Del colorado bonete
Lleva la vuelta bordada,
Con una cifra que dice :
«De amor es mi alegre causa.»
Aprieta bonete y frente
Una verde sinabafa,
Y entre dos moradas plumas
Lleva sujeta una blanca.

En medio roseta y toca,
Una esmerada medalla,
Con una cifra que dice:
«Entre dos hay sola un alma.»
Capellar y tunicela
Lleva de color morada,
Y á trechos cifras que dicen:
«Eres sol de mi esperanza.»
Lleva en el siniestro lado
Una fuerte cimitarra,
En un caballo tordillo
Todo cubierto de manchas;
El brazo derecho lleva
Con una leonada manga,
Y banderilla turquesca
En el cabo de la lanza;
Y paseando poco á poco
Llegó al campo de Daraja,
Mas vió que estaba cerrado
Por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
Adonde un poco se tarda,
Que fué para el galan moro
Celos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
Porque oyese sus pisadas,
Y en ello viese la mora
Que con aficion le aguarda.
Echó de ver su desdicha
En la celosa tardanza,
Y el corazon animoso
Tiernas lágrimas derrama.
Dice: —Salió verdadera
La sospecha de mi alma,
Adonde es bien conocido

Tu poca ley, y fe falsa.
Déjasme por un genizaro
Que fué de nacion cristiana,
Afrentado por Gomel
En las zambras del Alhambra.
¿Adónde está tu aficion
Y aquel amor que mostrabas?
¿Las lágrimas que vertias
Con amorosas palabras?
¡Oh más mudable que el viento
Más débil que frágil caña,
Más ingrata á mis servicios
Que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
Ni de ligera mudanza,
Porque al fin eres mujer,
Y sólo el nombre te basta.—
Dió vuelta el gallardo moro,
Toda la color mudada,
Dando al vulgo qué decir,
Con su alegría vuelta en rabia.

4.º

—Así no marchite el tiempo
El Abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y más que cabellos gracias;
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas

Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta,
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
¡Cierta señal que me agravia!
Y aunque más, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcaide de noche,
Y áun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada;
¡No es mucho que yo le canse,
Si en otra parte descansa!
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No sólo las obras niega,
Mas niégame las palabras.
Si le digo ¡vida mia!
Me responde: mis entrañas;
¡Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga!
Y miéntras más le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ánsias,
Que mis sospechas encienden
Y mis contentos abrasan.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa,
¡Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada!
¡Pues decir que le he ofendido!.....
¡En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana!
Si he tomado mano ajena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcoran se guarda.
Mas ¿para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
¡Aquella mujer mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
Que son traidores los hombres,
Como sus promesas falsas;
Muerto el fuego desparecen
Como escritas en el agua.
Del prometer al cumplir,
¡Qué jornadas hay tan largas!
¡Qué ventas en el camino,
Tan yermas y tan cerradas!

¡Ay Dios, que me acuerdo cuando!.....
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga.—
Dijo llorando Adalifa,
Celosa de su Abenámar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

5.°

Tan celosa está Adalifa
De su querido Abenámar,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamas le pierde de vista
En las fiestas y en las zambras,
Y si acaso por su rey
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña,
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejára un momento,
Mas siempre le acompañára,
Porque en apartarse de él
En vivo fuego se abrasa,
Y áun de sus palabras tiene
Celos, cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,

Y haciendo mil pruebas várias,
Porque al fin los celos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza;
Y como quien quiere bien
Jamas se asegura en nada,
Son los celos amorosos
Efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámar,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma:
—Valeroso capitan,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ánsias;
No te espantes que mis ojos
Ante tí derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazon
Con el fuego que le abrasa,
Cuyo valor excesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazon se descarga;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,

Celos y sospechas, lloro,
Porque el corazon descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas
No las mires, ni las veas,
Porque en hacello me agravias;
Que como eres tan galan,
Cuanto valiente en las armas,
Por galan te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámar le responde:
—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas
Si acaso no estás turbada,
Como Abenámar te tiene
Fe inviolable, aficion casta.
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano
Me mate á malas lanzadas;
Que jamas tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen
La libertad deseada;
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea

Cumplidas mis esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mia,
Se asegure tu esperanza;
Cesen tus celos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á tí en mi corazon,
Que Abenámar no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

6.°

Albornoces y turbantes
No traen los moros de Gelves,
Marlotas ni capellares,
Almaizales ni alquiceles;
Ni traban escaramuzas,
Ni alheñan los brazos fuertes,
Ni procuran por sus damas,
Si están presentes ó ausentes;
Ni de celosas porfías,
Ni de amorosas mercedes;
Todos de negros vestidos
Con vestidos portugueses,
Por la muerte de Abenámar,
Que de muchos es pariente.
Viendo que traga la tierra
A quien tragaba la gente,

Y que la muerte y amor
Jamas respetó valiente.
En casa del moro muerto
Mil vivos están presentes.
Unos publican la causa
De sus deseos ardientes;
Otros que murió de celos,
De desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
En años mozos y verdes,
Lloran sus amigos dél,
Y otros dél hay maldicientes,
Que hallaron al moro escrito,
Revolviendo sus papeles:
«Es mi voluntad, amigos,
Que si en Gelves yo muriese,
Que me entierren en mi tierra,
Porque más no me destierre;
Que en presencia son los males
Como en ausencia los bienes.»

AZARQUE EL GRANADINO.

1.°

Ensíllenme el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Denme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple;
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas

Entre blancos martinetes,
Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista dénme.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celin Amete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles;
Un Adónis que va á caza
De jabalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra : *Muere.*
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese,
A aquel discreto animoso,
A aquel galan y valiente
Almoralife el de Baza,
De Zulema descendiente,
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
Y suspirando mil veces
Del bello Adónis miraba
La gentileza y la suerte :
—Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses;
Viviré para gozarte;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada;
Tu firmeza no sea breve;
Procura, aunque eres mujer,
Ser de todas diferente.

No te parezcas á Vénus,
Aunque en beldad te pareces,
En olvidar á su amante
Y en no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desvele,
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse,
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente;
Acuérdate de mis ojos,
Que muchas lágrimas vierten,
¡Y á fe que lágrimas suyas
Pocas moras las merecen!—
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen;
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

2.º

—Recoge la rienda un poco;
Pára el caballo que aguija
Medroso del acicate

Con que furioso le picas;
Que, sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú desleal olvidas.
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias!
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á tí ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo, en mil años,
No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuera rica,
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas;
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
Si yo saberlo queria,
Cuando escuché tus razones
Y vi tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme;
No quiero que me las digas;

Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien será que te despidas
De mi alma y de mis ojos,
Como de mis celosías.—
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olías,
Y cerrando su balcon,
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

3.°

En un balcon de su casa
Estaba Azarque de pechos
Con el humilde Cegrí,
A quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
Estaba Azarque leyendo,
Que al pobre Cegrí causaba
Pena triste, y llanto eterno;
Cuando hácia la puerta Elvira
La larga vista tendiendo,
Vió cómo en el mar de España
Sus rayos lanzaba Febo;
Y bajándola algo más
A contemplar, cómo el suelo
Su bella color trocaba,
Mudando lo verde en negro,
Vió que entraba por la puerta

Nueva luz y otro sol nuevo,
Cuyos rayos excedian
A los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
Y quitando el negro velo,
Anunció con su verdura
Un no esperado contento.
Dijo Azarque: — Aunque mi vista
Aquel sol hiere de lleno,
Es Celinda la discreta,
O me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
Pues causa con sus efectos
En las almas donde toca
Gloria inmensa, y gozo inmenso.—
Reconociéndola el moro
Quitó el bonete de presto,
Humillando la cabeza
Hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
Y bajando todo el cuerpo,
Cumplió al moro su esperanza,
¡Que no fué favor pequeño!
Y de muy alegre, triste,
Porque se acabó tan presto.
Daba callando mil voces;
Que el gozo hace mil extremos.
Siguiéndola con la vista
La dice: — ¡Mucho te debo,
Pues sin haberte servido
Das tal pago á mis respetos:
Aqueste favor, señora,
Aunque yo no lo merezco,
Le pondré con los demas,
Cuyo número es incierto,

Y bastará su memoria
A desterrar mis tormentos,
Y entre glorias y pesares
Será bastante el tercero.—
Celinda en esto pasó,
Y Azarque dejando el puesto,
Ufano con tal merced
Se retiró á su aposento.

4.°

Arrancando los cabellos,
Maltratándose la cara,
Está la bella Adalifa,
Porque su Azarque se embarca,
Echando tierra en los ojos,
Mordiendo las manos blancas,
Maldiciendo del contrario
Por quien se hace la jornada.
—¡Ay capitan de mi gloria!
¡General de mis entrañas!
¡Patron de mis pensamientos!
¡Competidor de mis ánsias!
¡Lustre de mi rostro alegre!
¡Alegría de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Espejo en que me miraba?
¡Ay, Azarque, mi señor,
Mi señor, pues ¿qué me mandas?
¿Mándasme que esté esperando?
¡Larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
Y acá otra guerra te aguarda:
Piénsasme dejar en salvo

Y estoy metida en campaña.
¡Ay! si mi ausencia te aqueja,
Y mi favor te acompaña,
Tú solo serás bastante
Para vencer la batalla.
Mi fe te encomiendo, Azarque;
Allá vaya en tu compaña,
Porque vuelvas con victoria,
Pues con victoria te embarcas.
¡Bien dirás, Azarque mio,
Que mujeres son livianas!
Mas hay muchas diferentes,
Como soldados en armas.
Nadie me verá sin tí
En baile, sarao ó zambra;
Ni me verán en conciertos,
Sino metida en mi estancia.
Ya no me verán las moras
Vestir almaizar, ni galas,
Porque poco le aprovecha
Vestirse un cuerpo sin alma.—
Con esto llegó Celinda,
Prima hermana de Bahata,
Y dió fin á sus razones,
Pero no le dió á sus ánsias.

5.°

—Bien te acuerdas, fácil mora,
Que me llamaste tu amado,
Y que lloraste á mis ojos,
Aunque de Circe fué el llanto.
Bien sabes que me pediste
Celos, torciendo los brazos,

De tu madre, porque tiene
Grave rostro y blancas manos.
Bien sabes que en mi partida
Tus cabellos se juntaron
Con mis colores, creyendo
Que del amor fueran lazos,
Y que sin perlas el cuello,
Y con almaizales pardos
Estarias hasta verme,
Y que te creí de falso.
Tú te trocaste, Adalifa,
Y yo tambien me he trocado:
Si dura estás á mis quejas,
A las tuyas no estoy blando.
Tus cabellos no los quise,
Y por este desengaño
Conocerás que cabellos
No pueden atar soldados:
Y que vistas pardo ó verde,
De buriel ó de damasco,
No me importa, porque privo
Con quien arrastra tres altos.
Quiéreme alzar esta dama,
En cuyos amores ardo,
Con favores, y sin quejas,
Alegres y asegurados:
Mora que en las reales zambras
Tiene el cojin mas cercano
A la reina, por hermosa,
Y por dama de palacio.
Pasean competidores,
Y yo de todos triunfando
Gozo lo que merecian,
Siquiera por desvelados.
No hay dia sin nuevo gusto

Ni favor nuevo; ya he dado
En que no me traigan más
Para acabar de estrenallos,
Y porque vivas empresas
Que de mi ventura saco
No me cumple que se mezclen
Con los que se dan acaso.
¡Oh, si vieses, Adalifa,
La fineza de este trato!
¡Qué corrida que estarias
Del tuyo fingido y vário!
¡Oh, si vieses el amor
Conmigo agora tan franco!
¡Qué de envidia me tendrias
Viendo que contigo acabo!
Al fin, como acá es el mundo
Tan liberal y tan ancho,
De tus mudanzas me olvido,
Y de tu olvido me pago.
Doyte cuenta de mis bienes,
Porque te ofenda el pensallo,
Y porque entiendas que en mí
Tus memorias espiraron.
Y porque Aliaja me pide
Cuenta del tiempo que gasto;
Y de tí no hago cuenta;
Ya no más, porque me tardo.—

6.°

De Sevilla partió Azarque,
Dejando en ella su alma,
Que se la dejó en rehenes
A la hermosa Celindaja;

Porque la que lleva el moro
No es suya, sino prestada,
Que á la despedida triste
Se la quiso dar en guarda.
—Azar de los ojos mios,
Dice, pues vas de batalla
Armado de piezas dobles,
Como la razon lo manda,
Que te armes de sufrimiento
Te ruego, en esta jornada,
Y de firmeza en ausencia,
Que es causa de la mudanza.
Ya sé que por donde vas,
Moras verás más bizarras,
De mayor donaire y brío,
De más hermosura y gracia,
Donde podrás ocuparte,
Y olvidarme con maraña;
Mas ninguna te querrá
Del modo que esta tu esclava,
Pues que vivir yo sin tí,
Sin temor, recelos ni ansias,
Es cosa muy imposible,
Para quien de véras ama.
Si en algun sarao te hallares
Donde acudan mis contrarias,
Deten, Azarque, los ojos.
No tiendas la vista larga,
Que ojos que de rondon miran
Ocasiones de amor hallan.
Y con esto Alá te guie,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y el cuidado de tí tenga
Con que queda Celindaja.—

GAZUL.

1.°

Desesperado camina
Ese moro de Villalba,
Maldiciendo su ventura,
Porque en tal tiempo le falta:
No porque le den cuidado
Los bandos que hay en Granada,
Entre los linajes nobles
De Abencerrajes y Audallas:
No tiene envidia á los moros
Que son del Rey la privanza,
Ni los cargos ni alcaidías,
Con las insignias honradas:
Sólo estima el fuerte moro
Le deje la bella Zaida,
Guiada por las razones
De unas fingidas palabras.
Y considerando el moro
Su mucha hermosura y gracia,
Dice con suspiros tristes,
Sacados allá del alma:
—¿Quién causó tanto desvío?
¿Quién perturba mi esperanza?
¿Quién te mudó del intento
Firme, bella mora Zaida?
—¿Quién hizo que mis trofeos
Del lauro y altiva palma
Dejasen de coronar
Esta frente desdichada,
Sino algunos falsos pechos

De intencion falsa y dañada,
Que hicieron tu condicion
Del leon ó tigre hircana?
¡Oh lenguas de maldicion!
¡Calumniadoras de fama!
¡Salteadoras de las honras!
¡Almacenes de cizañas!
¡Alcázares de malicia!
¡Torres de desconfianza,
Que no sabiendo lo cierto
Sentencian con ley contraria!
¡Alá permita, crüeles,
Se paguen vuestras marañas,
En otra tal ocasion,
O en cosa que tanto os vaya,
Y que veais, inhumanos,
Pechos falsos, lenguas falsas,
Como os da el cielo castigo
Por la merecida paga!
¡Oh, cuán justos os mostrais
En la apariencia y palabras!
Y sois peores que lobos
Entre las ovejas mansas.—
Ardiendo se parte el moro
En una amorosa llama,
Despedido de gozar
De la bella mora Zaida;
Y al sagrado Tajo dice,
Mirando sus olas claras:
—¡Ay rio, si hablar supieras
Para declarar mis ánsias,
A quien mirando te está
La tarde, noche y mañana,
En el fin de tu corriente,
Y en la feliz Lusitania!—

2.°

—Si tan bien arrojas lanzas
Como las cañas arrojas,
No pretendas por galan,
Que á los Gazules deshonras.
No las zambras ni las fiestas
De las granadinas moras,
Que el nombre de fuerte pierdes
Cuando el de cobarde cobras.
Deja el vistoso albornoz,
El almaizar y marlota,
Y no te precies del oro,
Que á tu linaje desdoras:
Mira que las armas son
De más honra y ménos costa,
Y que los que no son nobles
Con ellas nobleza cobran.
Mide, Albenzaide, tu gusto
Con el estado que gozas,
Que á veces de altos deseos
Nacen esperanzas locas.
Huye de tu pensamiento,
Porque de plumas se adorna,
Ligeras para subirte,
Para sustentarte flojas.
No te arrojes en el mar,
Donde tantos vientos soplan,
Ya de furioso desden,
Ya de encubierta lisonja.
La libertad que se pierde,
Con gran trabajo se cobra,
Y más la que va perdida

Por una imposible cosa.—
Esto decia Gazul,
El que la fama pregona,
Puesto en olvido por pobre
De la bella Zaida mora.

3.°

Cuando de los enemigos,
En roja sangre bañado,
Defiende nuestras riberas
Más que los otros gallardo;
Cuando deja la marlota,
Y desnuda los damascos,
Vistiendo malla sangrienta
De los despojos contrarios;
Cuando de tu Abencerraje,
Si tienes hidalgo trato,
Cuanto es mayor el peligro
Has de tener más cuidado:
¡Entónces, ingrata mora,
En olorosos brocados
A mano ajena te rindes,
Y das de mano á tu amo!
Borraste el blason antiguo
De los reyes tus pasados,
Y pones menguantes lunas
En tus chapiteles altos.
Alá me vengue de tí;
Aunque para ser vengado
Bastante venganza das,
Y así la darás llorando,
Cuando de esos largos dias
Vieres que quedan burlados

Con sus concertados gustos
Tus gustos desconcertados.
¡Qué contento será verte
Cuando llegues á abrazallo,
Mezcladas tus trenzas rubias
Entre su copete blanco!
¡Y cuando de la otra mora
Las gracias te esté contando,
Y sus hijos atropellen
Tus alfombras y tu estrado!
¡Y cuando dejes las aguas
De Genil fértil y claro,
Y vayas á las riberas
Del turbio y corriente Tajo,
Donde no hay Abencerrajes,
Ni aquel tropel de caballos,
Que desde tus miradores
Mirabas correr gallardos!
Soledad te ha de causar,
Ingrata, el tiempo pasado,
Cuando en el presente mires
Todas tus glorias en blanco,
Y las divisas y amores,
Los papeles regalados,
Palabras y juramentos
En tu daño conjurados.
Todos han de ser verdugos
De tus años malogrados,
Cuando entregados los veas
A tan bien logrados años.
El tiempo es padre de celos,
Y quien tiene tiempo largo,
Detras de mil celosías
Aun no estará asegurado.
Serás celada en la córte,

Serás celada en el campo,
Serás celada en las fiestas,
Y en las zambras y saraos.
Celada serás en todo,
Y con ser celada tanto,
Nunca celada pondrás
A tus disgustos cansados.
Darás muy flaca disculpa
Cuando digas, que forzados
De tu padre, respondiste
El sí, que lastima á tantos.
Goza de lo que escogiste
Con ese descargo falso,
Que donde amor se atraviesa,
No hay padres reverenciados.

4.º

Límpiame la jacerina;
Vé presto, no tardes, paje,
Que para el fuego que tengo
Por muy presto será tarde;
Y quítame del bonete
Las verdes plumas que Azarque
Me dió, cuando fuí á su boda,
Pues se han vuelto plumas aire.
Pondrásme unas plumas negras,
Y una cifra que declare:
«Plomo son dentro en el alma,
Pues del alma el peso sale.»
Y á mi marlota amarilla
Le quitarás los diamantes,
Y harás que se los pongan
De un fino y negro azabache,

Porque llevando lo negro
Con lo amarillo, señale
Mi suerte desesperada,
Suerte que sin suerte sale;
Y unos llanos borceguíes
No guarnecidos ni graves,
Que á quien le falta la tierra
Es muy justo que se allane.
Dame la lanza de guerra,
La de los dos hierros grandes,
Que de la sangre cristiana
Están templados con sangre:
Que quiero que en esta nuestra
Nuevamente se acicale,
Porque he de pasar si puedo
Un cuerpo de parte á parte.
Y ponme en el tahelí
De diez el mejor alfanje,
Y la vaina tambien negra,
Porque á lo demas iguale;
Y el caballo que me dió
De presente, por su padre,
El cristiano de Jaen,
Que no quise otro rescate;
Y si no estuviere herrado
Harás luégo aderezarle,
Que pues no acierto con gentes,
Acierte con animales;
Y mudarás las correas
Que tengo en los acicates,
Y si no, dales con tinta,
No se vean los esmaltes. —
Aquesto dijo Gazul
Un mártes triste en la tarde,
Tarde triste para él,

Y al fin despojos de Marte,
Pues en él le vino nueva,
Que el miércoles adelante
Se casa su bella mora
Con su enemigo Albenzaide,
Moro rico de nacion,
Aunque de torpe linaje;
¡Pero venció la riqueza
A tres años de amistades!
Todo aquesto puesto á punto
Lo tiene, y comienza á armarse,
Que pues amor le desarma,
No es mucho contra amor se arme.
La primer señal de Vénus,
Mostrando su estrella sale,
Cuando sale de Sidonia,
Y para Jerez se parte.

5.°

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge,
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia airado;
De Jerez la vega corre,
De donde entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que siendo en linaje noble,

Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase tiernamente
De un agravio tan inorme,
Y á sus palabras la vega
Con dulces ecos responde:
—¡Zaida, dice, más airada
Que el mar que las naves sorbe,
Más dura é inexorable
Que las entrañas de un monte!
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas de mi alma
Ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abraces
Á las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruta y flores?
¿Dejas tu amado Gazul,
Dejas tres años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Que áun apénas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Pues las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Y que por celos suspires,
Y por ausencia le llores;
Y que de noche no duermas,

Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes;
Y en las fiestas y las zambras
No se vista tus colores,
Ni áun para verlas permita
Que á la ventana te asomes;
Y menosprecie en las cañas,
Para que más te alborotes,
El almaizar que le labres
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne;
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue Alá que suceda
Cuando la mano le tomes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.—
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche;
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con sus hachas encendidas
Y con libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos alzóse,
Y arrojándole la lanza
De parte á parte pasóle.

Alborotóse la plaza,
Desnudó el moro el estoque,
Y por mitad de la gente
Hácia Sidonia volvióse.

6.º

La bella Zaida Cegrí,
A quien hizo suerte avara
Esposa y viuda en un punto
Por una arrojada lanza,
Sobre el cuerpo de Albenzaide
Destila líquida plata,
Y convertida en cabellos
Esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
Por do el moro se desangra
Pone, y en Gazul los ojos,
Que está lidiando en la plaza.
—¡Oh cruel más que celoso!
Le dice con voz turbada:
Ruego á Alá que de esta empresa
Presto recibas la paga,
Y que en medio del camino
Cuando á tu Sidonia vayas,
Encuentres, aunque sea solo,
A Garci-Perez de Vargas,
Y que en viéndole te turbes,
Y con fuerza desmayada
No puedas regir la rienda
Ni cubrirte con la adarga.
Cautivo quedes ó muerto,
¡Valiente sólo en la fama!
¡Guerreador entre libreas,

No entre arneses y corazas!
Y si á Sidonia volvieres
A los ojos de tu amada,
Celos se vengan á hacer
Sospechas averiguadas.
Torna, deja los amores
De fe burladora y falsa,
Por cuya mudanza espero
Hacer honrosa mudanza.
¡Envaina, perro, el alfanje!
¡Vuelve, traidor, las espaldas,
Pues estás hecho á volver
La fe, y á nunca guardarla!
Nunca tú tuviste amor,
No vienes de buena casta,
Que el amador bien nacido
Jamas procuró venganza.
Torno á decir, que permita
Alá, que tan mal te vaya
En guerra, en paz, en amor,
Que pierdas con la ganancia.
Tu dama la de Sanlúcar,
Cuando vuelvas sea casada,
Y en parte donde no pueda
Verte cuando á vella vayas;
Y si casada no fuere,
Verdad no te diga en nada;
Enfádenle tus servicios,
Y cánsenle tus palabras. —
El moro estando en aquesto
En la plaza se hace plaza,
Y deja que el viento lleve
Sus quejas y sus palabras.

7.°

Por la plaza de Sanlúcar
Galan paseando viene
El animoso Gazul,
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas el Alcaide
Por las treguas de los reyes.
Adora una bella mora,
Reliquia de los valiéntes
Que mataron en Granada
Los Cegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
Vuelve y revuelve mil veces;
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes;
Y al cabo de un hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir á un balcon
Haciendo los años breves;
Y arremetiendo al caballo
Por ver el sol que amanece,
Haciendo que se arrodille
Y el suelo en su nombre bese,
Con voz turbada la dice:
—No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Mas volverá mi cuidado

Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.—
Celosa estaba Celinda,
Que envidiosos, como suelen,
A Zaida la de Jerez
Dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al moro:
—¡Si en las cañas te sucede
Como mi pecho desea
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran
Y á los que más aborreces!
Mas plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas
Porque mueras como mientes;
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceles,
Porque si quieres vengarte
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Porque muerto en hombros salgas
Cuando á matar damas entres;
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.—
El moro piensa que burla,
Que es propio del inocente,

Y alzándose en los estribos
Tomarle la mano quiere:
—Miente, le dice, señora,
El moro que me revuelve,
A quien esa maldicion
Le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
Y de su amor se arrepiente,
Que su desden y tu amor
Han hecho mi fuego nieve.
¡Malditos sean tres años
Que la serví por mi suerte,
Pues me dejó por un moro
Más rico de pobres bienes! —
Oyendo aquesto Celinda
Aquí la paciencia pierde,
Cerró la ventana airada,
Y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entónces un paje
Con sus caballos jinetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
Toma, y furioso arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las fuertes paredes,
Y manda que sus caballos,
Jaeces y plumas truequen,
De verdes en leonadas,
Y parte furioso á Gelves.

8.°

A media legua de Gelves

Hincó en el suelo la lanza,
Y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se para.
Pensando en las maldiciones
De su Celinda, y de Zaida,
Está diciendo: —¡Fortuna,
Siempre me fuiste contraria! —
Y entre suspiro y suspiro
Un ¡ay! con rabiosa saña
Arranca del fuerte pecho,
Sin otras razones várias.
— El ausencia de Celinda
No me atormenta ni cansa,
Porque fuera sin razon
Maldiciéndome adamalla.
Con esto, indignado y fiero
Enristró su fuerte lanza,
Y contra un nudoso roble
Hizo tres trozos el asta.
Quitó al caballo el jaez;
Y la empresa de su dama,
Como si fuese leon,
Con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda
Que le puso en la celada
Su enamorada Celinda,
Tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
Y cuanto su fuerza basta,
Despide rompiendo el aire
Porque burle su mudanza.
— ¿Para qué quiero yo adornos,
Si llevo adornada el alma
De maldiciones injustas
Por premio de mi ganancia?

Más me vale ir despojado,
Pues lo voy de la esperanza,
Y aunque no de los cuidados
Que me atormentan y cansan.
Yo tomaré en estos robles
De mi mal cruda venganza.
Mas ¿qué digo? ¿Estoy en mí?
No tienen sentido plantas. —
Quitó el freno á su caballo,
Y echóle por la ventana,
Diciendo: — Vé á tu albedrío,
Que así me dijo á mí Zaida.
El caballo estando suelto
Al punto á correr arranca,
Y él prosigue su camino
A pié, sin yelmo ni lanza.

9.°

Cual bravo toro vencido
Que escarba la roja arena,
De su Celinda afrentado,
Gazul á Sanlúcar deja.
Desesperado va el moro
En una alazana yegua,
Con un jaez leonado,
De su congoja la muestra.
En naranjado y en negro
Lo blanco y lo verde trueca,
Y lo amoroso morado
En rabia cruel y negra.
Una marlota vestida
De blanco y azul á medias,
Y en la parte que era azul

Unas nubladas estrellas.
Listados van los volantes
De encarnado y seda negra,
El bonete azul escuro,
Cielo de luto y tristeza;
Solamente el tahalí
Del alfanje, verde lleva,
Porque él solo ha de vengarse
De quien revuelve su esfera;
Y de la triste color
Que queda en la seca arena,
El moro lleva la toca
Que el nervioso brazo aprieta;
Negros son los borceguíes,
Y negras las estriberas;
Negras las ligas y cabos
Y barcinas las espuelas:
No lleva lanza alheñada,
Que ya la volára en piezas
En la pared de su dama,
Cuando le cerró la puerta.
Lleva datilada adarga,
Y en ella una nueva seña,
Que es un cielo escuro y triste,
Y en medio una luna llena:
Llena, pero ya eclipsada,
Y alrededor esta letra:
«Tan oscura como clara,
»Y tan cruel como bella»;
Y pues le quitó Celinda
Las alas con que alto vuela,
No quiere plumas el moro
En su gallarda cabeza.
Miércoles á mediodia
Gazul por los Gelves entra;

Vase derecho á la plaza,
Y á jugar cañas comienza.
No le conocen las damas
Por la trocada librea,
Ni le conoce su Alcaide
Hasta que más cerca llega.
Las adargas pasa el moro
Cual de blanda ó tierna cera,
Con los veloces bohordos
Que tira en la fértil vega.
No hay quien al moro resista,
La gente se hace afuera,
Que viene desesperado
Y por las obras lo muestra.
Alborótase la plaza,
Y sólo Gazul se queda
Diciendo, al cielo mirando,
Con voz colérica y recia:
—¡Ojalá las maldiciones
De Celinda se cumplieran,
Y en mi pecho atravesadas
Alheñadas lanzas viera!
¡Y que en lugar de llorarme
Las damas me maldijeran,
Y muerto afrentosamente
En hombros de aquí saliera!
¡Y que nadie me ayudara,
Porque dar gusto pudiera
A aquella airada leona,
Que ver mi muerte desea!—
Aquesto diciendo el moro
La veloz yegua rodea,
Jurando de no volver
Donde Celinda lo vea.

10.

En el tiempo que Celinda
Cerró airada la ventana,
Y la disculpa á los celos
Que el moro Gazul le daba,
Confusa y arrepentida
De haberse fingido airada:
Por verle y desagraviarle
El corazon se le abrasa;
Que en el villano de amor
Es muy cierta esta mudanza,
Y la danzan muchas veces
Los que de véras se aman.
Y como supo que el moro
Rompió furioso la lanza
Que llevaba para entrar
En Gelves á jugar cañas,
Y que la librea verde
Habia trocado en leonada,
Sacó luégo una marlota
De tafetan rojo y plata,
Y un bizarro capellar
De tela de oro morada,
Llenos de costosas perlas
Los rapacejos y franjas,
Con un bonete cubierto
De zafiros y esmeraldas,
Que publican celos muertos,
Y vivas las esperanzas,
Con una nevada toca
Con plumas verdes y blancas,
Y con acerados hierros

Una lanza naranjada :
Que el color de la veleta
Tambien publica bonanza.
Un liston de verde claro
Con que trajese la adarga,
Con una letra que dice :
«Guárdele bien quien bien ama»,
Informándose primero
Adonde Gazul estaba,
Y que las fiestas de Gelves
A otro dia se dilatan,
A una casa de placer
Aquella tarde le llama;
Y diciéndole á Gazul,
Que Celinda le aguardaba,
Al paje le preguntó
Tres veces, si se burlaba :
Que son malas de creer
Las nuevas muy deseadas,
A lo ménos las que esperan
Personas enamoradas;
Y afirmándole que sí,
Sin hablarle más palabra,
Se sale á ver en la gloria
De los ojos de su dama.
Encontróla en un jardin
Que un almoraduj cortaba,
Y dejaba las violetas
Azules por las moradas.
Entre mosqueta y jazmin
Un ramito concertaba,
Poniendo lo blanco al pecho
Y lo morado en el alma.
Viéndose el moro con ella,
Apénas los ojos alza,

Que á quien sale de lo oscuro
Turbacion el sol le causa.
Celinda le asió la mano,
Un poco roja y turbada;
Y al fin de infinitas quejas,
Que en tales pasos se pasan,
Dijo Gazul: — ¿Es posible,
Señora, que deis tal paga
A quien por Alá te juro
Que cuando sin tí se halla
Moriria á no traerte
En la idea retratada?
¡Y si de Jerez me acuerdo
Mátenme de una lanzada,
Del modo que yo maté
Al desposado de Zaida;
O véate yo en los brazos
De quien más celos me causa,
Y que por desesperarme
Tiernos favores le hagas,
Si el moro que te ha informado
Te dijo verdad en nada! —
La mora quedó con esto
Satisfecha y muy pagada,
Y entre ellos el aficion
Con más firmeza que estaba,
Que de revolver amantes
Otra cosa no se saca.
Vistióse al fin las preseas
Con las manos de su dama;
Y sobre un caballo overo
Con los jaeces de plata,
Un bozal de oro morado,
Moradas plumas y banda,
Despues de haberse abrazado

Con palabras regaladas,
Se parte Gazul á Gelves
Contento á jugar las cañas.

11.

De los trofeos de amor
Ya coronadas sus sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y en su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.
La librea de los pajes
Es roja, morada y verde;
Divisa cierta y colores
De la que en su alma tiene.
Todos con lanzas leonadas
En corredores jinetes,
Adornados de penachos
Y de costosos jaeces:
Él mismo se trae la adarga,
En quien un Fénix parece,
Que en vivas llamas se abrasa
Y en cenizas se resuelve.
La letra, si bien me acuerdo,
Dice: «Es inconveniente
Poderse disimular
El fuego que amor enciende.»
Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete:
En pié se pusieron todas,
Bien ciertas que más merece.

Entre ellas estaba Zaida,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el moro,
Aunque agora la aborrece.
Fué causa una sinrazon,
Que en amantes mucho puede,
Y viene á ser quien la hizo
El arrepentido siempre.
Con ella estaba Zafira,
Y Alminda, que dueño tiene
En grado muy allegado
Con los granadinos reyes.
Y como vido á Gazul
Renovóse el accidente,
Y tanto cuanto le mira
Más le adora y más le quiere;
Y así cual puesta en balanza,
Dando el alma mil vaivenes,
Celosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zaida
Que de nuevo se entristece,
Para divertirla dijo
Le descubra lo que siente.
Turbada la respondió:
— Una imaginacion fuerte
Ha sido la causadora
De este mal que á puntos crece.
— Mejor será, dijo Alminda,
Refrenarla, porque suele
Despues de haber discurrido,
Dar al traves las más veces.
— Bien muestras, le respondió
La de Jerez, que no sientes
Los celos y fantasías,

Ni sabes qué son desdenes,
Que á saberlo, soy bien cierta
Que otra compasion tuvieses
Demí, que padezco y muero
Deeste mal que tú no entiendes. —
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque,
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al són de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta;
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba prisa el cano tiempo
A Apolo, porque detiene
Su velocísimo carro,
De su tardanza impaciente;
Y cuando llegó al ocaso,
Su contrario que lo siente,
Con no ménos movimiento
Bate las alas y viene,
A cuya venida todos

Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los jueces.

12.

Despues que el fuerte Gazul
Volvió de Gelves con vida,
De correr celosas cañas
Para su dulce Celinda,
En la plaza de Sanlúcar
La misma tarde á la brida
Se presenta dando vueltas
Al puerto de su alegría.
De morado y recamado
Un rojo alquicer traia,
Y un bonete verde oscuro
Con la toca tunecina;
Los adornos del caballo
Van con la misma divisa;
Sólo muestra el borceguí
De oro la labor pajiza,
Que ya la desconfianza
Trae bajo del pié metida,
Porque Celinda está cierta
Que á la ingrata Zaida olvida.
Con tanta gracia pasea
De ver la luz de su vida,
Que el caballo áun de las piedras
Saca polvo cuando pisa.
Labrando un caparazon
Para su Gazul Celinda
Estaba en esta ocasion,
Sola, triste y retraida.

Quiso dibujar un lirio
En un recamo que hacia,
Y sobre el dibujo puso
Una rosa alejandrina.
Echó en el color de ver
Que no es la flor que queria,
Y queriéndola quitar
La mano, el intento quita:
Que en los sucesos de amor,
Cuando el paso desvaría,
Truecan suerte los efectos
Por do el corazon los guia;
Y viendo que á sus antojos
Cuanto más ménos atina,
Deja la labor y sale
Enojada de sí misma;
Y viendo al fuerte Gazul
Que á otra cosa no atendia,
Deja el balcon presurosa
Y luégo á llamarlo envia;
Y dando razon de Gelves,
Y de su buena venida,
Dejando frias sospechas,
Entregaron ambas vidas.

13.

Estando toda la córte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre moros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,
Que llevan ocho rejones

Y en ellos mil esperanzas,
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y más en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas,
Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama
Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria;
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir sólo por ella
Toda la ocupa y levanta:
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Y en los apacibles suyos
Los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
Del Príncipe y de la Infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza pára.
Despues del galan paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejon
Y el diestro brazo levanta;
Furioso acomete y pica,
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
El rostro al caballo espanta,

Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la córte
Del airoso brío y gracia,
Porque ningun lance pierde
Y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
A la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro,
Famoso entre la manada,
No de la orilla del Bétis,
Ni Genil, ni Guadiana,
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente bellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
A quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo
La piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,
Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza,
Y casi en la blanda arena
El hendido pié no estampa.
Sale al encuentro Gazul,

Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro
Vibrando al rejon el asta;
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
El suelo mide la espalda,
Los piés que en la tierra herian
Al cielo vuelven las plantas;
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene más que arrogancia;
De cuya herida en un punto
Revuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
A quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Algava.

14.

Al tiempo que el sol esconde
Debajo del mar su lumbre
Y de rojos arreboles
Colora el aire y las nubes,

Llegaba el fuerte Gazul
A Alcalá de los Gazules
Con cuatrocientos hidalgos
De los moros andaluces;
Y apénas llegaba, cuando
«Suenan tiros y arcabuces,
»Atabales y trompetas,
»Chirimías, sacabuches,
»Que venía á echar de España
»A Zulema, rey de Túnez,
»Que estaba ya apoderado
»De Marbella y sus alumbres.»
Y aunque entra de noche el moro,
No quiere ni pide lumbres,
Que el claro sol de Celinda
Quiere sólo que le alumbre;
Y á la entrada de la villa
«Suenan tiros y arcabuces, etc.»
Todas las damas por vello
A los miradores suben,
Sólo su esposa Celinda
Del suyo se esconde y huye.
Como no sale Celinda,
El corazon se le cubre
De temerosas sospechas,
De celosas pesadumbres;
Y apeándose en palacio,
«Suenan tiros y arcabuces, etc.»
Gazul del caballo baja
Y á ver á su esposa sube;
Hállala sola y tan triste
Que en suspiros se consume.
El moro llega á abrazalla,
Y ella se aparta y rehuye.
Y él dice: — ¿Cómo es posible

Que tal conmigo se use? —
Y ántes que ella le responda
«Suenan tiros y arcabuces, etc.»
Al fin le dice con ira:
—Traidor, ¿adónde se sufre
Que en cuatro meses de ausencia
De escribirme te descuides? —
Humilde responde el moro:
—«Mi bien, no es bien que me culpes,
Pues la pluma sin la lanza
Tomar un punto no pude.» —
Abrazárouse, y al punto
«Suenan tiros y arcabuces, etc.»

15.

Del perezoso Morfeo
Los roncos pífaros suenan,
Que se tocan porque el dia
Hace con la noche treguas.
Ya del bullicioso vulgo
Las trampas y tratos cesan,
Y del pequeño al mayor
Con el dulce sueño huelgan:
Sólo el triste canto se oye
De nocturnas avezuelas,
Y el retumbido del vulgo
Hace un ru, ru, en las orejas.
En medio de este silencio
De Zaida las quejas suenan,
Que con temor de la muerte
Cuando todos duermen vela:
«Que no hay quien quiera
»Morir aunque la muerte sea ligera.»

Que como hay tantos malsines,
Por congraciarse con ella
Le han dicho, como Gazul
De dalle la muerte ordena.
Toma el vestido de un moro
Y el suyo de mora deja,
Y así sale á media noche
De Jerez de la Frontera:
«Que no hay quien quiera, etc.»
En un ligero caballo,
Con una lanza ligera,
Tan animosa, que es harto
Que Gazul algo la exceda:
Y á cada paso que da
Vuelve hácia atras la cabeza,
Y con el miedo imagina
Su enemigo va tras ella:
«Que no hay quien quiera, etc.»
El camino real dejó
Porque la dejen sospechas,
Y hácia Sevilla camina,
Por una oculta sendera;
Y aunque el caballo brioso
Va corriendo á rienda suelta,
Con el temor, le parece
Que no anda más que una piedra:
«Que no hay quien quiera, etc.»
Aunque quiere ir con secreto,
Los suspiros no la dejan,
Que le salen por la boca
Cual furiosas escopetas.
Cada momento se para,
Y escucha si gente suena;
Y como no suena nadie,
Apresura su carrera;

«Que no hay quien quiera, etc.»
Antojósela que el aire
La habla y dice: «Esposa, espera;
Haré de tí un sacrificio,
Que Albenzaide grato sea.»
Con aquesta fantasía,
Va más que no viva muerta;
Y aunque el temor la desmaya,
Saca fuerza de flaqueza:
«Que no hay quien quiera, etc.»
Llegó á vista de Sevilla,
Y á guardar que noche sea,
Y á las diez se va á apear
A casa de una parienta,
Donde estuvo algunos dias:
Y en siendo del todo cierta,
Ser mentira lo pasado,
Se tornó á Jerez contenta.
«Que no hay quien quiera
Morir, aunque la muerte sea ligera.»

ZAIDE.

1.°

Zaide ha prometido fiestas
A las damas de Granada,
Porque dicen que su ausencia
De fiestas las tiene faltas;
Y para poder cumplir
Lo que promete á las damas,
Concierta con sus amigos
De hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,

Concierta una encamisada,
Para las damas secreta,
Y para el vulgo callada.
Y ántes que la clara aurora
El pecho se rasgue y abra,
Entra el venturoso moro
Con su ilustre camarada:
Hecha escuadra de cincuenta
Va toda bien concertada.
Cegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con las Ferraras,
Madrugan para coger
A las damas descuidadas,
Deseosos de ver libre
Lo que encubre tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
De unas floridas guirnaldas;
Muchas cañas llevan verdes,
Y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
Ya las trompas y dulzainas,
Ya los gritos y alaridos,
Ya las voces y algazára,
Ya los añafiles tocan,
Ya les responden las cajas,
Y el envidioso Albaicin
Con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
Con los cascabeles andan,
Moviendo tanto ruido,
Que á la ciudad amenazan,

Unos corren, otros gritan,
Otros dicen: Pára, pára,
Sigan órden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gerea
No se deje, ni su plaza;
Otros, de Vavataubin
Vuelvan luégo á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambla,
Corran toda la ciudad,
Viva Albolun, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido despiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca;
Cuál por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotodas,
Aunque del cuidado nacen
A cada mora mil ánsias.
De pechos, y en pechos puesta
A la ventana asomada
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan sólo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
Y Muza su camarada;
Luégo todos á la folla

Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas véras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugára.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar á la gente,
Diciendo: Aparta, aparta.

2.°

Ya que la aurora dejaba
De Titon el lecho, y vuelve
A la tierra el rostro hermoso
Con la claridad que suele,
Sale un moro descompuesto
Que Zaide por nombre tiene,
Disfrazado, sólo al fin,
Que es lo que de amor pretende.
No trae adarga ni lanza,
Caballo, pluma en bonete,
Ni la marlota bordada,
Plumas, cifra ó martinetes;
Aunque al lado del vestido
Una letra se parece
Que declara en aljamia:
«Así me tratan desdenes.»
Vestido un débil gaban,
Porque con vestido leve,
Es más honor la nobleza,
Y más oculta parece;
Y con la falta que muestra
De le faltar lo que quiere,

Va gallardo el fuerte moro,
Porque hoy amor le enriquece;
Y aunque por montes camina
A do gentes no parecen,
Es el ver su gallardía
Lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
Como él es hijo de Hemete,
Alcaide de los castillos
Que hacen á Granada fuerte,
Pues oro, plata ni sedas
No dan honor ni enriquecen,
Que la marcha en su linaje
Oro quitarla no puede,
Porque nunca Febo sale
Si la noche prevalece,
O cuando ya la mañana
Con luz abundante crece.
De celos vive seguro,
Que es dón que no se concede
A aquellos que son amantes,
Ni á todos los que pueden.
Lleva sólo un rico alfanje
Oculto do no parece,
Y bien seguro de sí,
Aunque más armas no lleve;
Y de su patria Granada
Le manda amor que se ausente
Hácia do vive su Zaida,
En cuya ausencia se muere,
Por ser la más bella dama
Que cria el sol del Oriente.
Vive ausente de la córte,
Porque el Rey así los quiere.
Es hija de un Alfaquí,

A quien el Rey mucho debe;
Allegado á la corona,
Del mismo Rey descendiente;
Y porque no se permite
Casar con moro pariente,
No es hoy su yerno el Rey,
De lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
Despues de muchos reveses,
Y palabra de ser suya
Si el tiempo no lo impidiese.
Despues de andar sus jornadas,
Cansado de verse ausente,
Llegó vista de la torre
Que dentro á su mora tiene.

3.°

Por la calle de su dama
Paseando se halla Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablalle.
Desesperado anda el moro,
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con sólo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir á un balcon,
Más bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zaide diciendo:
—Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criadas y mis pajes,

Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes,
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.—
Humilde responde al moro:
—Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mia,
Pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy,
Si el negocio va adelante:
¡Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento el dejarte!
Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre,
Sobre aguardarte de noche,
Como siempre vienes tarde,
Y por quitar ocasiones
Dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
Hermosa, y de galan talle,
Que te quiera, y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.—
Humilde respondió el moro,
Cargado de mil pesares:
—¡No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases!
¡No entendí que tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Por un moro feo y torpe,

Indigno de un bien tan grande!
¿Tú eres la que dijiste
En el balcon la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré
Y tuya es mi vida, Zaide»?

4.°

Fijó, pues, Zaide los ojos
Tan alegres cual conviene,
Por ser el tiempo cumplido
De su tan propicia suerte,
Y dice: —¡Dichoso muro,
Y dichosas tus paredes,
A donde vive mi Zaida,
Y mi alma que ella tiene!
¡Dichoso el suelo que pisa
Con razon llamarse puede!
Pues en él sienta sus plantas
Hechas de fuego y de nieve;
¡Y más dichoso tú, Zaide,
Si dar fin Alá quisiese
A esta tan terrible ausencia,
En que pensé que muriese!
El descanso desta vida,
Si durase para siempre,
¡Cuántos más le procuráran
De los que buscarle suelen!
Y si la mortalidad
Que nos convida á la muerte,
Aunque con tarda esperanza,
Esperarla nos conviene;
Ya desde luégo la espero,
Y en Alá primeramente,

Que al fin dichoso en tus brazos,
Me dará próspero alegre.
Y si en la más alta cima
Me hallase, y se permitiese,
Y mi amor hiciese efecto,
¡Dichosa sería mi suerte!
¡Bella Zaida de mis ojos!
Dichoso si ya te viese
En estos rendidos brazos,
Dichosos entre mil gentes!
Llega, pues, verás tu Zaide,
Que nombras galan y fuerte,
El cual en saber amarte
A todos pasa y excede.
Debiera ser tu belleza
Tan libre como la muerte,
¡Aunque si tan libre fuera,
Dieras á mil mundos muerte!
¡Bella Zaida! llega á tiempo
Que alcance mi avara suerte
La palma de tu valor,
Pues es deuda que me debes.—
Y como la vido el moro,
Dijo :— ¡Si Alá permitiese
Que para alumbrar mis hechos
Tal sol no se oscureciese!
Y porque mi lengua muda
Temo que no manifieste
Lo mucho que noto en tí,
Dígalo quien más sintiere.—
La mora responde: —Zaide,
Si de tí cierta estuviese
Que traias la lengua muda,
Juro que te obedeciese;
Mas temo que tus palabras

A la fin se me volviesen,
Por remate de amistad,
Cada una una serpiente.—
Zaide respondió: — ¡Señora,
Si en mí tal jamas hubiere,
Quiero me falte la tierra,
Y el cielo su luz me niegue!—
Con esto los dos asientan
Una amistad firme y fuerte,
Para no faltar jamas,
Si no falta con la muerte.

5.°

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mujeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe,
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que eres gallardo jinete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse;

Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte:
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarren;
Y con esto, Zaide amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras
Como supiste obligarme!
Pero no saliste apénas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,

Que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes.
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
Como le desafiaste
Por las verdades que dijo,
¡Que nunca fueran verdades!
De mala gana me rio:
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte:
Ésta será la postrera
Que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pague.»

6.°

Mira, Zaida, que te digo
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada sin causa
De aborrecerme y dejarme.
No preguntas en qué entiendo,
Ni consientes visitarte;
Mis recaudos aborreces,
Mis billetes te desplacen,
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,

Y que con donaire y brío
Bailas, danzas, cantas, tañes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre,
No con espada ni lanza,
Sino con armas más graves;
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguaje,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares;
Que pierdo mucho en perderte;
Y gano mucho en ganarte;
Y si sólo me quisieras,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de quedarme
De la suerte que me dejas,
Huyendo tus novedades:
Que eres pródiga en amar
Y presta en determinarte,
Ligerísima en querer,
Y más ligera en mudarte.
Habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad,
Y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mujeres.
De tantas gracias y partes,
Porque hay pocas tan discretas,
Que en general poco saben:
Mas por eso, Zaida amiga,
Cuando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de hacer más de una llave.
¡Costosa es la que me diste!

¡Venturoso fuera Zaide
Si conservarte supiera
Como supo enamorarte!
Mas no bien hube salido
De los jardines de Tarfe,
Cuando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerraje,
No porque enseñé la trenza
Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte.
De esto no estarás quejosa,
Ni llamarás disparate
No guardar yo tus secretos,
Y querer que otro los guarde;
Que quien como hombre las siente.
Callar como piedra sabe;
Y aunque de quejas reviente,
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí si no es por amarte,
Que soy extremo en quererte,
Y tú extremo en despreciarme.
Mas quien de mujeres fia
Es justo que así le traten,
Y que por mí digan todos:
Quien tal hace que tal pague.

7.°

Dí, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No dés crédito á mujeres
No fundadas en verdades;

Que si pregunto en qué entiendes,
O quién viene á visitarte,
Son fiestas de mi tormento
Ver que visitas te aplacen.
Si dices que estás corrida
De que Zaide poco sabe,
¡ No sé poco, pues que supe
Conocerte y adorarte!
Si dices son por mi causa
Las que en el rostro te salen,
¡ Por la tuya con mis ojos,
Tengo regada tu calle!
Confiesas que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
Pocas tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
Que ya el quererme te canse,
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dejarme;
No entendí que eras mujer
A quien novedad aplace;
Mas son tales mis desdichas
Que en mí lo imposible hacen:
Y hanme puesto en tal extremo
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme para hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dejaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo,
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo le he sido,

Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé,
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales;
Mas de favores hacello
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte;
¡Mejor te supe obligar,
Que tú has sabido pagarme!
Mienten los móros y moras,
Miente el infame de Tarfe,
Que si yo le amenazára,
Bastára para matarle.
A ese perro mal nacido
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos
Que en bajos pechos no caben:
Yo le he de quitar la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hizo que tal pague.

8.°

¡Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,

De las moras la más bella,
Y más que todas ingrata,
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas
En quien ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas!
¿Qué gustos, fiera, recibes
De ser tan mudable y vária,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas?
¿Y no contenta de aquesto,
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda,
De ver mi suerte trocada?
¡Ay, cuán mal, dulce enemiga,
Las véras de amor me pagas,
Pues en cambio dél me ofreces
Ingratitud y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
¡Pero bastaban ser tuyas,
Para que tuviesen alas!
¡Acuérdate que algun dia
Dabas de amor muestras claras,
Con mil favores tan tiernos,
Que por ser tantos ya faltan!
¡Acuérdate, Zaida hermosa,
Si áun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias
Cuando rondaba tu casa!
Si de dia, luégo al punto
Salias á las ventanas;
Si de noche, en el balcon,
O en las rejas te hallaba.
Si tardaba, ó no venía,

Mostrabas celosa rabia;
Mas ahora que te ofendo,
Que acorte el pesar me mandas.
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete ó carta,
Que un tiempo tu gusto fueron,
Mas ya tu disgusto causan.
¡Ay Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas,
Por falsas se han descubierto,
Y descubren que eres falsa!
Eres mujer finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
Por no parecerte en nada,
Cuando de hielo tú fueras,
Más sustentáras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ánsias,
Que el amor fundado en véras
Tarde se rinde á mudanza.

9.°

«Dime, Bencerraje amigo,
¿Qué te parece de Zaida?
¡Por mi vida que es muy fácil!
¡Para mi muerte es muy falsa!
Este billete la escribo:
Escucha, y silencio guarda.
Que su beldad estimé,
Y quiero estimar su fama.

—¡Oh mora, imágen del tiempo
En condicion y mudanza,
Hipócrita en los amores,
Logrera en las esperanzas!
Ya tu voluntad y gustos
Van por leyes de las galas,
Que á cada tocado nuevo
Nuevos pensamientos sacas.
Confieso que eres más bella
Que las flores con el alba;
Mas al fin, hay várias flores,
Y tú tambien eres vária.
Espejo eres de hermosura,
Pero tienes una falta,
Que á todos haces buen rostro,
¡Notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
Pues no te llamo inhumana;
¡Mas ojalá cruel fueras,
Y no tan afable y mansa,
Que aunque dieras tarde el fruto,
Fueras firme como palma,
Que á costa de mis tormentos
De ella te hiciera guirnaldas!
Mas ayer se vino un huésped,
Y ya le ofreces el alma.
¡No sé, Zaida, cómo es esto,
Pues otra me tienes dada!
¡Si tantas almas tenias,
Dijéraslo, y no te amára!
Que yo no tengo más de una,
Y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, cómo te temo!
¡Deja que el huésped se vaya,
Y verás tras su partida

Su fe partida y quebrada!
Pero dirás que no sientes
Ausencia, porque no amas,
Y que yo quedo en la córte
Esclavo antiguo de casa.
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡Mucho te estimas y engañas!
¿Qué, tengo yo faltas, mora,
Para entretenerte á faltas?
Quien media vez me ofendió,
Entera no ha de contarla,
Que en mujer, un solo yerro,
A quien sufre mucho agravia:
Mas esto al fin te aconsejo,
Y es dar al viento palabras,
Que al primero que admitieres
Le des las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fe,
No condenes tu honra y fama
Con amor falso y fingido,
Que sin fe nadie se salva;
Y no firmo este papel,
Pues no soy á quien llamabas
Antes, con razones dulces,
Y sinrazones extrañas;
Pero bien entenderás
Los efectos y la causa,
Que aunque tú más disimules,
Bien sabes á quién agravias.»
Esto mostró al Bencerraje
El bravo Alcaide de Baza,
Y cerrándole, lo envia
A la misma mora Zaida.

10.

—Reduan, anoche supe
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En cera blanda le vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe,
Que ardiendo van de mi pecho
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decia
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso ¡tan breve!
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡Quién tal creyera! Olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quién desciende.
El sí le dió á sus porfías,
Y unas fiestas hacer quieren,
Y tienen de salir ambos

Vestidos de tela verde.
¡Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues!
¡Entra ufana en Vivarambla,
Donde mis penas te alegren!
A aqueste infame morillo
Que aborrezco, y favoreces,
Atale al brazo tu toca
Para que las cañas juegue,
¡Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve!
Y en la tuya la tiñera...
Mas soy hombre, y mujer eres.
¡Por Mahoma que estoy loco!
¡Mi sangre en las venas hierve!
¡La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde!
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcaide de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve;
Muera á manos de un cobarde
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno,
Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve,
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Fácilmente se resuelve.—

11.

Cuando el noble está ofendido,
Es resolucion discreta
Por satisfacer su agravio
Arriesgar vida y hacienda;
Pero esto se ha de entender,
Cuando aquel que hizo la ofensa
Tiene sujeto capaz
Para hacer la recompensa.
Y respondiendo á tu carta,
La cual vi letra por letra,
Y lo que tu dama escribe,
Claro su discurso enseña;
Diréte en razones breves
Lo que el deseo me ofrezca;
Que errar ó acertar la cura,
Consiste en la vez primera.
Primero he sido en saberlo,
Por ser en mi amistad deuda,
Y lo seré en aplicarte
El remedio que convenga.
Si dices que un moro infame,
De sangre baja y pechera,
En tu ausencia él y tu dama
Muestran efectos de ausencia,
¿Qué mejor venganza quieres?
¿Qué más tu alma desea,
Pues obligaciones tuyas
Las pagas con bolsa ajena?
A ella en pago del delito
Le será castigo y pena
El trueco de su mudanza,

Que muchos siglos posea.
Y si á los gozos presentes
Tus memorias tienen muestra,
Será flor de maravilla,
Que con el alba recuerda.
Pasan estas novedades,
Y la fortuna que vuela
Poniéndoos en su balanza
Hará ver la diferencia.
Contemple en el galan nuevo
La bella rueda y cabeza,
Llegue á los piés de su sangre,
Y olvidársele ha la rueda.
A entrambos conocerá
Cuando sea ménos la hoguera,
Que quien ve quemar su casa,
No es mucho memorias pierda.
Si en las fiestas que ordenaren
Sacaren verde librea,
Darán pregon, que es un tonto,
Y ella, que es lo que se precia;
Que aquel que á un alma mudable
La voluntad y fe entrega,
Por castigo bien le basta
La esperanza de esta feria.
Si tus prendas le alegraban,
En las mujeres las prendas
Es precio en que se remata
Falsedad en almoneda.
Si en tí se cerró el remate,
Ha habido una puja nueva,
Y son bienes de menores,
Que se abre el remate, y cierra.
Aire, suspiros y abrazos
De tu memoria destierra,

Que el bronce y el aire vano
Mal podrán esculpir letras.
Deja muertes y alborotos,
Vén, y con verlos te alegra,
Que la venganza mayor
Será no hacer cuenta de ella.

12.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galan ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el són de la trompa
Como el són de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
Y en el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia

Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
No en palacio ni entre damas,
Se aprovechan de la lengua,
Pues es do las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Vén, y verás cómo habla
El que delante del Rey,
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: «Véte á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Jenil
Al Generalife bañan.»

13.

Cese, Zaida, aquesa furia,
Que á fe que te entiendo, Zaida,
Que deseas verme muerto,
Pero muerto por tu causa,

Si tu lengua me despide,
¿Por qué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿Por qué en secreto te abrasas?
La razon de estos efectos
No te la pregunto, Zaida;
Pero díganlo tus ojos,
Que yo sé que no lo callan.
Avísasme que te deje,
Ten aviso en tus palabras,
Que á do se trata de amor
Hiere quien de aviso trata.
Píntasme lindo en extremo;
Pero el publicar mis gracias,
Sólo es darme lo que es mio,
Como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio;
¡Blanco me tienen desgracias;
Pero negra es mi ventura,
Por ser rubia tu mudanza!
¡Paréceme que te loas,
Viniendo á dejarme, ingrata!
Son las honras que me haces
Como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
Publicas que me adoráras;
¡Mil lenguas tener quisiera,
Porque todas te alabáran!
Aquese alcázar que dices,
En mi pecho no hace falta,
Porque todo es fortaleza
Por el primor de mis ánsias.
Solo el alcaide en mis labios
Falta, porque ya en mi alma
Tenía guarda de alcaide,

Hija de alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
Que yo sé que son bien claras,
Si no es que las escurezcan
Los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
Mucho pueden con las damas;
¡Mas poco puedo contigo,
Porque partes no te espantan!
Los platos de sus favores
Los sabios comen, y callan;
Mas si el manjar es sabroso,
¿Qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
Pues eres tan poco sábia
En los sucesos de amor,
En que experiencia se alcanza.
La trenza de los cabellos
No enrede la verdad, Zaida;
Basta que enrede las vidas
De falsarios que me agravian.
Jamas publiqué ser tuyo,
Solo ella lo publicaba,
Llevando escrito tu nombre
En el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
Ríete de buena gana,
Que no aquellos que te han dicho
Soy hablador de ventaja;
Y admite agora disculpa,
Si te place, bella Zaida.

14.

No faltó, Zaide, quien trujo
A mis manos tus dos cartas,
Por las cuales vi que en una
En ausencia me maltratas.
Trátasme injustamente,
De severa, cruel, tirana,
No echando de ver que tú
Eres el principio y causa
De la que, Zaide, he tenido
Para mostrarme enojada,
Por ser tú blando de boca,
Y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
Nuestras historias pasadas,
Me ha parecido escribirte
Solas aquestas palabras,
Movida de que tambien
En la segunda me tratas
De afable, mansa y benigna,
Conociendo tu desgracia;
Y lo mejor que hay en ellas
Es que pusiste las plantas
Por testigos de tu pena,
Porque te oyesen sus ramas,
Las cuales, segun sospecho,
Han de quedar enseñadas
A ser oráculo y templo
De la sibila Cumana.
¡Gran trabajo tienes, moro,
Por tener tan mala fama,
De quien, como de la lumbre,

Huyen hoy de tí las damas!
Pero porque te arrepientas
Quiero mostrarme ya mansa,
Pues no hay piedra donde no
Haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
De tu sentencia ya dada;
Pues no hay juez tan riguroso,
En quien piedades no haya.
De mí te sabré decir,
Que aunque tus obras son malas,
Tengo, como nací noble,
Noble corazon y entrañas.
Notando que una leona,
Aunque esté furiosa y brava,
Si el leon se le humilla,
Ella se humilla y le halaga;
Pero si acaso el leon,
El amistad celebrada
No la sabe conservar,
Le aborrece y le desama.
¡Harto, Zaide, creo he dicho,
Para que entiendas de Zaida,
Estar ajena de culpa,
Y libre de tus palabras!

15.

Gallardo pasea Zaide
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imágen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga;

Que desdichas le sacaron
Desterrado de Granada;
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama;
Mas por dar gusto á enemigos.
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su patria;
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,
Y cuanto alegre turbada;
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener más lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro celoso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
—¡Oh más hermosa y más bella

Que la aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos mios,
Que otra en beldad no te iguala!
¿Dime, fáltate salud
Despues que el verte me falta?
¡Mas segun la muestra has dado,
Amor es el que te falta!
Pues mira, ¡diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuántas noches dormí
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decias: ¡El firme amor
Solo entre los dos se halla!
Pues que por mí no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,
Lo que prometo una vez,
Cúmplelo tambien, ingrata.
No pido más que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar sólo en tí
Me ocupo tarde y mañana.—
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabára,
Si no faltára la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra;
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba
Al moro sus quejas tristes,
Dijo la discreta Zaida:

—Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamas no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mí confiada,
Que suele, el cuerpo presente,
Ser la vigilia doblada;
Y más que tú lisonjeas,
Que ya lo tienes por gala,
De ser como aquí lo has dicho,
No habiendo en mí bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo,
¡Y pluguiese á Alá quedára
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casára!
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mi lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras.—
No pudo escuchalla más
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no ménos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos,
Juntas quedaron las almas.

16.

«Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.
¡Ingrata! Con tus mudanzas
Tanto mis véras ofendes,
Que vuelves mi ardiente pecho
Mas helado que las nieves;
Los males que le causabas
Estimaba más que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Más que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece.
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fe y agravio me ofrece.
Jamas conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses,
¡Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererte!
En estos afectos mios
Claro puede conocerse
Que al fin una sinrazon

Más que mil razones puede.
La mudable condicion
En el sujeto que tienes,
No puede ser cosa tuya,
Sino solo de mi suerte.
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,
Que ya en esto te parezco,
Aunque siento el parecerte.
¡Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tú tienes,
No fueran tan de estimar
Por no sentir el perderte: —
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

17.

Zaide esparce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas.
Dice: — Si escrituras fuisteis,
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia;
Y si fuisteis testimonios
De algunas véras pasadas,

Indebido fué tal nombre,
Pues véras tarde se acaban.
Si fuisteis obligaciones,
Ya sin razon son negadas;
¡Pero quien niega las propias,
Poco en ajenas repara!
Y si fées, fuistes fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningun fuego os quemára,
Porque siendo en vuestra ofensa,
Mis lágrimas le apagáran;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á faltarme agora fuego,
Os quemára el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
Pues llevó mis confianzas;
Y llévese mis memorias,
Que ya en perderlas se gana.—
Más dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

18.

—Algun fronterizo alarbe

De los pecheros comunes,
Zaide, malquisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu bajeza
Por mil partes se descubre;
Y como lo falso opones
A la verdad de que huyes,
Oropel de la nobleza
Te llaman, y rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
Amistad contigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
¡Mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura, y su firmeza,
Porque se ofenda y me culpe.
¡Si tú fueras el dichoso,
Desde el suelo hasta las nubes
A su nobleza infámaras,
Que es obra de tus costumbres!
De mí ya saben las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque más mis glorias duren.

Ausentéme de la córte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zafira, que me amaba,
Osaste decir que busque
Ocasion para valerte,
Y que en tu ocasion la ocupe.
¡Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigo mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los ajenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalguía con traicion
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,
Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
¡Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debeis,
¡Mirad que el plazo se cumple!
¡Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que ciñen estuches!
Que aunque más vuestro linaje
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte

Quien traidores pasos sube.—

ZAIDA Y CELINDA.

Por las puertas de Celinda
Galan se pasea Zaide,
Aguardando que saliera
Celinda para hablalle.
Salió Celinda al balcon
Más hermosa que no sale
La luna en escura noche
Y el sol entre tempestades.
—Buenos dias tengais, mora.
—A tí, moro, Alá te guarde.
—Escucha, Celinda, atenta,
Si es que quieres escucharme.
¿Es verdad lo que le han dicho
Tus criadas á mi paje,
Que con otro hablar pretendes
Y que á mí quieres dejarme
Por un turco mal nacido
De las tierras de tu padre?
No quieras tener oculto
Lo que tan claro se sabe.
¿Te acuerdas cómo dijiste
En el jardin la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré,
Tuya es mi vida, Zaide?»—
De verse reconvenida
La mora en enojos arde,
Y cerrando su balcon,
Al turco dejó en la calle.

El galan soberbecido
Pisotea su turbante,
Y con rabiosas fatigas
Ha cantado estos cantares:
«¿Quieres que vaya á Jerez,
Por ser tierra de valientes,
Y te traiga la cabeza
Del moro llamado Hamete?
¿Quieres que me vaya al mar
Y las olas atropelle?
¿Quieres que me suba al cielo
Y las estrellas te cuente,
Y te ponga á tí en la mano
Aquella más reluciente?»
La estrella sale de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su mantito negro esconde.

TARFE.

1.°

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de hielo
La que tanto fuego enciende,
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Celia, por quien padece.
Vióla estar á la ventana
Con hermosa y grata frente.
Pero los esquivos ojos

Daban muestras de crueles,
Mostrando el bravo rigor
Que con él tuviera siempre,
Haciendo su duro pecho
Con sus rayos trasparente;
Y muestra el moro en la cara
Mil colores diferentes,
Que en ver el extremo de ellas,
Unas van y otras se vuelven:
Y sudando de coraje
Se limpia el rostro mil veces,
Con un velo que le dió
La hija del moro Hamete:
Y porque Celia en miralle
Algun tanto se suspende,
De mudanza temeroso,
Dice que arderse parece.
—La más sublime merced,
Cruel, que puedes hacerme,
Es, que de véras me avises,
Si me quieres ó aborreces;
Porque le pague á Darifa
Lo mucho que tú me debes:
Que me adora, y no la estimo,
Y tú de verme te ofendes,—
Y celoso de traicion
De los que envidia le tienen,
Con mil amorosas ánsias
Dice apretando el bonete:
—¡Miente el traidor homicida
Que con Alia me revuelve,
Y si fuere más que uno,
Todos cuantos fueren mienten!
Cegríes ó Bencerrajes
Salgan, aunque sean veinte,

Sarracinos ó Aliatares,
Aderifes ó Gomeles,
Que yo soy el moro Tarfe,
Espejo de los valientes,
Que á la córte soy venido
A pasear con los reyes,
Como paseó mi padre
En los palacios de Gelves;
Y por mí dejan sus aguas
Las bellas ninfas del Bétis,
Y ellas harán que mi nombre
En la córte se celebre:
Y sepan quién es el Tarfe,
Y de qué sangre desciende,
Y que me hagan la salva
Los demas de alta progenie:
Y que en sólo oir mi nombre
Los más arrogantes tiemblen.
¡Mienten otra vez, les digo,
Los que al contrario dijeren!
Salga gente de Granada;
Suelten plumas y alquiceles;
Suelten las bandas moradas,
Y las de esperanzas verdes
Sus usurpadas divisas
De damas que no merecen:
Pongan cascos acerados
Y yelmos de finos temples,
Sabrán si cumple mi lanza
Lo que mi lengua promete:
Que por Celia he de morir;
Pero ántes de mi muerte,
Quedará el suelo teñido
De sangre de estos aleves.

2.°

En dos yeguas muy ligeras,
De blanco color de cisne,
Se pasean en Granada
Tarfe y el rey de Belchite:
Iguales en las colores,
Porque iguales damas sirven,
Que el Tarfe sirve á su Celia,
Y el Rey sirve á Doralice:
Con bandas verdes y azules
Los gallardos cuerpos ciñen,
Cubiertas de naranjado,
Que el verde no se divise:
Marlotas y capellares
Moradas y carmesíes,
Bordadas de plata y oro,
Y esmeraldas y rubíes:
Los almaizares leonados,
Color congojosa y triste,
Plumas negras y amarillas,
Porque sus penas publiquen.
En las letras y divisas,
Algun tanto se distinguen,
Que lleva el Rey en la adarga,
Hecha de varios matices,
Una dama muy hermosa,
Y un gallardo rey humilde,
Con la corona á sus piés,
Sufriendo que se la pisen,
Y un corazon abrasado,
Con una cifra que dice:
«De hielo nace mi llama,

«Y el hielo en mi fuego vive.»
La dama lleva en la mano,
Y encima su frente insigne,
Dorado cetro y corona,
Porque se entienda que rige;
Y en la mano izquierda un mundo,
Porque le manda y oprime,
Y la fortuna humillada,
Que el paso á su rueda impide.
No lleva el Tarfe divisas,
Porque no se escandalice
Adalifa, que de Celia
Celos al moro le pide.
Sólo lleva por empresa
Un verde ramo apacible,
Y un retrato cuyos ojos
Vivas centellas despiden,
Y en todo el ramo esta letra,
Que en arábigo prosigue:
«Aunque tus rayos me abrasen,
»Fia que no me marchiten»;
Y arrancando muy veloces,
Porque sus damas los miren,
Acabando la carrera,
El Rey dijo á Doralice:
—Aunque las diosas sagradas
Tu hermosura te envidien,
¿Por qué con tu gloria y cielo,
Pena y infierno permites?
Dime, pues, ¿qué más deseas?
¿Qué más al cielo le pides
Que tener á un Rey sujeto,
Si de reyes sucediste?
Yo no te pido favores,
Ni que me adores ni estimes,

Sino que uno solo escojas,
De los muchos que te sirven,
Porque veo que á cualquiera
En tu servicio le admites,
Así al de bajo linaje,
Como al de alto y sublime,
Y en los saraos y zambras
De ordinario te persiguen
Los Audallas y Aliatares,
Azarques y Almoradíes,
Cegríes y Bencerrajes,
Sarracenos y Adalifes,
Y con cara alegre y grata
A ninguno nos despides,
Que á todos matas de amor
Con un falso amor que finges.
Quitas la vida y el alma,
Y tú con mil almas vives;
Si no quieres enmendarte,
Me desengañes y avises,
Que damas hay en la córte
Que desean de servirme;
Y la hermosa Bindarrafa
Desde Antequera me escribe
Con cien mil celosas quejas,
Diciendo: — ¿Cómo es posible
Que mis letras y mis cartas
Dentro en tu alma no imprimes,
Pues que tú impreso en la mia,
Aunque estás ausente, vives? —
Y con esto cesó el Rey,
Y el Tarfe á Celia le dice:
—Celia y cielo te llamaba,
Mas ya encantadora Circe,
Porque tu sereno cielo

De oscuras nubes cubriste,
Y en los soles de tu cara
Tu crueldad hace eclipse,
Y al que ántes del sol vestias,
De oscuras tinieblas vistes;
Y ántes que la santa fiesta
Del Bautista solemnice,
¡Por Alá, que he de sacarte
De la patria donde vives!
Y esto no será en tu mano,
De que yo me determine,
Pues sabes que el mundo es poco
Para poder resistirme,
Pues he despoblado á Francia
De valientes paladines,
Y tengo en toda Vandalia
Teñidos los arrecifes
De los de la cruz de grana
Y los de flores de lises,
Y he de teñir en Granada
Alhambras y Zacatines,
Aunque no suele mi alfanje
En tan vil sangre teñirse: —
Y en esto oyeron tocar
A rebato los clarines,
Y más ligeros que el viento
Se parten sin despedirse.

3.°

—Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lazo izquierdo
Os poneis la cruz de grana;

Si en los juveniles pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las véras
Os place el burlar de plaza,
Y os cubris de blanda seda
Como de ásperas corazas,
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El dia que os diere gusto
Podrémos jugar las cañas,
Que no es justo que la guerra,
Aunque nos quemais las casas,
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas;
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas,
Por vuestro cerco prolijo
Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas,
Dadlas á nuestras desgracias;
Que es grande alivio del cuerpo
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota,
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aquí mi palabra,
En señal de su valor,

Para que viva su fama,
De atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el Maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos,
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrajes,
Se le envió á la campaña.
Recíbenlos en las tiendas,
Y sabida su demanda,
Dando el Maestre licencia
Se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanas,
Hasta salir del real
A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan
Cierran la puerta al acero,
Y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan
Miéntras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos,
Y ellas en bordarles mangas:
Y los dos competidores
De la pendencia pasada,

Hacen paces entre sí,
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galan,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora
Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Más que á su vida y su alma,
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
Vió una mora á la ventana,
A quien con joyas tenía
De muy atras granjeada:
Habló la, y dijo: — «¿Señora,
Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
Más que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata más moros
Que el maestre con su espada,
¿Cuándo los volverá mansos?
¿O cuándo volverá mansa,
Dejando á Tarfe, que tiene
Ménos manos que palabras?
Que no soy yo como él
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad

Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decia;
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oido á las razones
Y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al rüido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul, con oro y plata.

ABINDARRAEZ EL TIO.

1.°

Abindarraez y Muza,
Y el rey Chico de Granada,
Gallardos entran vestidos
Para bailar una zambra.
Un lúnes á media noche
Fué de los tres concertada,
Porque los tres son cautivos
De Jarifa, Zaida y Zara.
El descomponerse el Rey,
Cosa entre reyes no usada,
Y darle Muza su ayuda,
Poco galan sin las armas,
Que es hombre que noche y dia
Tiene ceñida la espada,

Y para dormir se arrima
En un pedazo de lanza,
Halo causado un desden
Que tiene en los ojos Zaida,
Y amores de un Bencerraje
Que adora los suyos Zara.
Abindarraez es mozo,
Y siempre de amores trata:
Fátima muere por él,
Y á Jarifa rinde el alma.
Al fin ordena la fiesta
La desórden que amor causa,
Que al más cuerdo hará más loco
Celo y gusto de su dama.
Para cumplir con la gente
Echaron fama en Granada,
Que ha venido cierta nueva
Que Antequera era ganada.
Es la fiesta por Agosto,
Y entra el Rey toda bordada
Una marlota amarilla,
De copos de nieve y plata,
Con una letra que dice:
«Sobre mi fuego no basta.»
Gallardo le sigue Muza,
De azul viste cuerpo y alma,
Labradas en campo de oro
Unas pequeñas mordazas,
Cuya empresa de ellas dice:
«Acabaré de acaballas.»
Abindarraez se viste
El color de su esperanza,
Unas hiedras sobrepuestas
Con unas tocas doradas,
Un cielo sobre los hombros,

Con unas nubes bordadas,
Y en las hiedras esta letra:
«Más verde cuanto más alta.»
Sacaron á las tres moras,
Que eran la flor de la sala;
Eran el adorno de ella,
Y lo mejor de sus armas.
Abindarraez brioso,
Con una vuelta gallarda,
Pisó á Fátima en el pié,
Y á su Jarifa en el alma.
La mano le suelta al moro,
Y así le dice turbada:
«¿Para qué entraste encubierta,
Traidor, la engañosa cara?
Arroja el fingido rostro,
Que el propio tuyo te basta,
Pues que te conocen todos
Por mi daño y su venganza.»
Con mil caricias el moro
La blanca mano demanda,
Y ella replica: —No quieras
Mano en la tuya, agraviada:
Baste que Fátima diga,
En conversacion de damas,
Que estimas en más su pié
Que mi mano desdichada.—
Abindarraez turbado
Sale huyendo del Alhambra:
Si de verde salió el moro,
De negro vuelve á la sala.
Entre tanto el Rey y Muza
Estaban con Zaida y Zara,
Cansados de tantas vueltas
Que son de amor las mudanzas.

Como estaban disfrazados,
Recostáronse en sus faldas:
Cuando hablan enmudecen,
Y cuando están mudos hablan.
Tambien se cansarán ellas,
Que el cuerpo muerto no cansa
Como el vivo aborrecido
Que quiere forzar el alma.
Levántase un alboroto,
Que la Reina se desmaya:
La fiesta se acabó en celos,
Que amor con ellos acaba.

2.°

Despues que con alboroto
Pasó el bailar de la zambra,
Do el gallardo Abindarraez
Dejó agraviada su dama
Pisando á Fátima el pié
En la presencia de Zara,
Y se entraron con la Reina
A divertirla sus damas;
Júntanse en conversacion
Jarifa, Fátima y Zara,
Que Zaida está con la Reina,
Que la entretiene y regala.
Son éstas las más hermosas,
Y de más nombre en Granada:
Tiene Fátima en los ojos
Paraísos de las almas,
Y en sus rubios cabellos
El rico metal de Arabia,
En cuyos lazos añuda

Las almas más libertadas.
Tiene Jarifa la frente
De un liso marfil sacada,
Con sus mejillas hermosas,
Y sus labios de escarlata:
Son las manos de cristal,
Nieve el pecho y la garganta,
Adonde el fuego de amor
Invisiblemente abrasa;
Y aunque en su comparacion
Es algo morena Zara,
En discrecion y donaire
A las demas aventaja,
Que la flor de la hermosura
En breve tiempo se pasa,
Y es dón que jamas se pierde
La discrecion y la gracia.
Es su plática de amores,
Y de los ajenos tratan,
Que las mudanzas del moro
Cada cual las siente y calla.
Lástimas son de Muley,
Y libertades de Zaida,
Que agora Jarifa llora,
Y las considera Zara,
Pues ama á quien la aborrece,
Y Jarifa á quien la engaña,
Y Fátima está contenta,
Pues las deja por su causa;
Y como los corazones
Siempre por los ojos hablan,
Respondió á su pensamiento
Jarifa diciendo: — Basta,
Que no quiero otro castigo,
Ni pretendo otra venganza,

Que la que te puede dar
La mentira de mis ánsias,
Que pronto verás el rostro
De la fortuna contraria
Con más luto y más tristeza
Que yo la tengo en el alma;
Que si levanta tu pié,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta,
Que ya me subió el favor
No sé si diga más alta.
¡Mal anduve en no tenello
Cuando juntamos las palmas! —
Zara, que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo: — ¡Dichosa la mora
Que jamas ha sido amada!
Si con celosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habellos conocido
Es más segura ganancia. —
Fátima, que estuvo atenta
A una y á otra desgracia,
Coligiendo de sus daños
Una consecuencia llana,
Dijo: — Quien tan sin razon
Y tan sin por qué os agravia,
Merece que le castigue
La que más quiere del alma. —
Dijera más, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
A decirlas que la Reina
A mucha prisa las llama,
Y al levantarse juntaron

Estrechamente las palmas,
Diciendo : — Muera su fe,
Y viva nuestra esperanza.

3.º

En la ciudad Granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,
Y la que pinta su pluma
De várias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,
La cual se llama Jarifa,
De la Torre y de la Alhambra.
A ésta sirve un Bencerraje
Que le dió asiento en el alma,
Al cual le dan guerra celos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa
Que jamas muestra mudanza.
A un paje de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla
Un Cegrí que se pasea
Por delante sus ventanas :
Y el paje, que es secretario,
De presto le desengaña,
Diciéndole que el Cegrí
Sirve á otra mora gallarda,
A quien se humilla el amor
Como á su madre sagrada,

Y con esto el Bencerraje
Aplacó su ardiente llama;
Pero no mitigó el fuego,
Que su corazon le abrasa,
Que quedando satisfecho,
Más el vivo amor le inflama,
Y del paje se despide,
Y va contento á su casa.
Y tiene razon el moro,
Porque la mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana:
Que es tanta su discrecion,
Y su hermosura tan rara,
Que las musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.
Y si hace escura noche,
Revoltosa y temeraria,
Con sólo ella abrir sus ojos
La hace apacible y clara;
Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol más de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarífica luz
Alumbra á toda Granada;
Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura más alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sábia;
Y es un retrato divino,
Por quien Alá nos declara
Las divinas hermosuras
De su córte soberana.

4.°

Celoso y enamorado
Rompe los aires con quejas
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y celoso
Quejándose de su estrella,
Dice, y mira á la ventana
De Jarifa, mora bella:
—¡Ventana! ¡Divino cielo!
En cuyas hermosas verjas
Vi cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera;
Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Dame los hermosos rayos
Que el cielo á los tristes niega.
Mis dichosas esperanzas
Fueron sombra, humo y niebla,
Esposas mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.
Sufrí esperanzas dichosas.....
¡Penas en el mar de penas,
Dejad que mi pensamiento
Lleve al cielo mis querellas!
Y tú, hermosa Jarifa,
Causa de mi mal primera,
Y en esta prision esquiva
De mi alma carcelera,
No quites, Jarifa hermosa,
Las prisiones en que pena,
¡Mas pues de su muerte gustas,

Su muerte te venga fiera!
Pero con tormentos más
No verás más clara prueba,
Que la verdad en el potro,
Te la confiesa sin vueltas.
Y si para más tormentos
Mi larga prision ordenas,
Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sujeta.
Miraba el moro celoso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarde,
Que está la gente dispierta.
Y quítase el moro luégo
De su puerta, porque suena
Gente en la calle de ronda,
Y témese no le vean.

5.°

La mañana de San Juan,
A punto que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos,
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas
Labrados por sus amadas;
Ricas aljubas vestidas
De oro y de seda labradas:
El moro que amores tiene
Allí bien se señalaba,
Y el moro que no los tiene
De tenerlos procuraba.

Míranlos las damas moras
Desde las torres de Alhambra,
Entre las cuales habia
Dos de amor muy lastimadas;
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solian ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan;
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba.
—¡Ay Fátima, hermana mia!
¡Cómo estás de amor tocada!
Solias tener colores,
Veo que ahora te faltan;
Solias tratar amores,
Ahora obras y callas;
Pero si los quieres ver,
Asómate á esa ventana,
Y verás á Abindarraez
Y su gentileza y gala.—
Fátima, como discreta,
Desta manera le habla:
—No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratára;
Si se perdió mi color,
Tengo dello justa causa,
Por la muerte de mi padre,
Que aquel alaves matára;
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
En aquella vega llana,
De quien pudiera servirme,
Y dellos ser muy amada,
De tanto valor y esfuerzo

Cual de Abindarraez alabas.—
Con esto las damas moras
Pusieron fin á su habla.

ABENZULEMA.

Aquel rayo de la guerra,
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo;
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo;
El que vistió las mezquitas
De victoriosos trofeos,
Y el que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Más de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos;
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el Rey,
O el amor, que es lo más cierto.
Servia á una mora el moro,
Por quien andaba el Rey muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fueron,
Y para el celoso Rey
Hierbas de mortal veneno;
Pues de la hierba tocado
Le manda desterrar luégo,
Culpando su lealtad
Para disculpar su yerro.
Sale, pues, el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno.
Tan gallardo iba el caballo,
Con el grave y airado vuelo,
Que ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo:
Con un hermoso jaez,
Bella labor de Marruecos,
Las piezas de feligrana,
La mochila de oro y negro;
Sobre la marlota negra
Un blanco almaizar se ha puesto,
Por vestirse las colores
De su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento;
Bordó mil fierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra

Que dice : «Estos son mis yerros.»
No lleva más de un alfanje
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta y su derecho.
Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio los dos alcaides
De la Alhambra y Marmolejo.
Caballeros le acompañan
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa,
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde los balcones
Aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio :
— Véte en paz, que no vas solo,
Y en mi ausencia ten consuelo,
Que quien te echó de Jerez
No te echará de mi pecho.—
Él con la vista responde :
— Yo me voy y no te dejo ;
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.—
Con esto pasó la calle,
Los ojos atras volviendo

Dos mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

AMORES DE MUZA.

1.°

De celos del rey su hermano
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo: — Rey, ¿por qué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo tambien soy rey
A donde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Así goces de la Alhambra;
Que si aquesto me concedes
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Miéntras quisiere mi lanza;
Y á más te prometo, Rey,
Con aquésta, otra hazaña,
Que es traerte cada dia
Doce cabezas cristianas.
Y si me das á mi gloria
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada.
Gocemos vida quieta,
Pues que podemos gozalla,

Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.—

2.°

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada,
Por tenerle envidia á él,
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo,
Armado de todas armas,
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al rüido del caballo
Asomóse á la ventana,
Y el moro por despedida
Con mil suspiros la habla.
—No temo la partida,
Ni la gran sinrazon que el Rey me ha [hecho,
Ni temo corta vida,
Que el mundo es muy estrecho
Para mí, que te tengo á tí en mi pecho.
Mas el mal de la ausencia
Hará el efecto en tí que en otras suele;
Fáltame la paciencia,
Y esto es lo que me duele,
Y no poder hallar quien me consuele:
Y para consolarme,
Suplícote tu intento me declares
De vivir ó matarme,
Pues cuanto te acordares
Tendré de vida, y muerte si olvidares.
Respondió la mora airada:
—Por Mahoma y por su ley
Que holgára me oyera el Rey

Que por tí lo es de Granada;
Mas en tu valor confío
Que creerás bien de mí,
Que te quiero más á tí
Que al Rey que por fuerza es mio.
Pierde, señor, los estribos
De tanta desconfianza,
Que si tus brazos son vivos
Me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscáre ocasion,
Gozará por su maldad
El alma sin libertad
Y el cuerpo sin corazon.—

3.°

Afuera, afuera, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata;
Yeguas de color de cisne
Con las colas aleñadas,
Y de listones y cifras
Travesadas las adargas
Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.
Aquí corren, allí gritan,
Aquí vuelven, allí paran,
Acullá las veréis todos

Prevenirse de las cañas.
La trompeta los convida,
Ya les incita la caja,
Ya los clarines comienzan
A concertar la batalla;
Ya pasan los Bencerrajes
Ya las adargas reparan,
Ya revuelven, ya acometen
Los Cegríes contra Mazas.
El juego se va encendiendo,
De véras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
El rey Chico, que conoce
La ciudad alborotada,
En una yegua ligera,
De cabos negros y baya,
Gritando con un baston
Por ver la fiesta acabada,
Va diciendo: «Afuera, afuera,
Con rigor, aparta, aparta.»
Las damas hacen lo mismo
Desocupando ventanas,
Porque la misma pendencia
Riñen ellas en sus almas.
Muza, que conoce al Rey,
Por el Zacatin se escapa,
Y la demas de su gente
Le sigue por el Alhambra.
Mandólos el Rey prender,
Y en Generalife aguarda
Particularmente á Muza,
Por gozar de su esperanza;
Mas dentro de tercer dia
De las prisiones los saca,

Resultando del enojo
Una muy hermosa zambra.

4.º

Admirada está la gente
En la plaza Vivarambla
De verle tirar á Muza
En una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
Mas que Audalla el de las galas,
Mas fuerte que Reduan
Sufre al contrario en batallas,
Con librea berberisca
Turquesada y pespuntada,
Sembrada de piedras verdes
Que señalan su esperanza,
Aunque le matan los celos,
Que todo el cuerpo le abrasan,
Cuya causa es Bajamed,
Tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
Con una toca leonada;
Triste y trabajosa seña
De su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
Con una banda encarnada,
Pintado allí el dios Cupido
Con una flecha dorada;
Bonete con muchas plumas
De color amortiguada,
Una cifra le rodea
Que dió á Albenzaide la ingrata;
Una cadena de oro,

Muy estrecha, al cuello atada,
Con esta letra en el pecho:
«Preso tiene cuerpo y alma.»
Cuando le vieron entrar,
La gente suspensa estaba
Diciendo: Ya entra Muza,
Flor y honra de Granada.
Lleva una caña en la mano,
Blanca más que nieve blanca,
Porque la piensa teñir
Antes que del juego salga.
Comenzó la escaramuza,
Unos con otros se traban;
Ya se vuelven y revuelven;
Casi parece batalla.
Muza revuelve con ira
Contra quien su amor le asalta;
Hízole una mala herida
Con una delgada caña.
Rompióle adarga y librea,
Tiñendo el caballo y plaza
Con la sangre, que á porfía.
Sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
Desde su alta ventana,
Diciendo: «Moros, libradle
De aquesta tigre de Hicarnia.»
Luégo se deshace el juego,
Acuden á ver qué pasa,
Ven al Bencerraje herido,
Y que Muza ufano anda.

5.º

Mira, Muza, que te aviso
Que con Zaida no me trates,
Ni en las zambras, ni en las fiestas
No la hables ni acompañes;
Ni en las justas ni torneos,
Ni en cañas, ni en fiestas tales,
No salgas con su librea,
Que es librea de un infame.
¡Que un moro de pocas prendas
Venga á decir, y se alabe,
Que estuvo á solas conmigo
En los jardines de Tarfe!
¡Oh perro, si te lo oyera!
¡Por Alá si te topase,
Que con estos pocos dientes
A bocados te acabase!
¿Es posible, di, traidor,
Traidor y de baja madre,
Que en un pecho hidalgo y noble
Cupiesen palabras tales?
¡Porque juro por Alá,
Así goce yo á mi padre,
Perro, que rabiando estés
Entre fieros animales;
Y que el cielo todo junto
Sobre mí caiga y me abrase,
Y que viva en pena eterna,
Sin remedio de mi padre;
Y que el moro por quien muero,
No me quiera ni me ame,
Ni á las fiestas donde fuere

Mi cifra no le acompañe;
Si ántes que pasen tres dias
No le cuento yo á mi Azarque
La injuria que me has hecho,
Porque no te dí una tarde
Una cinta que tenía
Labrada para mi Azarque,
Para salir al torneo
El miércoles por la tarde!
Pero ya entenderás, perro,
Que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso,
Mas que otro Abencerraje;
Y que si acaso la viera
Puesta en cuerpo tan infame,
¡Por Alá que te abrasára
De cólera y de coraje!
Pero agora pagarás
Tu atrevimiento que usaste
En decir palabras feas,
Con tu boca tan infame.—
Y con aquesta congoja,
Se entrára á ver su padre,
Que estaba enfermo en la cama
De una enfermedad muy grave.

6.°

La calle de los Gomeles
Deja atras y el alameda,
Y en una yegua alheñada
Furioso cruza la vega;
Y en llegando á un claro arroyo
Vuelve airado la cabeza,

Y á la inexpugnable Alhambra
Dice Muza con soberbia :
—¡Levantadas fuertes torres,
Que al cielo con vuestra alteza
La tierra comunicais,
Y espantais acá en la tierra!
¡Vanos muros y mezquitas,
Famosas torres Bermejas,
Relumbrador chapitel,
Donde el sol se para y llega!
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia,
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que áun apénas las señales
De lo que fuisteis se vean.
Pero quédaos un consejo
Que á mí triste no me queda,
Que es el verme á mí caido
De otra más sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino sola la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
¡Daraja, dura é ingrata,
Más inexorable y fiera
Que los levantados riscos,
De las más nevadas sierras,
Goza de tu Abencerraje,
Goce él de tí, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa!
Mas hágale Alá dichoso,

Y á mí tanto en esta empresa,
Que cuando le hayas dejado
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte más,
Sino para que tú mesma
Me des venganza de tí,
Si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que pues no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí;
Palabras te suelto y prendas,
Y áun mi ley voy á dejar,
Porque tú vives en ella.—

7.º

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarambla,
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanas,
Porque sacó el Bencerraje
Bajamed con arrogancia,
En lengua arábiga escritas
Estas letras en la adarga:
«Seguro voy de alcanzar
»Victoria en cualquier batalla,
»Pues me admite en su servicio
»La que todo lo avasalla.»
Celinda se sintió de esto,
Y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.

¿Dónde se sufre, decian,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?
Cuando todo aquesto supo
Del Bencerraje la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Cómo del amor triunfaba,
Y que no hay moro galan
Que no la sirva en Granada:
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja
Las convidó al Jaraguí
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerraje,
A quien tiene dada al alma.
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra;
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara.
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda

En trueco de una esmeralda :
Un plumaje en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas,
Que Celinda le envió
Para que jugase cañas.
Las damas cuando la vieron
Se miran, pero no hablan,
Porque allí se ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que celos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fe mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada,
Y ninguna mora quiso
Con ella jamas baraja.

8.°

Hacen señal las trompetas,
El clarin, pífaro y caja,
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara :
Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba;
Amarilla es la librea,
Albornoz, marlota y manga,

Que viste quien desespera
Color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
Pesada y nerviosa lanza,
Y una toca atada al brazo,
Y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
Con unas cervunas manchas,
Que al són de los instrumentos
El pié y la mano levanta.
Halo puesto Audalla en campo
Por los amores de Zara,
Que en la presencia del Rey
Puso el gaje y la palabra.
Era Muza entre los moros
El moro de mayor fama,
Y Audalla entre los galanes
El galan de mayor gala.
Procuró el Rey concertarlos,
Mas como en amor no hay trazas,
Fué el concierto entre los dos
Confusion desconcertada,
Y así con gallarda muestra
Se presenta el moro Audalla,
Tan galan como discreto,
En una yegua alazana.
Viste marlota de tela
Blanca, de rosas bordada;
Rosado es el albornoz,
Y allí las rosas son blancas;
Un derrocado bonete
Con cinco plumas rizadas,
Una blanca y dos azules,
Una roja y otra gualda.
Lleva la red de Vulcano

Por divisa en la medalla,
Y acude la letra, y dice:
«La de amor más fuerte enlaza.»
Partiéronles los jueces
El sol, la plaza y las armas,
Dejando sólo á fortuna
Que dé al vencedor la palma;
Y en un tiempo Audalla y Muza
La escaramuza trabáran;
Pero desigualan luégo
Con la desigual batalla;
Que tirando Muza un golpe,
Audalla pierde la adarga;
Tocóle de paso el hierro
Y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
Y Audalla rindió las armas,
Para no rendir la vida,
Que la guarda para damas.

9.°

Las riberas del Genil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores,
Como dichoso en la guerra.
Hay una mora en Granada,
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elena.
De ésta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.

Sola una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El rojo bonete adorna,
Y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un morillo
De los Gomeles de Tébas,
Más galan para las damas,
Que fuerte para la guerra,
Y por estas novedades
El antiguo amor desprecia
Del pagano más gallardo
Que empuñó lanza jineta.
Dióle el moro la palabra
De jamas hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza
No puede hacer competencia,
Y porque moros hidalgos
Puestos de por medio quedan,
Para excusar desafíos
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre, y cañas juega,
A instancia del rey que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zaida más mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Albencerraje inquieta.
Ella le busca y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á Granada ocasion
Que la murmure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es mujer, y apasionada,

Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas
De algunos respetos libre,
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja,
Que celos averiguados
Cuanto amor enciende, hielan.
—¡Oh fiera, viene diciendo,
Más que las silvestres fieras,
Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdeña!
A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias!
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por más piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandáran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los más discretos ciegan,
Que quien no sabe qué es bien,
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos
Adonde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo, que las cosas
Acaba, consume y trueca,

Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva,
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro,
Es bien que en mi pecho mueras;
Mas porque estando yo libre,
Aficionada te veas,
Donde me enfaden tus glorias,
Y me burle de tus penas.—
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los piés á la yegua,
Y del falso rio Genil
Desamparó las riberas.

10.

Acompañado, aunque solo,
De pensamientos y agravios,
Sale de Granada Muza
Desmentido y desterrado,
Desdeñado de Daraja,
De sus amigos dejado,
De Bajamed desmentido,
Desterrado de un hermano;
Agravio, deshonra y celos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones,
Galan, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
Bate el furioso caballo,
Que el acicate morisco
Baña en sangre, y todo el campo.
Como parte tan furioso,

Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo,
Desde que con el maestre
De la Cruz de Santiago
Azotó sus blancas ondas,
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco
Del freno, de espuma blanco,
Y detuvo el de su ira,
Más rebelde que el caballo;
Y vuelto el rostro á Granada,
Dijo, sus torres mirando:
—¡Granada, donde nací,
De adonde me han desterrado
La envidia, que á muchos buenos
No deja, por muchos malos,
Que mueran adonde nacen,
Sino por reinos extraños!
Esta me fuerza á dejarte
Cercada de los cristianos,
De adonde espero que pronto
Serán tus hijos esclavos;
Y áun agora por tus puertas
Un Pulgar, soldado bravo,
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco,
Y mató á un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso.
Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando.

11.

Los ojos vuelve á Granada
Desde la espaciosa vega
El valiente moro Muza
Lleno de congoja y pena,
Quejoso de los agravios
Del Rey su hermano y la Reina;
Y del moro Bajamed,
Por quien el Rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
Formando entre sí querellas
Contra fortuna de amor,
Contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
Porque la noche serena
Va desencerrando el sol
Y acrecentando su pena.
Perdió de vista á Granada,
Y cuando no pudo vella,
Dice al cielo suspirando:
«¡Ay del ay que al alma llega!»
A la orilla del Genil
Detuvo un poco la yegua,
Y á sus peregrinos ojos
Les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
Y entre sí mil veces piensa
De olvidar á quien le olvida
Y amar á quien dél se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
La mano en el pecho puesta,
Vertió sus fuentes el moro,
Y el rio sus fuentes lleva.

12.

Marlotas de dos colores
De verde claro y morado,
Bordadas de fino aljófar,
Sembradas de muchas manos,
Asidas unas de otras,
Firme amistad señalando;
Bonetes á la turquesca
Encima de fuertes cascos
Debajo de las marlotas
De mallados fuertes jacos,
Que aunque van á lo galan,
Iban á un honroso caso,
En dos caballos overos
Con furia el suelo pisando,
Y con dos dorados frenos
Blandamente gobernados;
Las lanzas llevan tendidas,
Los brazos arremangados,
Adargas en los arzones,
Y por divisa dos manos,
Asidas una de otra,
La de un moro y un cristiano,
Con una letra que dice:
«Hasta la muerte te guardo.»
Se sale el fuerte Maestre
Y Muza el enamorado,
Que el amor de Sarracina
Los lleva así disfrazados:
Al uno llevan amores,
Otro de amistad los lazos,
Y así entraron en Granada
Para su fin deseado.

13.

Cuando salió desterrado
De la ciudad de Granada
El fuerte y valiente Muza
Por el Rey que en ella estaba,
Desterráronle traidores,
Envidiosos de su fama,
Porque en armas y en amores
Ninguno se le igualaba.
Servia una dama el moro
Que era la flor de Granada,
Más hermosa que Jarifa,
Más que Fátima extremada.
Quitósela el rey Chiquito,
Y con ella se le alza,
Y no contento con esto,
Desterróle de Granada.
A ella puso en un castillo,
Que Vivarambla se llama;
Entregósela á su alcaide
Para que la tenga en guarda.
El rey Chico cada dia
Tres veces va á visitalla,
Y delante del castillo
Armaba juegos de cañas
Para que Zaida los viera,
Que así se llama la dama.
Mas cuando Zaida lo supo,
Un correo despachaba
Para avisar desto á Muza,
Que con el Maestre andaba.
La brevedad del correo

Que Zaida á Muza despacha
Fué tal, que en muy breve espacio
Le dió al moro la embajada,
El cual con el buen Maestre
Se partieron á Granada,
Solos los dos caballeros
Con gruesas lanzas y adargas,
Y de una misma librea
Como para jugar cañas.
Mas debajo dellas traen
Muy fuertes y ricas armas.
Por un camino secreto
Entraron dentro en Granada:
A tal tiempo y coyuntura
Llegan los dos á la plaza,
Que la flor de caballeros
De la córte de Granada
Entran por ella corriendo,
Haciendo grande algazara,
Diciendo en algarabía:
«Fuera, fuera, aparta, aparta.»
Zaida en un rico sillon
Allí las fiestas miraba.
Muza luégo que la vido,
Y el Maestre que allí estaba,
Arremeten con gran furia,
Y á pesar de la compaña
La sacaron del sillon,
Y el Maestre la llevaba.
Muza luégo con gran furia
Hace lugar por do pasan,
Y á pesar de todos ellos
La sacaron de Granada,
Tornando su regocijo
En llanto toda Granada.

14.

Cuando las veloces yeguas
Al són de trompas y cajas
Parece que desempiedran
La plaza de Vivarambla,
Todo es marlotas, bonetes,
Capellares, tocas, bandas,
Argentados borceguíes,
Plumas, volantes y galas;
Estas fiestas se hacian
A la hermosa Daraja,
Y el Rey está más contento
Que cuando ganó á Granada.
Sola Sarracina, sola
Está temiendo y turbada,
Hasta que el valiente Muza
Cumpla su palabra dada.
No tarda el gallardo moro,
Que ántes que la noche clara
Se manifieste á los hombres,
Y Apolo esconda su cara,
Viene á interumpir las fiestas
Y á publicar su venganza,
Y en lugar de galas viste
Ante duro y dura malla.
Bien acompañado va,
Pues sabe el mundo que basta
Para conquistar mil reinos
Sola una cruz colorada.
El traje morisco lleva
El Maestre, que en España
Dió tanto sér y valor

Á la gente castellana.
Llegan de presto al balcon,
Donde Sarracina aguarda,
Tan turbada y temerosa
Como la ciudad lo estaba;
Y sin aguardar un punto
Se arrojó por la ventana:
Muza la recoge y pone
De su caballo á las ancas.
Viéronse en terrible aprieto,
Porque los moros se arman,
Y salen á defendelles
Que de la ciudad no salgan;
Pero luégo que conocen
Al bravo de Calatrava,
Y que es el valiente Muza
Quien le sigue y acompaña,
Dejan la plaza y las calles,
Y vanse luégo á la Alhambra,
Y ellos se vuelven contentos
Adonde su gente aguarda.

REDUAN.

1.°

Con dos mil jinetes moros
Reduan corre la tierra,
Todos los ganados roba,
Y amenaza las fronteras:
De los muros de Jaen
Reconoce las almenas,

Y entre Úbeda y Andújar
Pasa como una saeta.
«Y las campanas de Baza
»Al arma tocan apriesa.»
Con tanto silencio pasan,
Que parece que concuerdan,
Con lo mudo de las trompas,
Los relinchos de las yeguas;
Pero al fin las atalayas,
Que estaban á trechos puestas,
Con las hachas encendidas
Unos á otros se hacen señas,
«Y las campanas..., etc.»
Favoréceles la noche
Con sus confusas tinieblas,
Pero son tantos los fuegos
Que por todas partes dejan
En las malogradas mieses
Y en las humildes chozuelas,
Que sirven de luminarias
De tan lastimosas fiestas.
«Y las campanas..., etc.»
Al no pensado rebato
Se levantan y se aprestan
Caballeros con sus lanzas,
Peones con sus ballestas.
Los hidalgos de Jaen,
De Andújar la gente buena,
Y de Úbeda los nobles,
Todos hacen de sí muestra.
«Y las campanas..., etc.»
Abre el sol las de Oriente,
Y los cristianos sus puertas:
Vienen á juntarse todos,
Poco más de media legua,

Y puestos en són confuso,
El eco y aire resuenan
Armas, pífaros y cajas,
Relinchos, voces, trompetas;
« Y las campanas de Baza
» Al arma tocan apriesa.»

2.°

Pues que te vas, Reduan,
Á las fiestas de Pisuerga,
Mas por lo que tú te sabes,
Que por hallarte en las fiestas;
Si acaso jugares cañas,
Para que saques por letra,
Tres sinrazones te escribo,
Si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
Como si venido hubieras
Á engañarme solamente,
Pues me engañas y me dejas.
Dices que vas á jugar,
Yo creo que siempre juegas;
Lo que ganas, tú lo sabes,
Lo que pierdes, es sin cuenta.
Granjeas el ofender,
Que el engañarme es ofensa:
Si se pierde en consentirla,
Se pierde más en hacerla.
Engáñasme con decir
Que á las fiestas vas por fuerza:
¡ Si algo supieras de amor,
Yo sé que por fuerza fueras!
Dos moras allí te aguardan,

Que cada cual de ellas piensa
Que sola te da cuidado,
Y que solo vas á vella.
Yo vine sólo á saber,
Para que por todas sienta,
Que me desengañes presto,
Y que te debo más que ellas.
No puedes satisfacerme,
Aunque poderoso en rentas,
Que un alma de firme fe
Más que el mundo vale y pesa:
Sólo pudieras pagarme
Con dejarme en recompensa
La tuya, que está en mil partes
Hecha piezas, y en tí entera.
He venido sólo á ser,
Adonde de nuevo pruebas
El hacer nuevos engaños
Para sinrazones nuevas.
Véngueme el cielo de tí,
Que si el cielo no me venga,
Tienes mil almas hurtadas,
Y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
Nunca su sol te amanezca,
Y que la luna se esconda
Para que el camino pierdas:
Que tropiece tu caballo,
Y tus espuelas se pierdan,
Que el caballo más brioso
No caminará sin ellas;
Y que si no se perdieren,
Cuando le piques, no sienta,
Y que los pasos que diere,
Todos hácia atras se vuelvan.

Si te defiende la noche,
Que la noche es tu defensa,
Por ser gran madre de engaños,
Y abrir á los tuyos puertas;
Cuando á la vista llegares
De aquellas dos moras bellas,
Conózcante el alma falsa,
Y búrlense y no te crean.
Menospréciente por otro
Que de casta infame sea,
Que si te dejan por otro,
No dirán que te desprecian:
Y si en las fiestas entrares,
Se vuelvan las burlas véras,
Y tu adarga sea de vidrio,
Y el brazo de blanda cera;
Y entre las ligeras cañas
Te arrojen lanzas secretas
Que el corazon te atraviesen,
Porque como matas mueras.

3.º

«¡Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es más!
¡Ligero como los vientos,
Mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural!
¡Si las lagrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian

Para culpar tu maldad!
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Á todas dices que son
Las que contento te dan,
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad;
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes
Para que te deba más.
¡Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
Á otro blanco mirarian,
Adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa ajena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
Causa de todo mi mal;
Y celos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,

Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan,
En el jardin del Alhambra
Al pié de un verde arrayan.
El moro, que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano,
Y así la comienza á hablar:
—Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis más,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal;
Y no penseis que me agravio
De injurias que me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

4.°

De léjos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan,
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas parte la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,

Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro,
A la bella ciudad habla:
—¡Ay Jaen, cuanto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser más largo de lengua
Que de ventura y de lanza,
Pues dí con loca osadía
A mi Rey la fe y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta!
Hallo ahora mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es más cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada;
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada,
Quien presto se determina,
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen,
O he de salir de Granada;
Y es lo que más me lastima,
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.—
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga;
Dicen que es la tierra fuerte,
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro de ella estaban;

Y que en pérdida tan cierta,
O en tan dudosa ganancia,
La más segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

5.°

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena,
Al són de una clara trompa
Que por el aire resuena,
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena,
Sin aguardar á su gente,
Que de seguille está ajena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna,
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena,
Que dió muerte á Reduan,
Y á Jaen sacó de pena:
Y miéntras del cuerpo el alma
Se aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable,

Tendido en la seca arena :
«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte do tus manos
Me hicieran la mortaja ;
»Que cosa es muy conocida,
Que si de esta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
»Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por sólo perderte ;
»Y áun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará más ganarte
Que ganar dos mil Jaenes.
»Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que esté más fuerte á su ruego,
Que para mí fué Jaen :
»Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.»

BOABDIL Y ZARA.

1.°

La libre Zara, que tiempo
No les dió para quejarse
A mil lastimados pechos,
Ya esparce quejas al aire.

La que tuvo un Rey por suyo,
Tan discreto como afable,
Si no amára por ser Rey
Mudanzas y novedades,
Sentida de ellas, acusa
La causa de donde nacen,
De su punto menosprecio,
Y del mismo infamia grande;
Que un Rey, ejemplo de todos,
En su condicion mudable,
El fin que de sí promete
Es dar principio á desastres.
—Quísete, dice, enemigo,
Porque amando me obligaste,
Si puede reinar amor
En pechos tan desiguales.
Los que vieron que pasabas
A menudo por mi calle,
Como no te acuerdas de ella,
Han dado en maravillarse.
Sospechan que te sucede
Lo que á los falsos amantes,
Que es el cumplir sus deseos
De los amores remate;
Que pensar que es porque importa
Que los reyes se recaten,
Tras tan largas apariencias,
Llegó el recato muy tarde;
Pero de que el poco tuyo
Eches de ver, no te espantes,
¡Que el ser tan poco, me cuesta,
Lo que no podrás pagarme,
Pues diste causa á las lenguas
De hartos moros principales,
Porque tú no se las cortas,

De ofenderte y agraviarme!
¡Mas bien te conocen todos,
Y que corta más se sabe
La agudeza de la tuya
Que los filos del alfanje!
Señales de que te precias
De galan entre galanes,
Mas que de Rey que castiga
Liviandades semejantes;
Y en fin, como te conoces
Cargado de culpas graves,
Dejaste de verme al punto
Que de ser firme dejaste.
Mas quien ha tenido lengua
Para no decir verdades,
¿Cómo es posible que tenga
Ojos para visitarme?
No siento el dejar de verte
Por el gusto de mirarte,
Que no mueve gentileza
Que cubre tantos azares.
Eres cual campo florido
Donde suelen albergarse
Mil serpientes ponzoñosas,
Homicidas de ignorantes;
Pero á la reputacion
Que corrompen obras tales,
Importaba que acudiera
El pecho de donde nacen;
Que á no ser de que me veas
El fruto tan importante,
Mas me alegrára la nueva
Que tengo, de que te apartes.
Anda la córte revuelta,
Revueltas las voluntades,

Que de su amistad estrecha
No es posible que se aparten.
Si te dejaren los tuyos,
No hay de qué maravillarte,
Que al Rey que no guarda fe
Bien es que le desemparen.

2.°

En la reja de la torre,
Por donde la bella Zara
Dió un tiempo favor á un Rey,
Labrando estaba una banda.
Cuatro labores á trechos
En la rica labor gasta,
Alternando plata y oro,
Entre seda azul y nácar;
No para empresa de moro,
Que jamas quiso alabarla,
Sino una que le dió
Ella al Rey, y el Rey á Zaida,
Que bastára sólo aquello
A dar puerta á mil mudanzas,
Sin la que ella ha visto de él,
Tan mal puesta ante su cara;
Y así no pone los ojos
En las labores que labra,
Porque da cuenta á Dalife,
Secretario de sus ánsias.
—Bien sabes, Dalife, dice,
Cómo están sacrificadas
Las memorias de mis gustos
Con muy evidentes causas,
Y cómo convierto en humo

Las reliquias de mis gracias,
Pues las quemó casi el fuego
De un Rey con falsas palabras.
No lo digo porque entiendas
Que en mi nobleza hizo mancha;
Que un Rey, ni todos los reyes,
Para mancharla no bastan;
Que aunque él para mí sea Rey,
Seré yo para él infanta,
Que baste á hacer fementido
A quien quisiere mancharla;
Ni ménos porque colijas
Que me quema en las entrañas
Este fuego de los celos,
Que tantos pechos abrasa;
Sino sólo porque adviertas,
Si has dado palabra á damas,
Que no importa que la guardes,
Pues los reyes no la guardan;
Aunque en noble cortesía
A cualquiera es de importancia
Que la palabra se cumpla
A quien se diere, aunque falsa,
Principalmente á mujeres,
Pues tan fácilmente cambian
Lo que se cumple con ellas,
Cuanto más lo que les falta.
No digo que no le quise
Por mil razones fundadas,
Que fuera de ser el Rey
Las muestra muy á la clara.
Es muy galan y discreto,
Compuesto en su trato y habla,
Es grave donde conviene,
Y muy afable entre damas;

Y si por esto le quise,
Por esto mismo me agravia
Su mudanza á que le olvide,
Y le aborrezco en el alma;
Y si la mora á quien sirve
Es de un general hermana,
Yo lo soy de quien gobierna
A su Granada y mi patria.
Bien sabes que mis parientes,
Por respeto mio, se holgaban
De acreditar su nobleza,
Y guardarle las espaldas;
Y lo que en este suceso
Me maravilla y espanta,
Es, que no advierte en razon
Obra que importa á su fama,
Que aunque es Rey, es sólo uno,
Y los hijos de Granada
Son más, y sin ser mis deudos,
Ver que sin ellos no es nada.—
La ataja Dalife luégo,
Diciendo: —Zara, ya basta,
Que diré que no son quejas,
Sino celos que te dañan;
Que la culpa no fué tuya,
Ni de mudable te cuadra
El nombre, aunque todo el mundo
Por fe y Alcorán se guarda;
Mas no te podré negar
Que es justo estés enojada,
Pues la mora á quien visita,
Los pasos de amor le ataja,
Como tú los atajaste
Por el voto de ser casta,
Que teneis hecho á Mahoma

En su mezquita sagrada,
A cuya causa vivis
En vuestras torres cerradas,
Cada una de por sí,
Con mucha clausura y guarda;
Que por eso supo el vulgo
Tan claro, que el Rey te amaba,
Pues en tu torre á menudo
Con véras te visitaba,
Y por no poder salir
A ver los toros ó cañas,
Te enviaba por servirte,
Músicas, tragedias, zambras.
Déjale, Zara, si quieres,
Que es procurar poner tasa
A los hombres en sus gustos,
Y á las corrientes del agua;
Que si sabe una mujer
Que un hombre firme la ama,
Confiada en la firmeza,
Por momentos idolatra.
Aun les parece que es poco,
Que á más llega su arrogancia,
Que lo que es poco aniquilan,
Y lo que es mucho amenazan.
Dime, Zara, las colores
Que son tuyas y te agradan;
Dejemos estas razones,
Pues lo mejor es dejarlas.—
Quiso responder la mora;
Mas entró entónces un'aya
A decirle, que entre luégo
A la cuadra, que le aguardan.
Partióse luégo Dalife,
Quedando ella algo turbada:

Tomó el aya la labor
Y entróse luégo á la cuadra.

3.º

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
Con sus más queridas damas,
Que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
De fino cendal cubiertas,
No con marlotas bordadas:
Sus almaizales bordados,
Con muchas perlas sembradas,
Descalzos los albos piés,
Blancos, más que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
No como suelen tocadas,
Y más al desden la Reina,
Por celosa y desdeñada;
La cual llena de dolor
No dice al Rey lo que pasa,
Ni quiere que en la ocasion
Su pena sea declarada.
Estando de várias flores
Las moras ya coronadas,
Con lágrimas y suspiros
A todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, juntaros,
Porque sois amigas caras,
Para quejarme á las tres
De cómo me trata Zaida,
Cuya hermosura pluguiera

Á Alá que no la criára,
Pues en ella está mi daño
Presente de cara á cara.
Sabréis cómo el Rey la quiere
Más que á la vida y el alma,
De do resulta mi daño,
Pues veis con él soy casada;
El cual no creo que sabe
Que sé de esto lo que pasa,
Antes entiendo lo sufre
Receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada,
Y á veces con el color
Que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
Quién soy por toda Granada,
Dañáranme tus locuras,
Mujer inconsiderada.
Jamas, Reina, me has creido,
Antes escudriñas causas,
Más para mi mal durables,
Que lo son para tus ánsias.
Doyte bastantes razones,
Y tan bastantes, que basta
Creer que no son creidas,
Aunque las ponga en la plaza:
Y en ellas te digo, Reina,
Que no fueras coronada,
Que no me es más ver al Rey
De que á tí celosa airada.
Si piensas que tu corona
Codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
Ó saldréme de Granada.—

Pero el Rey, que no dormia,
Antes bien las escuchaba,
Sale diciendo que callen,
Con voces muy alteradas.
La Reina, que lo conoce,
Encubrió el estar turbada,
Y con un aplauso afable
Le recibe, y así habla:
—Nunca suelen los galanes
Entrar donde están las damas
Sin que primero licencia
Por ellas les sea otorgada.—
El Rey le replicó luégo:
—A mí nunca me es vedada,
Ni ha de ser donde estais vos
Y donde están vuestras damas.—
—Los reyes todo lo pueden,
Respondió la Reina airada,
Y tambien sé yo que tienen
Algunos dobles palabras.—
El Rey gustó de callar
Porque la vido enojada,
Y metiendo otras razones,
Se fueron para el Alhambra.

CELIN AUDALLA.

1.°

Las soberbias torres mira,
Y de léjos las almenas,
De su patria dulce y cara,
Celin, que el Rey le destierra.
Y perdida la esperanza

De jamas volver á vella,
Con suspiros tristes dice :
«¡Del cielo luciente estrella!
»¡Granada bella!
»Mi llanto escucha, y duélate mi pena.»
¡Hermosa playa que al viento
Das por tributo y ofrenda
Tanta variedad de flores,
Que él mismo se admira en vellas!
¡Verdes plantas de Genil,
Fresca y regalada vega,
Dulce recreacion de damas,
De los hombres gloria inmensa!
«¡Granada bella! etc.»
¡Fuentes de Generalife,
Que regais su prado y huerta,
Las lágrimas que derramo,
Si entre vosotros se mezclan,
Recibillas con amor,
Pues son de amor cara prenda!
Mirad que es licor precioso
Adonde el alma se alegra :
«¡Granada bella! etc.»
¡Aires frescos que alentais
Lo que el cielo ciñe y cerca,
Cuando llegueis á Granada,
Alá os guarde y mantenga!
Para que aquestos suspiros
Que os doy, le deis en mi ausencia.
Y como presentes digan
Lo que los ausentes penan.
«¡Granada bella!
Mi llanto escucha, y duélate mi pena.»

2.°

La hermosa Zara Cegrí,
Bella en todo y agraciada,
Discreta, porque sirvió
A la Reina en el Alhambra;
Hija del alcaide Hamete
Que tuvo en tenencia á Baza,
Llora triste y afligida
Su cautiverio y desgracia
En el porfiado cerco
Del rey Fernando de España.
Ya despues de muchos dias,
Por falta de vituallas,
Se entregó el mísero Alcaide,
Siendo su casa asolada.
La bella Zara le cupo
A la condesa de Palma,
Que acompañando á la Reina,
Se vino al cerco de Baza.
La condesa le pregunta
A Zara, en qué se ocupaba,
Y qué ejercicio tenía
En el Alhambra en Granada.
Llorando la mora dice:
—Señora, asentaba plata,
Labraba la seda y oro,
Tañia, tambien cantaba;
Pero agora sólo sé
Llorar mi mucha desgracia,
Porque aunque merced me haces
A la fin, fin soy tu esclava:
Y para pasar el tiempo

De cautiverio en tu casa,
Labraré, si gustas de ello,
Una nao bien aprestada,
Navegando viento en popa;
Luégo la mar alterada
Con las olas por el cielo,
Y que las velas amaina,
Y en la alta gavia esta letra
Que diga en lengua cristiana:
«No hay bonanza que no vuelva
»En gran tormento y borrasca»;
Y por orla en la labor
Que diga en letra de Arabia:
«Podrá ser que Alá permita
»Que tenga fin mi desgracia.»
—Muy bien me parece, mora,
Esa labor que tú trazas,
Que es conforme á mi deseo,
Y al tiempo en que tú te hallas.

3.°

En Palma estaba cautiva
La bella y hermosa Zara,
Y aunque en Palma tiene el cuerpo,
En Baza la vida y alma,
Porque imagina está en ella
El moro Celin Audalla,
Ignorante del tormento
Que el moro por ella pasa:
Y aunque la quiere y estima
La condesa, y la regala,
No es parte para que el llanto
Amaine un momento en Zara;

Y para se consolar
De la gran pena que pasa,
A otra cautiva le cuenta
Su pasion, y de do mana.
—Habrás de saber, le dice,
Que yo he nacido en Granada,
Adonde serví á la Reina
Diez años dentro en la Alhambra.
Servíla de camarera,
Tuve su riqueza en guarda,
Queríame por extremo,
Y yo por extremo amaba,
No á la Reina mi señora,
Aunque obligada la estaba,
Sino á un moro, que es mi sol,
Y mi bien, Celin Audalla.
Era galan y de estima,
Y por eso le estimaba;
Teníale por mi sol,
Porque con él me alumbraba.
Cielo le llamé, mas fué
Para mí toda desgracia.
Causóla el venir mi padre,
¡Pluguiera Alá no llegára!
A servir el alcaidía
Y la tenencia de Baza.
Vínole el moro á servir
Con el cuerpo, á mí con l'alma,
Poniéndose á mil peligros,
Porque á mi padre agradaba.
Asaltóse la ciudad,
Y fué mi alma asaltada,
Perdiendo padre y amigo,
Y yo sujeta y esclava.
Fuése el moro, y yo no creo

Ser posible que se vaya
El corazon con el cuerpo,
Dejándome á mí su alma;
Y para que la labor,
Que es testigo de mis ánsias,
Manifieste mi dolor,
Diré en la lengua de Arabia :
«Si llevaste el corazon,
»Pienso que me quedó el alma»;
Y en otro lado pondré :
«No faltará mi palabra.»
Y pondré en tercera orla :
«Firme estará mi palabra» ;
Y en la cuarta por remate :
«En jamas habrá mudanza» ;
Y en medio de la labor
Una ave Fénix pintada,
Que de las cenizas frias
Saca vivas esperanzas ;
Y un montero que le tira,
Y un mote que dice : «Aguarda,
» Porque no es justo que tires
»A quien la vida le falta.»
Esto decia la mora,
Cuando la Condesa llama,
Diciendole : ¿ Adónde estás?
¿ Porqué no respondes, Zara?

4.º

El animoso Celin,
Hijo de Celin Audalla,
El que fué alcaide de Alora
Y de la villa de Alhama,

Mira el fuerte sitio el moro,
El alcázar, la muralla,
Las aportilladas torres
De la destruida Baza.
Quiere despedirse el moro,
Y llama la patria amada,
Imaginando que está
En ella el bien de su alma.
Quéjase de la fortuna,
Y entre sí confuso habla:
—¿En qué te ofendí, le dice,
Para tomar tal venganza,
Despues de tantos trofeos
Que me dió la bella Zara,
Haciéndome mil favores
En los juegos y en las zambras?
Y agora quiso mi suerte,
Digo, quiso mi desgracia,
Que el rey Fernando pusiese
Cerco á la ciudad de Baza.
Usó conmigo clemencia,
¡Que Alá pluguiera no usára!
Para libertar el cuerpo,
Y quedar cautiva el alma.—
Esto diciendo, se quita
La marlota que llevaba
De verde, morado y blanco
En amarillo aforrada,
Y dice: —Sirva el aforro
Por ser color que me cuadra.
Las verdes plumas no quiero,
Pues se perdió mi esperanza:
De la adarga borraré
El lince que declaraba
Que mis ojos en mirar

A los de lince ganaban.
Tambien borraré la letra,
Que dice en lengua cristiana:
«Mucho más rinde mi brazo,
«Que lo que la vista alcanza.»
Y ese tahalí azul
Ya no es cosa que me cuadra,
Pues me falta la ocasion
De celos, no por mudanzas.
La toca morada dejo,
Porque aunque amor no me falta,
Podrá ser que halle otro
Que pueda mejor gozalla.—
Con esto la lanza toma,
Y muy ligero cabalga,
Suelta al caballo la rienda
Para que do quiera vaya,
Diciendo: Camina tú,
Y busca el bien que me falta,
Que ya no te guiaré
Sino es á buscar desgracias.—

5.°

Celoso vive Celin
De su regalada griega,
Porque sabe que el poder
No hace á las almas fuerza;
Y que el imperio del mundo,
Y voluntad de sus tierras,
Se le ha de esquitar en algo,
Y teme que allí no sea.
Sabe que la más hermosa
Es al doble de soberbia,

Y que al fin la libertad
Aun en el amor no es buena.
Ve suya á su hermosura,
Y quiere mayores prendas,
Que los cuerpos sin las almas
Tambien los goza la tierra.
Su pensamiento, en quien cabe
Sujetar al mundo en guerra,
Ya dudoso dignamente
De la de algun hombre tiembla.
El que de muy generoso
Se fiaba de cualquiera,
Ya se recela de todos,
Y no hay verdad en que crea.
El que siempre á sus oidos
Trajo cajas y trompetas,
Ya se humana á imaginar
De un nuevo Celin querellas.
Si mira á su Zara llora
De verla el alma encubierta,
Que quisiera al chico mundo
Volver lo de dentro fuera.
Su armada pone en olvido;
Sólo adora la galera
Que en la isla de Coron
Le hizo tan rica presa.
Aquélla, en su gran mezquita,
Por cosa sagrada cuelga,
Votando cada Diciembre
En su memoria una fiesta.
Zara, cautiva y señora,
Ya se alegra, ya se queja,
Que ménos aviva el gusto
El cetro que una terneza;
Y entre los mismos abrazos

De sus parientes se acuerda,
Con que los brazos afloja,
Que la obligacion aprieta;
Y en medio de las razones
Cien mil suspiros degüella,
Haciendo dellos justicia
Porque sin cordel confiesan.
Mil veces al Gran Señor
A darle gusto se esfuerza,
Y si presto no volviese,
Amor se entraria á vueltas;
Pero es enemigo al fin
De encogimiento y vergüenza,
Y verdugo, de los gustos
Propios, la memoria ajena.
¡Gran cosa es la majestad!
Mas no hay pensar que convenga
Con el amor, que es muchacho,
Y sin respetos se huelga.
Las holguras de Coron,
Frescas, gustosas y bellas,
Con sus lágrimas las tiene
En la memoria más frescas.
Buena fuera la gran córte,
Mas como no goza della,
Cánsala el desasosiego,
Y el ruido la desvela.
—¿Qué es esto? ¿Cómo, gran Zara,
Lo que todas no deseas,
Que es que venga tu linaje
A ser señor desta tierra?
Vida, regalo, señora,
Ojos, alma, esposa tierna,
Corazon, entrañas, gloria,
Descanso, esperanza eterna,

Ojos, frente, cuello, boca,
Cabellos mios, estrellas,
Claro cielo, nieve, grana,
Soles, oro, rubíes, perlas,
¿Cómo mi gran voluntad,
Hermosa Zara, desprecias?
¿Por qué te llamas cautiva
Si mi voluntad gobiernas?
Favorece tu gran patria,
Que aunque estuve mal con ella,
Si quieres haré por tí
Que vuelva á lo que ántes era.
Zara, obedece á Celin,
Y mira que te lo ruega
Condolido un tu cautivo
Y natural de tu tierra.—

6.°

Por la puerta de la Vega
Salen moros á caballo,
Vestidos de raso negro,
Ya de noche al primer cuarto,
Con hachas negras ardiendo,
Un ataud acompañando.
«¿Á dó va el malogrado
»Celin, del alma y vida despojado.»
Matóle el pasado dia
Sin razon un moro airado,
En una fiesta solemne
De que hubo presto el pago:
Llóralo toda Granada,
Porque en extremo es amado.
«¿Á dó va el desdichado, etc.»

Con él van sus deudos todos,
Y un alfaquí señalado,
Y cuatro moras hermanas,
Con muchos en su resguardo;
Y dicen al són funesto
De un atambor destemplado:
«¿Á dó va el desdichado, etc.»
Mesan los rubios cabellos
Que enlazan á un libertado,
Y de entre ellos va saliendo
Un licor claro y salado,
Y sobre rostros de nieve
Vierten el color rosado.
«¿Á dó va el desdichado, etc.»
Y los moros que más sienten
Ver tan espantoso caso,
Llevan roncas las gargantas;
Y aunque en són callado y bajo,
Dicen los moros y moras,
Mil suspiros arrojando:
«¿Á dó va el desdichado, etc.»
Una mora, la más vieja,
Que de niño lo ha criado,
Sale llorando al encuentro,
Mil lágrimas derramando,
Y con furia y accidente
Pregunta al bando enlutado:
«¿Á dó va mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
¿Á dó vais, bien de mi vida?
¿Cómo así me habeis dejado?
¿Qué es del amor increible
Que siempre me habeis mostrado?
¿Quién eclipsó vuestros ojos,
Luz de los mios cansados?

«¿Dó vais, mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
¿Dónde os llevan, hijo mio,
En estos pechos criado?
¿Quién mudó vuestro color
Y el rostro apacible y claro?
¿Quién ha sido el homicida,
Y de ánimo tan osado?
«¿Á dó va mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
Diez y seis años hoy hace,
Ved cuán contados los traigo,
Que vuestra madre os parió,
Y yo os crié en mi regazo;
Yo crié un fuerte muro,
Aunque lo vió derribado,
«Pues faltais, mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado.»
Con estas lamentaciones,
Sin que la sientan dar cabo.
De lágrimas hace rios
Por adonde van pasando,
Y á darle la sepultura
Dentro en su villa han entrado,
«Del triste y desdichado
»Celin, del alma y vida despojado.»

ROMANCES DE AUDALLA.

1.°

Contemplando estaba en Ronda,
Frontero del ancha cueva,

El valiente moro Audalla,
Que va la vuelta de Teba,
Que un honroso pensamiento
De su voluntad lo lleva
De su patria desterrado,
Por hacer del hado prueba.
Parado sobre el caballo,
La lanza en el hombro puesta,
Unas veces mira al pueblo,
Y otras hablando se eleva.
—¡Oh patria desconocida,
Presto oirás de mí la nueva
Que si envidia te ha movido,
Mayor envidia te mueva!
Ya que me diste ocasion
Que tu propia sangre beba,
No permita el alto cielo
Que haga lo que yo no deba;
Y ántes que del frio invierno
El sol la humedad embeba,
Verás que mi claro nombre
Con más valor se renueva.
¡Mal haya el halcon ligero
Que en ruin presa se ceba,
Y el que padeciendo sed
Aguarda á que el cielo llueva.
¡Mal haya quien no se ampara
Del frio si ven que nieva,
Y el que espera que en su casa
Otro menor se le atreva! —
Dijo: y ántes que el enojo
La sangre más le remueva,
Volvió riendas al caballo,
Y va la vuelta de Teba.

2.°

Ponte á las rejas azules,
Deja la manga que labras,
Melancólica Jarifa,
Verás al galan Audalla,
Que nuestra calle pasea
En una yegua alazana,
Con un jaez verde oscuro,
Color de muerta esperanza.
Si sales presto, Jarifa,
Veras cómo corre y pára,
Que no lo iguala en Jerez
Ningun jinete de fama.
Hoy ha sacado tres plumas,
Una blanca y dos moradas,
Que cuando corre ligero,
Todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
¡Peligro corren las damas!
Bien puedes salir á verle,
Que hay muchas á las ventanas.
¡Bien siente la yegua el dia
Que su amo viste galas,
Que va tan briosa y loca
Que revienta de lozana;
Y con la espuma del freno
Teñidas lleva las bandas,
Que entre las peinadas crines
El hermoso cuello enlazan!
Jarifa, que al moro adora,
Y de sus celos se abrasa,
Los ojos en la labor,

Así le dice á su aya:
—Dias há, Celinda amiga,
Que sé cómo corre y pára:
Quien corre al primer deseo,
Al segundo pára el alma.
No me mandes que le vea,
¡Pluguiera á fortuna vária,
Que como sé lo que corre,
Él supiera lo que alcanza!
¡Muy corrida me han tenido
Sus carreras y mis ánsias:
Las secretas por mi pena,
Las públicas por mi fama!
Por más colores de plumas
No hayas miedo que allá salga,
Porque ellas son el fiador
De sus fingidas palabras:
Por otras puede correr
De las muchas que le alaban,
Que basta que en mi salud
El tiempo toma venganza.—

3.°

Despues de los fieros golpes
Que con gran destreza y safia
Se dieron los fuertes moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
No olvidando á Celindaja,
Y Audalla vuelve á la córte
Á ver á su Lindaraja,
Por tener celos el moro
De Albenzaide que la amaba,

Que por ser rico, y él pobre
Teme quiebre la palabra,
Dice: —¡ Lindaraja mia!
¡ Dulce prenda de mi alma!
Haz que muera esta sespecha
Que en mi corazon escarba.
No permitas que Albenzaide
Se ponga alegre guirnalda,
Ni que de esperanzas mias
Lleve triunfando la palma. —
Y volviendo el rostro al cielo
Vió que en medio su jornada
Estaba ya el rojo Febo
Dando al mundo luz dorada,
Y con la pasada fiesta
La gente en silencio estaba,
Temiendo el grave rigor
Que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
Queriendo tomar posada,
Se acordó que en el cortijo
Un álamo grande estaba,
Que con sus ramos hojosos,
Cubriendo del sol la cara,
Hace una agradable sombra,
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
Á descansar, que se halla
Fatigado del calor,
Que cuerpo y alma se abrasa.
Entrado que fué en la cerca,
Vió que destroncado estaba:
Sabida la causa, fué
Porque pidieron las damas
Á los galanes del pueblo,

Que le despojen de ramas
Que les hace el gesto feo
Y verdinegras las caras.
Suspira el moro diciendo:
—Amor artero, ¿en qué andas,
Que no contento con hombres,
Gustas que mueran las plantas?
Mostrádome has con el dedo
La prueba de las mudanzas,
Con que renuevas mi pena
Y pagas al que te ama.—
Vuelve al caballo la rienda,
Ardiendo en celosa llama,
Y por enmedio del pueblo,
La lanza en el hombro, pasa,
Jurando no descansar
Ántes de ver á su dama:
Que de medrosas sospechas
No se escapa quien bien ama.

4.°

A los suspiros que Audalla
Arrimado á un fresno arroja,
Las fieras bajan humildes
De las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
Con gritos y voces roncas,
Porque hasta los animales
De su pena se congojan.
Es la ocasion de su llanto
Daraja, una ingrata mora,
Hija de Zulema, alcaide
De Guadix, Velez y Ronda;

Que sin mirar los servicios
De dos años, quiso agora,
Por una injusta sospecha,
Borrarle de su memoria;
Y fué que en cierto sarao
Sobre una blanca marlota
Sacó escrita aquesta letra:
«Aborrezco á quien me adora.»
Entendió que se decia
Por ella, y por sí lo toma,
Y sin aguardar más causa
Privó al moro de su gloria.
Desterróle á media noche
Con esta palabra sola:
«Si á quien te adora aborreces,
»Que te olvide tanto monta.»
Cerró con esto el balcon,
Y Audalla con más congoja
Se sale desesperado
Al mismo instante de Ronda.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

	Págs.
Almanzor y Bobalias.	5
Bobalias el pagano.	6
La morilla burlada.	7
La Infanta mora y Alfonso Ramos. . .	8
La infanta Sevilla y Peranzules. . . .	9
Cuestion de amor resuelta por el rey Bucar.	10
Abenámar.	11
Gazul.	35
Zaide.	68
Zaida y Celinda.	106
Tarfe.	107
Abindarraez el Tio.	117
Amores de Muza.	131
Reduan.	154
Boabdil y Zara.	163
Celin Audalla.	172
Romances de Audalla.	184

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Madrid, 1873.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO X.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

TOMO II.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
San Mateo, núm. 11, cuarto bajo.

1873.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

CELIN DE ESCARICHE.

1.º

Por divertirse Celin
Fiestas ordena en Granada,
En desgracia del rey Chico,
Y en ausencia de su dama.
Secretas hace sus fiestas
Con dos amigos del alma,
Galanes y Abencerrajes,
Hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
A mil respetos y guardas,
Sólo por dar un buen dia
A tanto penar sin causa;
«Que una prision muy larga
»La vida gasta, y la paciencia acaba.»
A la cristiana los viste
De villanesca bizarra,
Con tafetanes el rostro,

Caperuza, sayo y capa.
Blanco, leonado, amarillo,
Congojas sin esperanza,
Dieron al disfraz colores
Y memorias á Adilaja.
Pensado lleva Celin
De hacer famosas hazañas,
Y dejar melancolías
Que la buena sangre gastan;
«Que una prision muy larga,
»La vida pierde y la paciencia acaba.»
Ya las yeguas y jaeces
Van alterando á Granada;
Todos dicen de Celin,
¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!
No queda mora Cegrí
Que no se ponga á ventana,
Y todas dicen, á ver
El galan de las desgracias.
Como saben ya su historia,
Quisieran verle la cara,
Que en las hazañas no miran,
Porque ya saben las damas,
«Que una prision muy larga
»La vida gasta, y la paciencia acaba.»
Para verle entrar de noche,
Aunque viene á la cristiana,
La puerta de Elvira encubre
La hermosura del Alhambra.
Allí tratan de aquel tiempo
Que fué dichoso en Granada,
Envidiado de mil moros,
Y querido de mil damas:
Otros cuentan en corrillos
Los amores de Adilaja,

Diciendo que ya los dos
Ni se escriben ni se hablan;
«Que una prision, etc.»

Como ven que no venía,
Para la fiesta le aguardan,
Haciendo mucho mayores
Los deseos y esperanzas.
Adilaja con las nuevas
Muy celosa y enojada,
Le escribe al moro que deje
Fiesta que le ofende el alma.
A la mitad del camino
Recibió el moro esta carta,
Dió vuelta luégo á Jaen
Trocando en luto las galas;
«Que una prision muy larga,
»La vida gasta, y la paciencia acaba.»

2.°

Celin, señor de Escariche,
Y Aliatar, rey de Granada,
Azarques y Abenumeyas
Salen á juegos de cañas.
Bandas blancas lleva el Rey,
Color que su ser demanda:
De esperanzas va vestido
Que á más le obliga Daraja.
Por divisas tiene un cielo
Con muchos cedros y palmas.
De coronas esta letra,
«Seguro estoy de mudanzas.»
Los Abenumeyas todos

Y los Azarques llevaban
De encarnado las divisas
Que un mar de desdichas baña.
El muy bizarro Celin
Por dar contento á su dama
Entre las blancas marlotas
Estrellas de oro sembraba,
Y por dar seguro al Rey
De lo que celoso estaba,
Lleva pajizo el jaez
Con campanillas de plata,
Y en la adarga, por divisa,
Una azucena entre llamas
Con una letra que dice:
«Por ser fingidas no atrasan.»
Advierte su letra el moro,
Que tiene Aliatar cifrada,
Y aunque no demuestra celos,
Celosas ánsias le abrasan;
Que quiere salir de extremo,
O quedar sin vida en calma,
Valiente, bravo y furioso
Dando remate á las cañas.
Trabóse la escaramuza
De todas las cuatro escuadras,
Ganando el bizarro moro
Eterno renombre y fama.
Alborotóles el juego
La voz que les amenaza,
Que quiere salir un toro
De la inmudable Jarama.
Dicen los Abenumeyas:
— Ningun Azarque se parta. —
El Rey se va á su balcon;
Sola les deja la plaza.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

Celin, que á su desengaño
Sola esta ocasion buscaba
Con su acerado rejon
Al toro en el coso aguarda.
Tiene clavados los ojos
En la que en el sol enclava;
Conócese en el mirar
Que tienen juntas las almas.
Adalija se encubrió
Temiendo alguna desgracia,
Porque sus hermosos soles
Los de Celin deslumbraban;
Y quitado el resplandor,
Pudo el moro ver la plaza,
Y en ella un toro furioso,
Que á los cielos amenaza.
La cabeza en proporcion,
La cerviz corta, empinada;
Anchuroso tiene el pecho,
La cola toda enroscada:
Un remolino en la frente,
En sangre los ojos baña:
Cortos brazos, largos piés,
Bufa, salta, corre y brama.
No teme el bello amador,
Que á Marte en fama aventaja.
Seguro en el alazan
En las puntas se empinaba.
Cuando el vigoroso toro
Con el amador cerraba,
Hirióle con el rejon,
Por la cerviz se lo clava:
Quedó atormentado el toro,
La una rodilla hincada,
Cogido en la dura tierra

Sin que al moro ofenda en nada.
Revuelve Celin los ojos
Y vió que su mora estaba
En los brazos de Adalifa,
Del gran temor desmayada:
Del contento que tomó
Al toro menospreciaba:
Quebrando el asta al rejon
Todo el medio le dejaba,
Y de una veloz carrera
Atravesára la plaza
Parando en los miradores
De su querida Adilaja.

3.º

Vestido el cuerpo de cielo,
Y de sus glorias el alma,
Con mil estrellas y soles,
Y mil cifras coronadas,
Entra á correr la sortija
Celin, á quien acompañan
Catorce moros Cegríes,
Los mejores de Granada,
En un caballo andaluz,
De la generosa raza
Que al sacro Guadalquivir
Le suele pastar la grama:
Castaño oscuro, fogoso,
Cabos negros, gruesas ancas,
Ancho pecho, recios brazos,
Corto cuello, cola larga,
Chica cabeza y orejas,
Crines grandes encrespadas,

Gallardo, brioso y fiero,
Y humilde al freno que tasca.
Alborótase la gente,
Y en los tablados se alza,
Bendiciéndole mil veces
Por donde quiera que pasa.
Todo el mundo le bendice,
Y la envidia avergonzada
Se esconde en algunos pechos,
Que de envidiosos no hablan.
Desde su balcon le mira
La dulce y tierna Adilaja,
Original de mil soles,
Que en la marlota llevaba.
Levanta el moro los ojos
Y hácia su dama los baja,
Que siempre su hermosura
La trae por las nubes altas.
Contempla Celin su cielo,
Aunque con vista turbada,
Porque el resplandor divino
Turba las vistas humanas.
Quedaron mudos los cuerpos,
Solas las almas se hablan,
Que en las luces de los ojos
Iban y venian las almas.
Licencia pide Celin,
Adilaja se la daba,
Para que corra con Muza
En su presencia tres lanzas.
Muza se pone en el puesto,
Gallardo corre su lanza,
Y Celin le ocupa luégo
Con postura más gallarda.
Vuelve furioso el caballo

A la carrera la cara,
Pone la cola en el suelo
Y entrambos brazos levanta:
Llámale con las espuelas
Y con el freno le llama;
Responde fiero y humilde,
Y vuela sin tener alas.
Celin con aire del cielo
Afuera la lanza saca,
Y al tercio de la carrera,
Corva el brazo, aprieta el asta;
Abrígala con el pecho,
Y abrigándola la baja
A ley de galan, y cierto
A lo que mandan las armas.
Para veloz el caballo,
Tanto que en la arena blanda
Apénas juzga la vista
La herradura ni la estampa.
Derriba Celin el brazo,
Vuelve á su lugar la lanza,
Oprime el freno el rigor,
Y para el caballo á raya.
Corre otras dos, y en la córte
Admirada de mirarlas,
Levantan hasta los cielos
La voz de sus alabanzas.
En esto se puso el sol,
Y la noche con sus alas
Cubrió de confusas nieblas
Los palacios y la plaza.
Dieron hachas á Celin,
Y regocijo á Granada,
Quedando por mil razones
Gloriosa la casa de Alba.

AMORES DE BOABDIL Y VINDARAJA.

1.°

En Granada está el Rey moro,
Que no osa salir della:
De las torres del Alhambra
Mirando estaba la vega;
Miraba los sus moriscos
Cómo corrian la tierra:
El semblante tiene triste;
Pensando está en Antequera;
De los sus ojos llorando
Estas palabras dijera:
—¡Antequera, villa mia,
Oh quién nunca te perdiera!
¡Ganóte el rey Don Fernando,
De quien cobrar no se espera!
¡Si le pluguiese al buen Rey
Hacer conmigo una trueca,
Que le diese yo á Granada
Y me volviese á Antequera!
No lo he yo por la villa,
Que Granada mejor era;
Sino por una morica
Que estaba de dentro della,
Que en los dias de mi vida
Yo no vi cosa más bella.
Blanca es y colorada,
Hermosa como una estrella;
Sus cabellos son más que oro,
Que el oro dellos naciera;
Las cejas arcos de amor,

De condicion placentera ;
Dos saetas son sus ojos
Que en mi corazon pusiera :
Sus manos Deyfebo son ;
No fué más graciosa Elena.
¡Ay morica! ¡que mi alma
Presa tienes en cadenas!—

2.°

Suspira por Antequera
El Rey moro de Granada :
No suspira por la villa,
Que otra mejor le quedaba,
Sino por una morica
Que dentro en la villa estaba ;
Blanca, rubia á maravilla,
Sobre todas agraciada :
Deziseis años tenía,
En los dezisiete entraba ;
Crióla el Rey de pequeña,
Más que á sus ojos la amaba,
Y en verla en poder ajeno
Sin poder ser remediada,
Suspiros da sin consuelo,
Que el alma se le arrancaba.
Con lágrimas de sus ojos
Estas palabras hablaba :
—¡Vindaraja de mi vida!
¡Ay Vindaraja del alma!
Enviéte mis cartas yo
Con el alcaide de Alhambra,
Con palabras amorosas
Salidas de mis entrañas,

Con mi corazon herido
De una saeta dorada.
La respuesta que le diste :
Que escribir poco importaba.
Daria por tu rescate
Almería la nombrada.
¿Para qué quiero yo bienes,
Pues mi alma presa estaba ?
Y cuando esto no bastáre
Yo me saldré de Granada ;
Yo me iré para Antequera,
Donde estás presa, alindada,
Y serviré de captivo
Sólo por mirar tu cara.

3.°

En la villa de Antequera,
Cautiva está Vindaraja
La mora que más queria
El rey Chico de Granada.
Siente tanto el verse presa,
Que no la agradaba nada,
No por el poco valor
Que en el buen cristiano halla,
Sino por temor y miedo,
Que la han de llevar á Baza,
Y que si á Baza la llevan
La han de hacer tornar cristiana.
Tomando tinta y papel
Al Rey escribe una carta :
No le escribe como á rey,
Sino como enamorada.
« ¿Qué me sirve ser hermosa,

»Y de tí, buen Rey, amada,
»Si en aquestas ocasiones
»Me tienes, Rey, olvidada?
»Rescata el cuerpo á dinero,
»Pues me tienes allá el alma;
»Si por dineros me dejas,
»Moros tengo yo en Granada,
»Que por esta amante mora
»Perderán la vida y alma.»
Contento estaba el rey Chico,
Grandes fiestas ordenaba
Por una carta que tiene
De su amada Vindaraja:
Mandó llamar á su alcaide,
De quien hace confianza,
Y le dijo:—Buen alcaide,
Impórtame que mañana
Te partas para Antequera,
Al rescate de mi dama:
Llevarás cien doblas de oro,
Y otra cantidad de plata;
Cien caballos enjaezados,
Bordados todos de plata.
Traerásla como á reina,
Pues es reina de mi alma.
Por las tierras do viniere
Corran toros, jueguen cañas,
Hagan fiestas y torneos,
Toquen clarines y cajas:
Yo la saldré á recibir
Legua y media de Granada
Con toda mi casa y córte
Para que entre más honrada.—
Luégo se parte el alcaide,
Y á Narvaez dió la carta:

Desque la hubo leido
Estas razones le habla.
—Anda, véte, el moro perro,
Anda y vuélvete á Granada,
Y le dirás al rey Chico,
Que si me da Vivarambla,
Zacatin y Plaza nueva
Y tambien las Alpujarras,
Comparadas con la mora
No las estimo yo en nada. —

SALER CEGRI.

—Mientes, y si acaso el Rey
Los ampara en esta causa,
En su cara le diré
Al Rey, que me lo levanta
Por no pagarme el servicio
Que debe á mi brazo y lanza,
Creyéndose de quien quiere
Acreditarse con gracias.—
Por la puerta de palacio,
Los ojos vueltos en brasa,
Bravo y furioso Saler
Sale empuñando la espada.
—¿No saben los Bencerrajes,
Dice, volviendo la cara,
Que no sufren los Cegríes
Que les toquen en la fama?
Mienten otra vez, les digo:
Y repito estas palabras,
Por si hay tan valiente alguno,
Que de lo dicho se agravia.

¿Qué cristianos habeis muerto,
Ó escalado qué murallas?
¿Ó qué cabezas famosas
Habeis presentado á damas?
¿Cuándo vencisteis alguno
De los de la cruz de grana?
¿Pensais que empuñar jineta,
Es como volar las cañas?
En el usurpado escudo
Blasonais de las hazañas,
¿Dónde están los coroneles
De reyes que os deben párias?
Finalmente, ¿qué habeis hecho
Para decir en las plazas,
Y ante el Rey, que los Cegríes
Mejor que lo hacen hablan?
Y cuando de noche estais
Durmiendo en las blandas camas,
¿Quién, si no son los Cegríes,
Salen á hacer cabalgadas?
Cuando los cristianos vienen
Sobre vuestra hacienda y casa,
¿Á quién acudis los moros,
Vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto,
Que á todo junto en campaña
Le daré á entender que soy
Cegrí, si todo me aguarda:
Y si por ser yo no osais,
Escogé en toda Granada
El menor de los Cegríes,
Que él os dirá quién se alaba.

ADULCE.

1.º

—Aquel moro enamorado,
Que de las batallas huye,
Mal parece que en palacio
Honroso lugar ocupe:
El que al Maestre no ha dado
Entre las bermejas cruces
Bote de lanza ó flechazo,
Con valientes no se junte:
El que á su competidor
Favor conocido sufre,
Con el duelo de amadores
Comedidamente cumple:
El que no dice en las plazas
Cautivos cristianos truje,
Que están sirviendo á mi dama,
De galanes no murmure:
El que no saca en lás fiestas
Cuadrilla y galas azules,
No embrace adarga de Fez,
Ni lanza jineta empuñe.—
Esto dice Abindaraja,
Ultrajando al moro Adulce,
Enemigo de Albenzaide,
Que baldonalle presume.
Bajezas contaba de él,
Que tan infames costumbres
Aun no pudieran hallarse
En los alarbes comunes.
Habia zambra en palacio,
Y casábase aquel lúnes

Aja, la prima del Rey,
Con un infante de Túnez.
Galvana la cordobesa
Era gran cosa de Adulce,
Y viendo que son malicias
Las faltas que le atribuye,
A Abindaraja responde:
— ¿Tú piensas que de las nubes
Bajó tu moro Albenzaide?
Pues ruégote que me escuches.
Adulce, de sangre real,
Tiene el vencer por costumbre,
Y es el lugar más honroso
Cualquiera lugar que ocupe.
Cuando el hierro de su lanza
Allá en la Vega reluce,
No está seguro el Maestre,
Aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
Ha dicho: Cautivos truje,
A fuego y sangre ganados,
¡Bien haya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
Tampoco bajezas sufre
De amadores generales
Que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
No tafetanes azules,
Como algunos, que es vergüenza
Que lanza jineta empuñen.
Vale Adulce por mil moros
Como Albenzaide; no busques
Alguna ocasion forzosa
En que la cara le crucen.
Si á Adulce quisiste bien,

Si no te quiso, concluye
Con olvidalle callando,
No me agravies ni me culpes,
Que á no estar adonde estamos,
El cuchillo de mi estuche
Esa lengua te cortára,
Porque con ella no injuries.—
Levantóse Abindaraja
Diciéndola :—No te burles,
Porque aquí me vengaré
De quien aquí me lo jure.—
Alborotóse el palacio;
Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrajes,
Que son los bandos ilustres,
Salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
Que á guisa de caballeros,
Y valientes andaluces,
Al campo se salgan solos,
Y despues que desmenucen
Sus lanzas largas y gruesas,
Y á las espadas se ajunten,
El caballero animoso
Que al otro en tierra trabuque,
Pueda gozar de su dama
Conforme el padrino juzgue.
¡Oh maldito seas, amor,
Que no hay bien que tú no mudes,
Ni cordura tan fundada
Que mil veces no la turbes!
Encubres públicos celos,
Y amor secreto descubres;
Con ciertas enemistades,
Terribles marañas urdes:

Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aunen;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

2.°

La noche estaba esperando,
Y apénas cierra la noche,
Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro,
Mas no contra sinrazones,
Que éstas no tienen defensa
En hidalgos corazones;
Porque como no las hacen,
Ni las temen, ni conocen,
Y aunque es grande honor vengallas,
No ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro dia,
Y ocasion de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
Ó con alguna ocasion,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha

Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luégo,
Y enciérranlo en una torre.
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
Él mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que lo cercan y le esconden,
Los relucientes estrellas
Que le fueron claros soles,
Cuya luz anticiparon
Dando nuevos resplandores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
—¡Ay Aja, dijo, ¿qué es esto?
¿Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Qué sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Sólo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, infiero
Que estarémos ya conformes,
Porque á no ser esto así
No me prendieran entónces;
Pues sólo para que viera
Que viene á ménos tu nombre,

Me sobrára libertad,
Porque en desdichas me sobre.—
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

3.°

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
Es la pena ménos grave,
Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,
Enmudeciendo las leyes
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja.
Que hace más fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traidores,
Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
Temiendo que se le cae,
Y dijo :— Siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay, Aja ingrata! ¿Qué es esto?
¡Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males,
Y todo porque no pueda,

Ingrata, desengañarme,
Pues con quererte en naciendo,
Pienso que te quise tarde!
A otra reja me vi asido
Más baja, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, dí, que crea
Que el aire se las llevase,
Estando los dos tan cerca
Que apénas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte!
¿Quién derribó por el suelo
El edificio admirable
Que alzó amor á las estrellas,
De que apénas hay señales?
Déjame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza que hizo el tiempo,
Sin poder jamas mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
Todos dicen que me guarde:
Mas ¿de qué sirve, ¡cruel!
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Cuando la campana tañen?

¿Quieres, ingrata, que pierda
El premio de ser constante,
Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para corta ventura
Cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda,
Donde es justo que me gane.—
Llamaron en esto al moro,
Que lo esperaba su paje,
Que venía muy contento
Con una carta que trae,
Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dijo :—¡Qué importa,
Si Aja gusta que me acaben!—

4.°

Al camino de Toledo,
Adonde dejó empeñada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zaida la bella,
Y á su pensamiento encarga
Que se entregue á sus suspiros,

Yá ver á su Adulce vaya:
«Que ausencia sin mudanza
Comienza en celos, y en morir acaba.»
Acualquiera pasajero
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zaida:
—¡Venturoso tú mil veces,
Y yo sin dicha otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra:
«Que ausencia, etc.—
Adulce, que en su memoria
Está mirando la estampa
Que pintaron sus deseos,
Como en el alma le aguarda,
Al dolor de Zaida bella
Con triste llanto acompaña,
A sus suspiros con quejas,
Con voces á sus palabras:
«Que ausencia, etc.»
—¡Ay Zaida del alma mia!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los mios acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama,
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
«Que ausencia, etc.»
A tu imágen hablo en sueños
Y sin duda que me hablas
En triste llanto deshecha.
De haberme apurado en llamas,
Imagino que te acercas,

Y como el llanto no basta
Contra tan inmenso fuego,
La huyo por no abrasalla.
«Que ausencia, etc.»
Luégo celoso me finjo,
Sospechando que á mis ánsias
Busco segundo remedio,
Cansado de apaciguallas.
Agraviado las has, responde,
Tu fantasía te engaña,
Que salud de ajeno gusto
Al gusto del alma estraga.
«Que ausencia, etc.»
Zaida, espera en la fortuna
Y en el tiempo que no pára,
Y á entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu pecho tierno
Para que con vida salgas
Deste golfo de tormento,
Sin que digan por tu causa,
«Que ausencia sin mudanza [ba.»
Comienza en celos, y en morir aca-

EL ALCAIDE DE MOLINA.

1.°

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,

En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcaide:
«¡Alarma, capitanes,
¡Suenen clarines, trompas y atabales!»
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
Dejad el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale,
Que aquel que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle;
Que en honradas ocasiones,
Y peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje:
Haced rostro á la fortuna;
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
A la voz mal entonada,
Los ánimos más cobardes,

Del honor estimulados,
Ardiendo en cólera salen
Con mil penachos vistosos
Adornados los turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse ;
« ¡ Al arma, capitanes, etc. »
Cual tímidas ovejuelas,
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire ;
Y aunque con femenil pecho,
La que más puede más hace :
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles :
« ¡ Al arma, capitanes, etc. »
Acudieron al asalto
Los moros más principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares ;
Contra doce mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguaje :
« ¡ Al arma, capitanes,
»Suenen clarines, trompas y atabales!»

2.º

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso

Sin daño, y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca:
—¡Si tú tuvieras vergüenza,
Ni corrieras en mi calle
Ni paráras en mi puerta!
¡Mal haya Celinda, mora
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfanje temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al són de pífano ronco
En furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.

Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Ménos soy, y más son ellas.
Cíñete tu corvo alfanje,
Embrázate tu rodela,
Y llama á tu fiel Acátes,
Qne te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos,
Mi soledad y tu ausencia.—
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oido,
Apretando entrambas piernas,
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

3.°

—Tambien soy Abencerraje
De los buenos de Granada,
Y tambien me vi en la vega
Con el de la Cruz de grana;
Tan presto acudo á sus Reales
Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfanje,
Como otros de su dulzaina.
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras;
Veisla aquí, Cegríes, habladla.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es ménos fuerte mi brazo,
Ni son ménos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó, como yo, su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanápalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo

Do tantos cobardes se hallan,
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó
Y lo que hice se estimaba.
Mas como el cielo os dotó
De fuerzas tan moderadas,
De tan flacos corazones,
No quereis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejeis las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desechaisme por extraño,
Y es justo que yo me salga,
Como extraño mi valor
De vuestra bajeza extraña.
Si agraviados os sentis,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte, ó treinta,
O toda Granada salga;
A lo ménos no diréis
Que me visteis las espaldas,
Pues más que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No, si puedo, os jactaréis
Que me ultrajasteis la fama,
Miéntras esta fuerte diestra
Lanza enristra, embraza adarga,
Que ó moriré, por Alá,
O con vuestra sangre cara,

Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas. —
Salió diciendo el Alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfanje,
De una junta no acertada.

CELINDOS.

1.°

Con semblante desdeñoso
Se muestra el rostro de Zaida,
Pretendiendo de acabar
De Celindos vida y alma.
Es moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
Sobrino del gran Cegrí,
Primo hermano de Abenámar.
Causó el desden de la mora
En el moro una tal llaga,
Tan penetrante, que llega
A lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
Que de cruel se gloriaba,
Quiere mostrárselo claro
Con hechos, obras, palabras;
Y así se viste de verde,
Color alegre, y galana,
Bien diferente de aquella
Que saca el moro de Baza,
Porque salió de amarillo,
Que es color desesperada;

Azul que denota celos,
Morado, que muere el alma.
Sacó la mora una aljuba,
De muertes toda sembrada,
Junto á ellas una cifra
Barreteada de plata,
Con cuatro perlas de estima,
«Muera, no tenga esperanza.»
Sacó una toca turquesca,
De cuya punta colgaba
Una almalafa cubierta
Azul, blanca y colorada,
Con flor de lises de oro
Entre águilas de plata;
La basquiña á media pierna,
Con una media leonada;
Las ligas verdes y rojas,
Bordadas con seda parda;
Una zapatilla azul,
Que de seis puntos no pasa,
Hecha con tanto primor,
Cual jamas se hizo en Granada:
En cada una un corazon
Con unas pintadas brasas,
Y una letra que decia:
«¡Es muy duro! Estas no bastan!»
Puestos al lado dos niños,
Que parece que las matan,
Y una cifra que les dice:
«No las mateis, niños, ardan.»
Parte la gallarda mora
A casa de Celindaja,
Tan hermosa como esquiva,
Cruel, desabrida é ingrata.
Era Celindaja prima

De aquesta mora lozana,
Y casábase aquel dia
Con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
Que viniese, que habia zambra,
Escaramuza de moros,
Juegos, disfraces y danzas,
Obedecióla la mora,
Y así partió, acompañada
De dos moros, primos suyos,
Y hermanos de Celindaja.

2.°

Cubierta de trece en trece
Por los jirones y mangas
De mil roeles azules
Una marlota morada,
Un capellar amarillo,
Terciado con unas bandas
De carmesí guarnecido,
Con rapacejos de plata:
Un turquesado bonete,
Con cuatro lazadas blancas,
Que cuatro medallas tiene,
Y en cuatro piedras sus armas
Entre dos plumas pajizas,
Una verde y dos moradas,
Y la verde muy oscura
Como de muerta esperanza,
Y una letra de oro escrita,
Que la pluma verde enlaza,
Que dice: «Entre amor eterno
»Más muerta vive en el alma»:
De azul, blanco y amarillo

Teñida lleva la lanza,
Y al brazo una toca nega,
Y una esfera en el adarga,
Con una letra en el campo,
Que dice en lengua cristiana:
«Ni más alto el pensamiento,
»Ni mayor fuego en el alma,
»Que esperanza de imposibles
»Es fe que nunca se paga»;
Y por orla mil antojos,
Que unos á otros se traban,
Y por las lunas de todos
Dos calaveras de plata,
Con una letra que dice:
«O no mirar, ó mirallas.»
Unos borceguíes negros,
Sólo la vuelta dorada:
Dos grillos por acicates,
Con tanto primor y gracia,
Que declaran su prision
Batiendo una yegua baya,
Que lleva un rico jaez
Y una mochila dorada,
Bordada de mil trofeos,
De manoplas y de espadas,
Trompetas, yelmos, escudos
Y de cabezas cortadas,
Una banderilla azul,
Con unas verdes granadas,
Y en morisco aquesta letra:
«Maduran para ser ágrias.»
Sale el famoso Celindos,
Alcaide de Alora y Baza,
Convaleciente de heridas,
Mas no de amores de Zaida.

3.°

A los torreados muros
De su Jaen, dulce y cara,
Dulce porque nació en ella,
Cara pues le cuesta el alma,
Revuelve á mirar Celindos,
El biznieto de Abenámar,
El que fué alcaide de Ronda,
Y á Estepa tuvo en su guarda.
No va desterrado el moro
Por sucesos y desgracias;
Destiérrale una sospecha
Por no poder desterrarla,
De que su Zaida querida
Le ha quebrado la palabra
Que dió de guardar la fe
Mal cumplida y bien jurada.
Sale galan, aunque triste,
Para mostrar por sus galas
Que parte rico y contento,
Pues de ello gusta su dama:
Con muchos racimos de oro
Una marlota encarnada,
Acuchillada á reveses
Y en tela verde aforrada,
De lazos y nudos ciegos,
A trechos toda bordada,
Con esta letra que dice:
«Miéntras más me desengaña.»
Capellar de parda seda,
Forrado en tela de plata,
Bordado todo de abrojos;

Por letra : «Cuando me dañan.»
Negro tambien el bonete,
Con las plumas variadas,
Pajizas, blancas y azules,
Moradas, verdes y pardas:
Una medalla las prende
Con una esmeralda falsa,
Y esta cifra á la redonda:
«Tu promesa y mi esperanza»;
Ceñido un dorado alfanje,
Una veleta en la lanza,
Azul, que siempre los celos
Traen á la muerte cercana:
Pintado un ardiente fuego
En el campo de la adarga,
Y la letra dice: «Muera
»Quien á dos amores ama»;
Desnudo el brazo derecho,
Y atada una toca blanca,
Empresa de su querida
Y de amor humildes párias:
Caballo rucio tordillo,
Jaez de carmesí y plata,
Dos balanzas por estribos,
Que aquí estriba el que más ama,
Sirve el moro de fiel,
Aunque no le sirve nada:
Mas por mostrar á Celinda
Que como murió, así acaba.
Llegó el caballo á la orilla,
Al agua se arroja y lanza,
Como en señal de que siente
Del dueño la ardiente llama.
A nado pasa el caballo,
Y él, como á acabar ya pasa,

No repara en que se moja,
Pues morir no le repara.
Salió á la arenosa orilla,
Y vuelve á mirar su patria,
Hincando la lanza en tierra,
Y arrimado el rostro al asta
Contempla los edificios,
Alta roca y fuerte alcázar,
A quien su firmeza opone,
Y halla su semejanza:
—Aquí vieras, mora, dice,
Si como yo me miráras,
Un monte de sufrimiento,
Y un alcázar de inconstancia:
Y si como yo te miro,
Te miráras, en tí halláras
Un alcázar de soberbia,
De dureza una montaña.
Pase por tí aquella aprisa,
Cual tú por mis cosas pasas.
Aún no saliste á verme,
Como á cosa ya pasada,
Para ver en mi librea
Mi firmeza y tu mudanza,
Reparando en mis colores
Lo que en gustos no reparas.—

4.°

—Mal os quieren caballeros
De Antequera y de Granada,
Celindo, porque presumen,
Que os quieren mucho las damas.
Hablan de vos en ausencia,

Y si estais entre ellos, callan;
Murmuran de vuestros hechos,
Y acreditan os la fama,
Porque no mostrais papeles
De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas,
Y que salen los Cegríes
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos
Y de la fe de vuestra alma;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan,
Y que tengais más promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas;
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—

Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

CELALBA.

—Celalba, mora que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adornas y alegras:
Ya que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hecho dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasion
No contradicen mi lengua:
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡Ah mora sabrosa y dulce!
¿Es posible que la tierra

Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en tí sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese alcaide que te guarda,
Rios por sus ojos echa,
De tristes celos bramando,
Aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
Será de tus gustos rienda,
Y no ve que sus sermones
Acrecientan más tu tema.
¡Mal conoce las mujeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero,
Imitando á la primera!
¿No ve que son como el agua,
Que si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge más,
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias

Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser su albacea.
¡Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta!—

ZULEMA.

1.º

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpétua;
No armado, sino galan,

Aunque armado más lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza:
Cuando más breve que el viento,
Y más veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la más gente de ella;
Sólo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan:
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas,
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera más fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo en que á la bella mora
De sus deseos dé muestra:
Salta del andamio luégo,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa;
Cuando ve que á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre,
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,

Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,
Vuelve á mirar quién le ofende,
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los más fuertes,
Bendícenle las más bellas;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas;
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza.

2.°

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentía

Y retrato de nobleza ;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta,
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual, con tropel menudo,
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia della ;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva :
Y lleva el bonete azul,
No porque celoso venga,
Sino porque de su cielo
Es la color más perfecta.
Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,

Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y de no poca soberbia.
Era, pues, el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta, mas no quemada,
Y si quemada, no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la más ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra:
«Así recibo yo vida
»De la dama que lo ordena»;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la córte,
No sin mucha competencia:
Servida, mas no pagada,
Sino sólo de Zulema,
Que como fino amador
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y áun procura que le deba,
No para más libertad,
Sino para más cadena;
Y así por esta ocasion

Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mírale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galan,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo cuello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
La que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigorosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretára
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva
Aunque de arrogancia llena:
—Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.—

3.°

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra.
Tenía celos el moro
Del alcaide de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
» Y como se vió sujeta,
» Dudando de su rescate
» Vino á morir en cadena.»
El bonete carmesi,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegría

»Compite con mi tristeza.»
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
»De mi fortuna la rueda.»
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca.»
Un borceguí datilado,
Dorado sólo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
»Difícil será volvella.»
Una banderilla azul
En una lanza jineta,
Y dice la letra: «Celos,
«Hincádsela hasta que muera.»
Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada más cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto,
Estando un rato suspensa;

Zulema picó el caballo,
Allegándole más cerca,
Diciéndole: — ¡Sol del mundo,
Qne en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana,
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo: — Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que ya sabeis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra. —
Zulema le dijo: — ¡Ay, Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra más
Es cuando tu sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena. —
Respondió Zara turbada:
— ¡Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños

Cuanto para tí de cera.—
Zulema, algo asegurado,
Sólo la da por respuesta:
— ¡Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera! —
Con esto se parte el moro,
Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

CEGRI.

1.°

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Habia una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegrí,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundia el aire con quejas,
Y luégo rompiendo el aire
A sus querencias volvia

Bramando porque bramasen,
Mas como en guerra de celos
El más fuerte ménos vale,
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra más brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una merced te pido:
Que si á Granada llegáre,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

2.°

En un aposento oscuro,
El más de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un dia por la mañana,
Cegrí, dicho el Montañes,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda.

Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo ansí hablaba:
¿Adónde vas, atrevido?
¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
«Señora, el dejar de veros
No es porque me falta gana,
Sino por no dar disgusto
A quien mi disgusto causa,
Porque tu gusto no pierda
Lo mucho que el mio gana;
En no verte pierdo mucho;
Mas no pierdo, que tú ganas.
Perdona, señora mia,
Las pesadumbres pasadas,
Que pues las causó locura,
Bien me disculpa ignorancia.
A mis importunaciones
Tambien has dado tú causa,
Dándome tales favores,
Que el menor de ellos bastaba
Para poder competir
Con el mejor de Granada.
Tú, mi señora, me diste
Grandísimas esperanzas
De mejorar los favores

Que agora van á la larga.
Pensé que fuera subiendo
Como quien sube por gradas;
Mas pensando ganar tierra
Voy perdiendo la ganada.
Los favores que me das,
Si es que te salen del alma,
No hay á qué los comparar,
Pues pensarlo pone calma:
Mas si son por cumplimiento,
Suplícote no los hagas,
Pues son dineros de duende,
Que en sombra se desbaratan;
Cuartos que llaman de fraile,
Que en el mercado no pasan:
Pesas que por no ser justas
Están del rollo colgadas;
Obras hechas en pecado,
Que no aprovechan al alma;
Son obispados de anillo,
Cuya renta no se paga;
Voz de guitarra sin cuerdas,
Fuerzas de cuerpo sin alma,
El beso y la paz de Júdas,
Cartas y escrituras falsas.
Yo, para decir verdad,
Harto dudo si me engañas:
Veo señales de amor,
Pero tibias y áun heladas,
Que por más que estoy sin verte,
Nunca veo que me llamas:
Cuando de tí me despido
Nunca me dices aguarda;
Si al cuello te echo los brazos
Los quitas y desenlazas;

Si llego mi rostro al tuyo,
El tuyo muy presto apartas,
Y por más que te lo ruego
Nunca quieres ver mi cara:
Haces reparo á mis manos
Las veces que se desmandan:
Todas estas son señales
De voluntad no muy sana.
Con todo aquesto, señora,
Te quiero ir á ver mañana:
Será para darte gusto,
Porque le tendrias sin falta,
Que aunque al entrar no lo tengas,
Tendráslo cuando me salga;
Si dijeres: Mal venido;
Dirás: Norabuena vayas.
Diciéndote estas sospechas
Tú me has dicho que son falsas,
Y que por no agradecellas
Pongo á tus favores tachas;
Y esto en buen romance es
Persuadirme que me amas:
Si es así, y me das lo más,
¿Cómo en lo ménos reparas?
Yo me daré por vencido
Con la vista de mañana,
Si entónces viere que estás
Corregida y emendada.
Sé larga en lo que nos resta
Si hasta aquí no fuiste larga:
Si del secreto recelas
Harán que le haya mis trazas,
Que habiéndotelas yo dicho
No te han parecido malas.
¡Pero harto malas son

Si no han de servir de nada!
Ya sabes que en el secreto
Nadie en el mundo me iguala.
Con esto solo concluyo,
Con que doy fin á mi carta;
Que si el favor que me diste,
Le diste de buena gana,
No habrá cosa que me niegues,
Pues es verdad apurada,
Que es fácil ganar la villa,
La fortaleza ganada.»
Habiendo la carta escrito
La cierra, y para envialla
Llamó un paje que la lleve;
Mas recélase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza:
Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada:
Envolvióla en un papel
Y en su escritorio la guarda.

3.º

Al venturoso Cegrí
La hermosa Celindaja,
Con más lágrimas que letras
Está escribiendo una carta:
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza:
«Al ídolo de mi gusto,
Tan al justo de mi alma.
Si temo viéndote ausente,
No te admires, prenda cara,

Porque este monstruo de ausencia
Pare imposibles mudanzas ;
Y mas tú, olvidado moro,
Que con encomiendas flacas
Sabes hacerte tan fuerte
Que borras memorias hartas.
Hablo, amigo, de experiencia,
Que conozco tus ventajas,
Y temo propias sospechas
Cuando á ajenas tierras vayas.
Tu descuido me promete
Cuidado por nueva causa ;
Que eres para ser querido
Y no han de faltarte esclavas.
La que dejaste en Toledo
Con tu memoria descansa,
¡Quiera Alá, dichoso moro,
Que allá esté desocupada !
En mi corazon te mira
Las tardes y las mañanas,
Que el espejo de mi pecho
Son tus primeras palabras.
En mi alma tu fe guardo,
Si es que cual tuya la tratas :
Vén, visítala, Cegrí,
Que se confiesa agraviada.
Si me engañares, al ménos
Una mujer flaca engañas,
Culpada de voluntad,
Que no pequé de ignorancia.
¡Ay moro del alma mia !...»
Aquí suspensa y turbada,
Renovando sentimientos,
Borra las letras que estampa :
Crece el nublo de suspiros,

Los ojos el papel bañan,
Falta á la mano el aliento,
Y á la pluma tinta falta.
La mora que las encierra,
Como es la mora encerrada,
Tocó á recoger el cuarto
De la Reina y de las damas:
Celindaja dobló el pliego,
Y á quien lo que es le demanda,
Dice que son devociones
Que pasa cada semana.

ARLAJA.

En el aceruelo Arlaja
Puestos los dos ojos tiene,
Eclipsadas ambas lunas
Con las lágrimas que vierte:
Mil veces pone los ojos
En la labor, y la vuelve,
Porque turbada de celos
El tino y los puntos pierde:
Dos mil se le corta el hilo,
Y no el hilo de sus fuentes,
Que como nacen del alma
Son perpétuas sus corrientes.
—¡Moro, dice, más ingrato
Que los ingratos de allende,
Pues en condicion ingrata
A esos bárbaros excedes!
Dime, Arlaja ¿qué te ha hecho,
Que le das tantos desdenes!
¿Es posible que no estimas

La palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿Por qué en balde me entretienes?
Y si dices que me amas,
Quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja,
Si de tí mismo la tienes,
Que vendrás á hacer al fin
Lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
Otras más altas paredes;
Mas no lo son en firmeza,
Que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
Altas torres, lienzos fuertes,
Que cuando quisiere el alma
Los hallará trasparentes.
Quiere bien en una parte,
No quieras en tantas veces,
Que es forzoso no querer
Si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agravio
Seguir tantos pareceres,
Y pagar con un amor
A tres ó cuatro quereres?
¡Qué poco te cuesta amar,
Que tras cada canton mueres!
¡Bien parece que no amas,
Pues á ninguna aborreces!
Envidia te tengo, moro,
No á tu amorcillo, que mientes.
¡Oh quien pudiera mentir
Por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
De hermosa voluntad eres;

Tú vendrás á amar por tiempos
Algun millon de mujeres.
¡ Plegue á Alá que quieras tanto
Que de puro amor revientes,
Y que aborrezcas á todas
Cuando finges que las quieres,
O que dés en otro extremo,
Pues de extremo á extremo vienes,
Que te suban más de punto
Lo que tú tanto encareces ;
Y que pues eres Narciso,
Pues Narciso te pareces ,
De tí mismo te enamores ,
Pues no te bastan mujeres.

ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

1.°

De la Naval con quien fueron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fe de sucesos varios ;
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En más peligrosos cargos ;
Que de su linaje noble
Las proezas imitando,

Del gran Alfaquí su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando, pues, su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano;
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fe;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vário
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda

Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su ligereza el cargo.

2.º

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis;
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos;
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosías,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y si no, callad de dia,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa,
Siendo mentira, contastes
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;

Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais,
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,

Sabréis bajezas notables.
Jamas tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen ;
Señal de malos respetos,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,
Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

3.°

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Más de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes,
Y que soy cobarde : mientes ;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez ántes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste.
Dijiste : — ¡Pobre Aliatar !
En pié morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,

Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance :
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperáre ;
Que soy más bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste :
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies ;
¡Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen !
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes :
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames ;
Pues se da el nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre ;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste ,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire. —

4.º

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,
Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha;
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ánsias,
Y de todo la ocasion

Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
«Por envidia se las saca.»
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenámar,
Si con mi daño no medras,
¿Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras.—
Dijo, y olvidóse luégo
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va más que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: —Si el temor de verme,
Abenámar, no te mata,

Espera para la vuelta. —
Y en esto se entró en Granada.

5.º

«Denme el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio;
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento;
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmele luégo
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho
Como el vestido que llevo:
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Sólo el velo de adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento:
Vido á su Zoraida bella,

Y parte luégo corriendo,
Deseando de hablarla;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que más le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio,
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga,
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto:
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo:
¡Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo!

Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria ésta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fueron.

6.°

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Donde vive y donde muere,
El bravo moro Aliatar;
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte,
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la más hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bizarría estima,
Y cuyo donaire excede
A toda imaginacion,
Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De donde su gusto tiene;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronostican daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada

Con Cegríes y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y más el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Solo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Mas por el nombre que tienen;
Y quiso por su tristeza
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Llevo pintada la muerte,
Con esta letra, que dice:
«Matóme, sin que muriese.»
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete
Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen,

Como vuelan sus contentos,
Un mártes cuando amanece;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fe que contra la suya
El tiempo muy poco puede:
Por medalla, una leona
Que á sólo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido,
Y dice lo que se lee:
«Estos bastan para darla,
«Mas quien á mi dalla puede
»Con ellos se ablanda ménos,
»Y mucho más se endurece.»
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra:
«No son ménos los que tiene.»
Y una lanza con dos hierros,
Por sólo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente;
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué más verde;
El brazo todo cubierto,
Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abrasa
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando

Aquel fuego en que se enciende,
Y escrito con letras de oro :
«Mucho temo el parecerte»;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guarnicion en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tahalí
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes,
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una escura noche
Que truena, graniza y llueve.
Un borceguí datilado,
Hechos lazos en reveses,
En señal que sus intentos
Todos al reves suceden ;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.
No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto los siente.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salia,
Al pié de un monte silvestre,
« Este, dice el moro, es
» El lugar que me conviene. »

Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

7.°

No con azules tahalíes,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos,
Entraron de cuatro en cuatro,
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
Las trompas roncas, los tambores des-
templados.»
La gran empresa del Fénix
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando:
«Tristes, etc.»
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.

A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo :
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltearon ;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron :
«Tristes, etc.»
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡Y cómo vierten, llorando
Más que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco !
Dilo tú, Amor, si lo viste :
Más ¡ay, que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado !
«Tristes, etc.»
No sólo le lloró Zaida :
Pero acompáñanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro ;
Las damas como á galan,
Los valientes como á braxo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo :
«Tristes marchando
Las trompas roncas, los tambores des-
templados.»

MULEY.

1.º

Los ojos vueltos al cielo,
Y el pensamiento en su alma,
Cercado de mil sospechas,
Ingratitud y mudanza,
Celos, temor con engaño,
Embustes, nuevas marañas,
Peligros, muerte segura,
Con tormenta y sin mudanza,
De azul, pardo y amarillo
Una marlota bordada
Cercada de mil trofeos
Entre listones y franjas;
Por descanso un almaizar
Con una borla encarnada,
Y en un extremo este mote:
«Más el descansar me cansa.»
Un bonete aceitunado,
Una toca anaranjada,
Que ni es bien desesperado
Ni con perfecta esperanza;
Y del cabo del bonete,
Que hasta el hombro izquierdo baja,
Cuelga un precioso joyel
Con una fina esmeralda
Y dos arábigas letras,
Lo que le parece gracia,
Que declare en Aljamía:
«De esperar estoy colgada.»
En un morado tahalí
Un alfanje de Tartaria,

La hoja llena de letras,
La guarnicion plateada,
Y en medio de la contera
Un Cupido con sus armas
Y en una flecha este mote:
«Al que le defienda mata.»
Borceguíes datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil,
Si con los piés pinta ó labra
Pasando más adelante
La cola lo desbarata.
Quiso así significar
Que cuanto labró en Granada
La cola de un desengaño,
Lo destruyó sus pisadas.
Salió el gallardo Muley
De la fuerza de la Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

2.°

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina,
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces,
A decille así principia:
«¡Oh tesoro de mis males,

Y de mis querellas mina!
¿Es posible que tus manos
Contra mi pecho se inclinan?
Acuérdate de los flores
Que cogí en Guadalmedina;
Y que en presencia y ausencia,
Muley ante tí se inclina.
Ablanda ya el corazon
De esmeralda diamantina,
Y no pienses que en desdenes
Tu falsa aficion se afina.
Buscando voy tu calor,
Como la fiel golondrina,
Que se va huyendo del golpe
De la furiosa marina:
Que porque me viste hablar
En la zambra con Cevina,
Quisiste contra tu fama
Ser á tu gusto divina.
No uses de los dobleces
Que usó la cauta Armelina:
Mira que mi pensamiento
A pensar en tí no atina.
Si te hablo, dícesme
Que me voy de la bolina;
Y si te miro callando,
Eres contra mí malina.
No sé, mora, qué te hago,
Pues con furia repentina
Te defiendes de un rendido
Con escudo y jacerina.»
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lacio cuerpo reclina.

3.°

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el Santo Rey Fernando,
Dia de San Pedro un lúnes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano Rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice: « Llega, cristiano,
Saquea, roba y destruye,
Pues que has vencido el linaje
Que al mundo de sangre cubre.
Los Gazules llevas presos,
De esta tierra honra y lumbre,
Y te afirmo que Granada
Cercada un año no dure.
Cuando veniste á Alcalá,
Dentro en mis baños lo supe:
Dejé la toca de seda,

Que mi frente ciñe y cubre;
A las torres de mis armas
Con mis moros me retruje:
Salí al campo porque nadie
De ser cobarde me acuse;
Mas llévanme el alma presa
En una mora de Túnez,
Que fué desta tierra fuego,
Y de estos ojos la lumbre.
Diómela su padre el Rey;
De Africa á España la truje
En una fusta turquesa,
Que de oro y seda compuse
Toda la popa dorada:
Hice que mi estrado ocupe
Con cien cristianos vestidos
De telas blancas y azules.
Celebráronse las bodas
Mañana un año se cumple:
Mártes, dia de desgracia,
Que se acabaron hoy lúnes.»

ALMORALIFE.

1.°

El mayor Almoralife,
De los buenos de Granada,
El de más seguro alfanje,
Y el de más temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorrey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,

Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su Rey
Se va á la mar desde Baza,
Más animoso y galan
Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules linos sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios, que ya son verdes,
Y fueron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo, pues, la rienda,
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que áun á sacalle no basta,
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te vi esta mañana

Tan enojada conmigo,
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¡Mucho me quieren tus ojos!
¡Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¡Muchos cabellos, amiga,
¡Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ánsias,
Dejando mi cuerpo triste,
Vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¡Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
Él llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejára!
Mas si dejo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor,

Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envies,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

2.°

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralife,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas,
Desde léjos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mio,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquélla,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:

Si tu belleza estimáras,
Como estimo tu belleza,
Fueras ídolo de España,
Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza,
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ánsias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luégo á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envia el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva;
Tan turbada cuanto bella,
Estando atento su moro,
A preguntalle comienza:
—Almoralife galan,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
O murió de las sospechas
Que á su triste original

Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

3.°

Descargando el fuerte acero,
Desciñéndose la espada,
Desembrazando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el brazalete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la córte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo,
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,
Dice el paje, quien más te ama,—
Y el mensajero replica:
—El Rey y la córte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,

Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos déstos pasa.
—El Rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá;—y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—¡Almoralife! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro: —¿quién me espera?—
Responde el paje:—Tu dama
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.
Vióte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
¡Cara cuesta tu venida!
¡Tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia

La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo; no pienses,
No pienses hasta mañana.
Vén donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que más te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en tí se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solas, si en venir te tardas.—

JARIFE.

1.°

Una parte de la vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaraguí de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de más ganancia,
Dejó en dote Amete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder,
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda

Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gajes
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado della
Un bizarro de Cartama,
Y préciase de bizarro
Porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarífica lumbre
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria,
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegría
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenía esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias
Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen,
Con callada y veloz planta,
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara,
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrísono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,

Aprieta la toca al brazo,
Pone hebilleta y enlaza;
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
—¡Traidor, dice el uno dellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, aguarda, que vengo;
Que vengo, que vengo, aguarda!
¡Apercíbete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto,
Pasarte he con esta lanza!—
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra más brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres más altas
Y como si en aquel punto
Comenzáran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife, viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar más la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,

De muy valiente le alaba;
Mas ¿cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuése siguiéndole el moro
Que habia venido en su guarda.
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.

2.°

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne,
Sentada está Celindaja,
Más hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen,
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma siente,
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Más al afligido afligen.
Por un pequeño recelo,
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.

Así Celindaja muere,
Y aunque muere no lo dice;
A más padecer más calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede,
Y una vez y otra repite;
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despide:
—Pensamientos amorosos,
¡Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivasteis?
Declarad todo el orígen,
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de véras amais,
Olvidar es imposible,
Y más si con el amor
Teneis la fortuna firme.
¡Ay quién supiera dó estás,
Mi regalo y mi Jarife!
¿Si acaso vives con otra?
¡Mas ay, si con otra vives!...—
El moro, que oyó el lamento,
Procura presto encubrirse,
Para oir el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;
Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo:—Mi Celindaja,

¿Quién hay que del bien te prive?
¿Tiene por ventura el mundo
Aliatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Cegríes,
Que cualquiera en tu servicio
No se postre y arrodille,
Y para más agradarte
A besar tus piés se incline?
¿Mas qué es lo que dije ahora?
¡Cobarde! ¿qué es lo que dije?
Que si no soy yo, ninguno
Puede pretender servirte.—
Descubre el rostro la mora,
Como el sol tras el eclipse,
Tan apacible y alegre,
Cuanto alegre y apacible;
Y el enamorado moro,
Que en sus razones prosigue,
A vueltas de mil ternezas,
A su Celindaja dice:
—Sosiégate, gloria mia,
Haz que tus ojos me miren,
Que en ley de moro te juro
Que jamas mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplaque,
Porque el mio se mitigue,
Y recibe en holocausto
Esta vida que en tí vive.—
Con el fin de estas razones,
Ambos á dos se despiden,
Diciendo: —Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.—

3.°

Al alcaide de Antequera
El Rey de Granada escribe,
Que contra el Rey castellano
Diez y seis lanzas le envie;
Las ocho que partan luégo,
Y á Jaen las encamine,
Y que aperciba las otras
Para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
Y ejecuta lo que pide,
Escogiendo de sus moros
Los más fuertes adalides.
En este tiempo á la córte
Le fué forzoso partirse
A poner en paz dos moros
Que tratan guerras civiles;
Y á su hijo noble encarga
Que al Rey las lanzas envie,
Pues el honor de los dos
En esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
Al són de sus añafiles,
Los caballos cordobeses
Y los soldados Cegríes.
De amarillo, azul y blanco
Los ocho moros se visten,
Colores de Celindaja,
Por quien suspira Jarife:
Bonetes de mezcla llevan,
Y con bandas verdes ciñen
Las plumas blancas terciadas

Que verlas todas impiden.
Alfanjes de Túnez penden
De dóblados tahalíes:
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre;
Bayos llevan los jaeces,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los borceguíes.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco,
Aunque se precia de humilde,
Por orla bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que dividen
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Muzas y Alfaquíes.
Gallardo sale este dia
En una yegua Jarife,
Que las armas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes,
Con una estrella en la frente,
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado
De aljófar y de rubíes.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste

Con unas letras doradas
Que dicen : «Cuando se eclipse.»
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tunecíes,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises :
Un alfanje de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
Parece en sus manos mimbre,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.
Oido se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verle las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren ;
Y viendo á su bella ingrata,
Así la requiebra y dice :
—Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al Rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
Y la ocasion me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma

Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden:
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cautiven,
Miéntras lo queda su dueño
De los ojos por quien vive.—
Alegre la hermosa mora,
De que no quiere partirse,
Y que sólo con las lanzas
Al Rey de Granada sirve,
Cúbrele desde el balcon
De azucenas y alelíes,
Y el moro favorecido
De la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible,
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.

4.°

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja:
Vela en ajeno poder,
Y él se ve en el de mil brasas:
Sus suspiros son el viento,
En que se enciende esta llama:
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez
Ni de la pluma bizarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga:

Solamente se desvela
En el hábito del alma ;
Que amor , como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada :
Huye de gente los dias ;
Llorando las noches pasa ,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras :
— Daraja , ¿ tanta hermosura
Cómo tan mal empleada ?
¿ Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava ?
¡ Que dejes á tu Jarife ,
Que no vale ménos que ama ,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras más que á tu alma !
¿ Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta ?
¿ Tanto te va, fiera bella ,
En que te noten de ingrata ?
Si huelgas como enemiga
De ver mi muerte temprana ,
Yo mismo la buscaré ,
Si quien la busca la halla ;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga ,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña ;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada ,
Haz que me mate á traicion
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme ,
Aunque en armas ménos valga ,
Pues en tenerte consigo

Sin ellas me quita el alma ;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contáre alguna
De ménos duras entrañas
Adónde hallaron mi cuerpo ,
Y quién le lavó las llagas ;
Cuántas lanzadas tenía ,
Y cuántos golpes de espada,
Y cuántas horas estuvo
Sin conocerle en la plaza ;
¿Que te faltará aquel dia
Para bienaventurada,
Si no te turba el contento
Ver mi desdicha acabada ?
Podrás, despues de yo muerto,
Ir libremente á las zambras ;
Podrás sacar en las fiestas
Una gala y otra gala ;
Podrás gozar de la vega ,
Y ponerte á la ventana,
Y entre las moras amigas
Alabarte de esta hazaña :
Y como tendrán mis huesos
La tierra por dura cama ,
¡ Bien te ha de valer mi muerte
Para vivir descansada ,
Si ménos ha de celarte
El que sabes tú que trata
Más de vengarme de tí,
Que yo de pedir venganza ! —

5.°

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra,
Hablando en su amor primero,
De que fué la secretaria.
—¿Sois vos, le dice la mora,
Jarife aquel de Daraja,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años há, caballero,
Que os llora por muerto España:
Si muerto, ¿cómo en el mundo?
Si vivo, ¿cómo sin alma? —
El enamorado moro,
Por satisfacer la dama,
Ni en voz humilde ni altiva
Así la lengua desata:
— El hilo de nuestras vidas
En mano está de las Parcas,
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
A cada cual su carrera
De una vez se le señala;
No hay más alargar la corta,
No hay más acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
Que para más mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A más de un morir de fama:
Más de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza;
Más de un golpe de los suyos

Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
Y en la libertad de Zaida,
Si no derramé la vida
Fué culpa de mi desgracia;
Aunque fué, si bien se mide,
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro
Lo que no puede la rabia.
Vi triunfar á mi enemigo,
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadenas,
Y él su frente coronada:
Vi adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
¡Entónces, entónces, muerte,
A buena sazon llegáras;
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma!
Muriera donde á lo ménos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
Vivamos, pase esta farsa,
Que quien hasta aquí ha sufrido,
Sufrir podrá lo que falta. —

6.º

En la vega está Jarife
Mirando el famoso alcázar
Que á Generalife sirve

De fuerte, corona y guarda;
Y al mismo tiempo que el sol
Doraba la luz al alba,
Y el rocío de sus ojos
Deshizo el sol de Daraja,
A cuyo fuego tambien
Desató la lengua helada,
Y descubrieron las quejas
Detenidas en el alma.
—¡Bien he visto, dice el moro,
Si las sospechas engañan,
Pues han salido más ciertas,
Que fueron imaginadas!
Por el primero favor
Me diste una pluma, ingrata,
Imágen del seco fruto
De mi perdida esperanza:
Pensé que el grande calor
Del amor que me mostrabas
Fertilizára tu pecho,
Tierra estéril, seca y tarda,
Y que la palma me diera
El dulce fruto temprana;
Pero ¡quién siembra en arena
Que coja viento y palabras!
Llegóse ya la ocasion
En que pudieran mis ánsias
Hallar remedio en tu pecho,
Y estaba en él tu mudanza;
Pero como de mi mal
No fuiste más que la causa,
Al apurar de la fe
Se conoció que eras falsa.
¿Para qué finges, cruel,
Imposibles y amenazas?

Pero si amáras, supieras
Que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
Amor deshace y allana,
Porque es como el rayo fuerte,
Que lo más fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
Para vencer se señalan,
Así amor en imposibles
Su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
Y el alma desengañada
Pueden tanto, que me fuercen
A que del tiempo me valga,
Y que busque mi remedio
Y procure mi venganza,
Que un desden sana con otro,
Si amor con amor se paga.
¡Por mucho que el fuego sea,
Puede ser la nieve tanta
Que venza lo ménos fuerte
Con la calidad contraria!
No te fies de los ojos
Que cuando quieren me matan,
Pues la fuerza de un disgusto
La mayor paciencia acaba.
A mujer que quiere bien
¿Qué impiden tias ni hermanas,
Pues los muros y las torres
Suelen ser débiles cañas?
Amor que mira en respetos,
¿Por qué causa amor se llama,
Si al amor le pintan ciego
Porque no repara en nada?
¡Esas tibiezas y celos,

Recelos, dudas, palabras,
No son efectos de amor,
Que al amor nada le espanta!
Sin quemarse, el vivo fuego,
Y á pié enjuto el agua pasa,
Asperos montes camina
Y al aire extiende sus alas.
¡Quien pone duda en su gusto
Mucho descubre del alma!
Yo á lo ménos bien conozco
Que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego,
No hayas miedo que renazca,
Que no he de ser como el Fénix,
Aunque he sido Salamandra.—
Esto dijo, y suspirando
Picó su yegua alazana,
Y entró en Granada furioso
Por la puerta del Alhambra.

7.°

¡No la reina de las aves
Cuando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta,
Como parte de Jerez
El nieto del gran Zulema!
¡Bien se le parece al moro
Que amor las alas le presta!
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta
Hasta allanar el alcázar
De quien depende esta empresa.

Véle al pasar su Daraja,
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga,
Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte, aunque lo fuera,
Un hacha verde encendida,
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que miéntras vive su alma
No quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljófar, verde
Borceguí, mochila y cuerda:
Verde la aljuba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes extremos
Se ve lo pajizo apénas.
Conócele, y desconoce
La dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Bencerraje
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla,
Aunque le pesó de vella;
Y como más de cortés
Que de obstinado se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella, con voz alterada,
Le dijo, viéndole cerca,
Despues de algunos suspiros

Y alguna lluvia de perlas:
— Jarife, ¿para matarme
Tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser ésas?
¿Es Zaida la verde y viva,
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
A la comenzada empresa,
Si no está cansado el cielo
De sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galan
Y haberte puesto en la overa,
Por ser de prueba el adarga
Y la lanza algo más gruesa,
Y por ser, como otras muchas,
Esta jornada en mi ofensa,
Puedes allanar los montes,
Y hacer de los valles sierras?
¡Camina, ingrato, camina!
¡Pretende mujer por fuerza!
¡Trabaja de romper sólo
Por tantas gradas y puertas!
Que si de los justos cielos
Algo puede la clemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras;
Y el corazon que me diste,
Y agora, traidor, me llevas,
Pasado de tantas lanzas,
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
Temeridades aprueba,

Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.—
Esto dijo demudada,
Y sin aguardar respuesta,
En confusion á Jarife,
Y al mundo dejó en tinieblas.

8.°

— Fiel secretario Lisaro,
El forastero Jarife,
Sabiendo tus pretensiones,
Por esta carta te pide
Que á la discreta Daraja
No la rondes ni visites,
Ni gozar de sus favóres
Procures ni solicites:
Que no la escribas billetes,
Porque si alguno la escribes,
El alma que tengo en ella
Lo ve luégo, y me lo dice:
Que es harto mejor que ocupes,
En servir al Rey que sirves,
La pluma, que no ocupalla
En billetes mujeriles.
Hanme dicho que procuras
Con mil astucias y ardides,
Apartarme de sus ojos,
Siendo una cosa imposible.
Cánsaste en balde, Lisaro,
Si della quies dividirme,
Que dos almas que son una
Sólo el morir las divide.
Mil moros hay en Granada,

Tan gallardos y gentiles,
Que hurtan la hermosura á Apolo
Y esfuerzo y valor á Alcídes ;
Y aunque algunos pretendieron
Asistir en lo que asistes,
Salióles al fin la suerte
De la color de los cisnes :
Que este ceguezuelo amor,
Como es hecho de imposibles,
Lo que es fácil dificulta,
Facilita lo difícil.
Yo he visto moras gallardas
Despreciar moros sublimes,
Y despues poner su amor
En un paje que las sirve ;
Porque en gustos no hay disputa,
Ni en amor leyes que obliguen,
Ni en las mujeres razon
Que su gusto las limite.
Significote estas cosas,
Porque me han dicho que dices
Mal de mí, y que de Daraja
Te maravillas y ries,
Porque poniendo su amor
En un forastero humilde,
Deja un secretario real
Que la ciudad manda y rige.
Humilde soy, y no en sangre,
Que si eres de los Cegríes,
Yo soy de los Bencerrajes,
Y en desgracias parecíles.
¡Siempre fueron envidiados,
No es mucho que tú me envidies,
Que siempre damas nos quieren
Y traidores nos persiguen!

Tambien me certificaron
Que entre las trazas que diste
Para gozar de Daraja,
Desterrarme pretendiste.
¡Preciándote de discreto
Muy necia eleccion hiciste,
Porque mal, Lisaro amigo,
Un cuerpo sin alma vive!
Daraja tiene mi alma,
La suya en mi pecho asiste,
Vivir sin mí es excusado,
Y yo sin ella imposible,
Y pues indicios has visto
De ser esto verosímil,
Deja el alma de mi alma
Y procura otra alma libre.
Otras moras hallarás
Que te sirvan y acaricien
De voluntad, que el amor
Nunca por fuerza se rinde.—
Acabada esta razon
Cerró la carta Jarife,
Y á Lisaro la envió
Con un paje que le sirve.

LISARO.

1.º

Ya por el balcon de oriente
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana:

Por él la encogida rosa
Las hojas tiende y ensancha,
Y Clicie comienza el curso
Que hace mirando su cara.
En esta sazon Lisaro,
A quien fortuna contraria
Hizo enemigo á la vida,
Y amigo á la muerte amarga;
Cuanto infelice gallardo,
En una yegua alazana
Con tardo curso camina
Por la vega de Granada.
Mil veces la ciudad mira,
En agua los ojos baña,
Y procurando hablar,
Su voz un suspiro ataja;
Pero del dolor forzado,
Voz y suspiro acompaña,
Cansado de un dolor fiero
Que ya con su vida acaba.
—¡Zoraida, dice, que olvidas
A quien muriendo te llama,
A mis antiguos servicios
Pagaste al fin como ingrata!
¿No soy yo quien pudo un tiempo
Encender tu nieve helada,
Cuando decias: de Lisaro
Ha de ser siempre Zoraida?
¿Cómo olvidaste esta fe,
Y á quien tanto te agradaba,
Condenas á daño eterno
Nacido de tu mudanza?
¡Y tú, Rey, que has conocido
El valor de aquesta espada,
Rayo que ofende y deshace

A quien tus leyes no guarda;
Pues tal concierto ordenaste,
Poco mi vida te agrada,
Que mal admite concierto
La division que tal causa!
¡Dejárasme que muriera
Receloso de mi alma,
Y no me dieras la muerte
Entre muertas esperanzas!
¡Consintieras que Abenzaide,
Por ventura ó por ventaja,
Diera fin á aquesta vida
Que me ofende sin Zoraida!—
Esto dijo, y del turbante
Una pluma verde arranca,
Y espárcela por el viento
Que hasta el cielo la levanta.
—Huye de mí, dijo el moro,
Que tu color no me agrada,
Pues tras un desden tan claro
No habrá lugar de esperanza.—

2.º

Lisaro, que fué en Granada
Cabeza de los Cegríes,
Más gallardo en guerra y paz
Que el mejor Almoralife,
Salió de Alcalá de Henáres,
Donde sirviendo reside
El alcaidía famosa
Que le dió su rey Jarife.
No va cual suele á Toledo
A jugar cañas, ni viste

Morado alquicel de seda,
Ni dorado alfanje ciñe.
No siembra bonete azul
De granates y amatistes,
Ni lleva listadas de oro,
Blancas tocas tunecíes.
Sale buscando furioso
A su Zoraida, á quien sirve,
Y á su padre que la lleva,
Siguiendo á quien le persigue.
Encerrarla quiere el moro
Por sospechas que le oprimen,
Siendo tal, que puede al templo
Llevar el agua del Tíber.
Con estas ánsias Lisaro
Hace que su gente aplique
Al color del corazon
El vestido negro y triste.
Cuatro moros le acompañan,
Todos de negro se visten:
De negro son los jaeces,
Y de luto los tahalíes.
En alfanjes y acicates
Relumbran nuevos matices,
Y negras las estriberas,
De Córdoba borceguíes:
Las lanzas de color negro,
Los hierros la vista impiden,
Hasta las blancas adargas
Con bandas negras dividen.
Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden,
Sólo los frenos son blancos
Por la espuma que los tiñe.
Lisaro, sólo entre todos

Un ramo de laurel ciñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se para,
Aunque importa que camine;
Y mirando el ramo verde,
A sus esperanzas dice:
—Sólo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo, naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que áun cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte,
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tú que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere, y muerto vive.—
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida,
Que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.

Pónensele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

MOHACEN.

Antes que el sol su luz muestre,
La suya Vénus nos muestra,
Anunciador cierto y claro
De la Aurora y su luz bella,
A tal hora, que en Granada
Gran alboroto se suena
De atambores y clarines,
De añafiles y trompetas,
Que hacen de la gente alarde,
Y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
Y con sus damas la Reina;
Y luégo como el sol sale,
Salen moros á la vega,
Los más bravos y galanes
Que empuñan lanza ó jineta,
Vestidos y aderezados
Al fin, como para muestra.
Los que en sólo guerra tratan
Llevan adornos de guerra,
Los que son enamorados
Llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
Para que los reyes vean
Despues pasar las cuadrillas
Y escaramuzar los dellas.

Ya vienen, y van pasando
De cinco en cinco en hilera
Los de Ubeda y Andújar,
Los de Córdoba y Baeza,
De Málaga y de Jaen,
De Ecija y de Lucena,
De Velez y de Molina,
De Jerez de la Frontera.
Entre todos se señala
Mohacen el de Antequera,
En su caballo picazo,
Con marlota blanca y negra;
Negro y blanco el capellar,
Cabezadas y estriberas;
Negras y blancas las plumas,
Las borlas y la bandera;
De negro toda la adarga,
Y de plata mil estrellas:
Un cendal negro en el brazo,
Y el blanco brazo de fuera,
Y en la muñeca una ajorca
Que le dió de su muñeca
Celinda, de perlas de oro,
Linda, más que el oro y perlas.
Va tan lozano y gallardo
Que apénas toca la tierra;
Lleva los ojos á todos,
Y á todos el alma lleva,
Y á quien le rinde la suya
Baja el moro la cabeza,
Y vióla más bella y clara
Que la aurora clara y bella,
Diferenciándose á todas,
Como la flor á las hierbas.
Mohacen la miró alegre,

Y ella le miró risueña;
Habláronse con los ojos,
Que son de las almas lenguas.
En esto se pasó el moro,
Y ella traspasada queda,
Con la mano en la mejilla,
Contemplativa y suspensa;
Y dijo, considerando
Del moro la gentileza:
—Alá, Mohacen, te guarde,
Mahoma te favorezca,
Y en guerra ó en paz que trates,
Próspero fin te suceda:
Respétente los amigos,
Los enemigos te teman,
Las banderas de sus manos
Debajo tus piés las veas:
Sea tu lanza de diamante,
Las suyas sean de cera,
Porque los hieras y mates,
Y no te maten ni hieran.
Las damas, entre galanes,
Por el más galan te tengan,
Y en las fiestas y en las cañas
Más que todos bien parezcas,
Y las damas qne quisieres
Mucho más que á sí te quieran.
Nunca entre en su pecho olvido,
Ni en el tuyo entre sospecha:
Si competidor tuvieres,
A tí solo favorezca,
Y si con ella casares,
No te engañe ni te mienta,
Y tal gusto en ella halles
Que á todas dejes por ella:

Tengas desengaño en celos,
Y sufrimiento en ausencia:
Levántete la fortuna,
Y fije el clavo en su rueda.—
Nunca Celinda acabára,
Mas la escaramuza empieza,
Y vió ir su moro delante,
Porque á todos atras deja;
Y así trabada entre todos
Duró gran rato la fiesta,
Y volviéronse á Granada,
Donde otra fiesta se ordena.

MANILORO.

1.°

En la más terrible noche
Que envió la tierra al cielo,
De viento y oscuridad,
Soledad, frio y silencio,
Cuando todos se recrean
En blandos y dulces lechos,
Deja Maniloro á Ronda,
Bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
Y el suelo tiembla de miedo,
Porque conoce sus furias
Y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
Maldice la fiesta y juego
Donde vió la desventura
Que recelaba su pecho.

Cuanto llevaba vestido
Publicaba su tormento,
Con recelosas medallas
Y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
Y escrito en un jaez negro:
«Vaya, quien supo mudarse
Fuera de mi firme pecho.»
Con una marlota azul
De esperanza y cautiverio,
Llevaba unos eslabones,
Y este mote puesto en medio:
«Cautivó mis esperanzas
»Un moro, no caballero,
»Que si caballero fuera,
»No fuera mi mal tan fiero.»
En un capellar pajizo
Llevaba de azules veros
Una cenefa vistosa,
Y este mote en medio puesto:
«Veros me dió nueva vida,
»Y fuera vida no veros;
»Pues de veros vi mis véras
»Vueltas en burlas y juegos.»
Un bonete de brocado
Sembrado de camafeos,
Y por plumas dos espigas,
Y un pájaro en medio puesto,
Y dice la letra así:
«Granó sin sazon ni tiempo,
»Y el pájaro más cercano
»La comió por ser primero»;
Y por medalla un delfin,
Torcida la cola al cuello,
Con una letra que dice:

«Del-fin me quedó el deseo»:
Un borceguí turquesado
De dorados sellos llenos,
Y en cada sello dos caras,
De donde nació su duelo;
Y en medio de un ancho mar
Una ballena huyendo,
Y por letra: «Mi esperanza
»Va llena de descontento.»
A los cabos de la adarga
Llevaba los cuatro vientos,
Con una letra que dice:
«El menor pidiera de ellos.»
Al lado de la capilla
Llevaba en el hombro izquierdo
Pintado un blanco unicornio,
Y escrito en medio del cuerno:
«Uno solo puede dar
»A mil mundos descontento,
»Y el que más de uno sufriese
»Sufrirá carga de ciento.»
Entre cansadas divisas
Iba bramando y muriendo,
Y entre rabiosos suspiros
Hablando consigo mesmo:
—¡Mal haya el hombre que fia
De mujer y sus contentos,
Pues sabe que sus dulzuras
Son ponzoñosos venenos!
A un agravio tan notable
Mi brazo pondrá remedio,
Con revolcarme en la sangre
Del que oscureció mi cielo.
Pero no tiene él la culpa,
Porque va tras su deseo,

Sino tú, que le creiste
Sus ternuras y requiebros.
¡Mal se sirven dos señores,
Que es carga de grave peso,
Y el bien más alto se pierde
Cuando lleve más de un dueño!
Mas ten por cierto, Zoraida,
Que estás ya muerta en mi pecho,
Que mora que quiso á dos
Podrá querer á trescientos.—

2.°

En un alegre jardin
Que un ancho estanque cercaba,
Donde no se puede entrar
Sin fuerza de remo y barca,
Cuyas cercas de alabastro
Con barandillas doradas
Ha tejido el arrayan,
Naranjas, cedros y parras;
A sombra de unos jardines,
Recostada entre unas matas
De claveles y alelíes
Y de violetas doradas,
Gozando del dulce sitio
Que está brotando esperanzas,
Está la bella Celinda
Rendida de ausentes ánsias.
Como fué su mal con hierba,
Entre las hierbas descansa,
Pensando que hierbas pueden
Sanar heridas del alma.
Una gloria la entretiene,

Y esta gloria es la palabra
Del alcaide Maniloro,
Alcaide y rey de su alma.
Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galan en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Maniloro amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galan
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El dia del Santo espera,
A quien la gente villana
Celebra la noche y dia
Con escaramuza y zambras.
Para este dia la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive,
De esperar desesperada,
Que la esperanza más corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse,
Abrió una dorada caja,
Adonde tenía dos prendas
De la prenda que más ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada:

—De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mí celos
Miéntras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor más que esto manda.—
Una toca es la otra prenda
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego,
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia,
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpion,
Que con su aceite descansa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas,
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
—Sin más tormento de toca
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

AZARQUE EL DE OCAÑA.

1.º

El rey Marruecos un dia
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos
Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celíndaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba,
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,

Que sujeta la tenía
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamas me será voltaria,
»¿Quién se teme de la vuelta
»De tan hermosa contraria?»
Abenámar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Más merece quien me manda.»
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazon tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
«No se teme la mudanza
»En los que en igual padecen,
»Y se pagan con dos almas.»
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas, que lo entendieron,

Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho, y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,
El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenámar,
En lugar de meter paz,
Metieron mayor cizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

2.°

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La más ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradíes,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarría y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron, pues, los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
«A todo el mundo avasalla.»

Los Audallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que más éstos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medalla.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
«Éste, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
«No osará nadie miralla.»
Luégo vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes más que todos,
Con las marlotas de gualdas.
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodía llegaba;
La letra que lleva dice:

«¡Disparate es comparalla!»
Cuando ella le vido entrar,
De su asiento se levanta;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey,
Con los caballeros habla.
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan. —
Luégo la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

3.º

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces

De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares;
En las adargas traian
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston
En que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
Más que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes

Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar:—Alá te guie;—
Y del Rey un—muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocialle,
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó:—Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen;

«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron, en fin, al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácense los corrillos,
Y su motin se deshace:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcon queria,
Para librarle, arrojarse:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo:—Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey,
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,

Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: —Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros dias
Te llamaban los Alarbes
Venganza de aleves pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance; —
Y sin que dijese más,
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»

4.°

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que ciñe,
Do tiene en la guarnicion
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tíber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
—¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿Quién te escribe?

¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo,
Hechas de ámbar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
»Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine;
A mí me abrasan los celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque más tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste

Yo apostaré que le dices
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquiva arrogancia
Y tu condicion terrible
Apénas la vencen reyes,
Cuanto más hombres humildes;
Porque la madre de amor,
Cuando se holgaba allá en Chipre,
Si tu consejo tomára
No la infamaran ruines;
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves!—

5.°

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y más cuando el corazon
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada,
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasion
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;

Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice, envuelta en mil congojas,
Mil amorosas palabras :
—Bien sé, Azarque, que dirás,
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza ;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa;
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras :
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Si no es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasion causa.
Pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si seria forzoso
Partirte sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te di
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito

Con una ingrata mudanza;
¡Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazon y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídote, Azarque, que hagas
Pruebas de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para más desengaño
Te he de labrar una manga
De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
«Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala,
Porque entendió que venía
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

6.°

Azarque vive en Ocaña,
Desterrado de Toledo

Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
—Por alzarte con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedí corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro,
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos mios,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey

Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mí
Para echarle de sus reinos.—

7.º

Azarque, indignado y fiero,
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,
Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celosos las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenámar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:

«Si como damasco vistes,
Vistes jacerina y malla;
Si al campo vas tan furioso,
Como galan á las zambras;
Si como al blando Cupido,
Al terrible Marte tratas;
Si escaramuzas de véras,
Como de burlas te ensayas,
Mañana á las diez del dia
Quiero verlo en la campaña.
¡Y agradécelo, Albayaldos,
Que vives hasta mañana!
Salga Zulema contigo,
Que pues los dos á mi dama
La engañastes por el Rey,
De los dos quiero venganza:
Y áun de él tomalla pretendo,
Porque el ardor de mi saña
Irá envuelto en mis suspiros
A ponèr fuego en su alcázar.
Mil promesas la hicísteis,
Y despues mil amenazas;
Dulces ofertas tras esto,
Y despues fuerza tirana.
Mil halagos y dulzuras,
Engaños y quejas falsas;
Y engaños y quejas viles
Vengaré sin más palabras.
¿Caballeros sois vosotros?
No sois, sino vil canalla,
Pues por afrentosos medios
Procurais vuestra privanza.
¿Qué agravio mi alma os hizo,
Que agraviais así mi alma?
¿La mora que estaba en ella

Tanto os costaba dejarla?
Si fuerza de amores vuestros
A perseguirla os forzára,
Yo, que sé que es fuerza amor,
Yo, sé que os la perdonára;
Pero por ser tercería
De fementidas entrañas
Me pagarán vuestras vidas
La muerte de mi esperanza.
¡Ay mora fácil, ay mora!
¡Y cómo en doradas cuadras
Y bien trazados jardines
Mil traidores te regalan!
¡Ay qué presto te vencieron!
¡Qué presto los gustos pasan!
¡Qué poco vale la fe,
Si quien la dió no la guarda!
¡Cuánto mejor le estuviera
A mi dicha y á tu fama
Ser nuevo ejemplo de amor
A la morisma de España!
¡Qué bien pareciera en tí
Despreciar promesas falsas!
¡Y qué bien manchar tu lecho
Con muerte y no con infamia,
Si te quitáran la vida,
Y el honor no te quitáran;
Mas ¿qué dije? Vive, amiga,
Sin honor y con mudanza,
Verás que guarda mi pecho,
Con mil agravios de guarda,
Las cenizas de tu olvido,
Y de mi querer las brasas.
Verás trocadas las suertes,
Yo quejoso y tú olvidada:

Tú finalmente mujer,
Hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envia,
Y él se apercibe á batalla.

8.°

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y áun apénas la hubo leido
Cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque.
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,

Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado más pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas la envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.
A las diez del dia dices
Que contra mí al campo sales;
¡Pésame, porque me alargas
Tanto el plazo de matarte!

Pero no verás el dia
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases;
Mas, palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

9.º

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traian;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los jinetes que el moro

Tenía y trae para guarda.
Otros ciento le reciben,
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: —Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
—La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo más eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamas osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñeran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!

¿No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?
¿A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¿A las vuestras no muriera
Sin pregones más honrada?
¿Cómo es que no me entendeis?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: «Esta es la justicia
Que nuestro rey hacer manda
Al moro Azarque, traidor
Contra su corona sacra.»
—¿Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma?
Por hacer lisonja al Rey,
¡Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡Oh firmezas mujeriles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros
Y á batir vuestras murallas!
Vióla Azarque, y al sargento
Dijo: —Solas dos palabras
Tengo yo que hablar aquí;
No me niegues esta gracia.
—Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgaráse de escuchallas.
—En mi prision, dijo el moro

Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres várias.
Dobló tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas:
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto, de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada:
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad de su asta,
En la cual iba esta letra:
«Otra para el Rey se guarda.»
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja;
Y fué tan grande el ruido,
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
— Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á tí se vuelvan sus armas.—

Porfía el Rey en que muera ;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza ;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Olías se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

ALBENZAIDE.

Con amarillas divisas,
Azar de fortuna avara,
Y desesperada empresa
De ausencia desesperada ;
Descubiertas sus pasiones,
Y al brazo izquierdo la adarga,
Y en ella de Amor y Marte
Una reñida batalla,
Que sobre partir un moro
Dudosamente se traba ;
Pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma,
Y por divisa esta letra :
« Sepa aquesto Galiana. »
Por la deleitosa vega,
Del rey de Toledo Audalla,
Por cuyos llanos extiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, capitan,
Vencedor famoso en armas,
Y solo de sí vencido
Porque el alma es tributaria,

Junto á los palacios ricos
De aquella mora gallarda,
Que ha Galiana por nombre,
Y es de amor belleza y gala,
Haciendo penoso alarde
De los tormentos que pasa,
En una alazana yegua
Pasea la vega llana.
A tomar va la licencia
Y bendicion de su dama,
Que el Rey le envia al socorro
De su deudo el de Granada,
Que le tiene en gran aprieto
El de la mano horadada.
Mándale luégo partir;
Mas dice Amor que no parta;
Que suele hacer en amores
La ausencia burlas pesadas,
Y por madrastra la siente
Quien mejor de ausencia escapa;
Pero todo lo atropella
Temor de cobarde fama,
Y la honra le hace fuerza,
Que ya es honra la desgracia.
Ve á su Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
Cogiendo el delgado viento
Que ondea en las frescas aguas.
Salúdanse con los ojos,
Y encuéntranse con las almas:
Hácela el moro mesura,
Y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
Que la lengua está vedada,
Y aunque el moro hablar quisiera,

La plática amor baraja ;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anéganse las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas ;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza :
Muéstrale la empresa y mote,
Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana.
La mora se lo promete,
Y tambien ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitan de ánsias
Hácia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas :
De tener cargas se queja,
De ser capitan se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

SARRACINO Y GALIANA.

1.°

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en su pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan.—
Libertad tuve algun dia;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso más que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Híceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfía tanta,

Que vino á sacar centellas
De una piedra dura, helada.
Apénas le quise bien
Cuando fortuna voltaria
Hizo que la muerte dura
Probase en él su guadaña.
Murió por ser cosa mia,
Entre mil moriscas lanzas,
Quedando yo prisionera
De tu pariente Abenámar.
En mi alma el monumento
De sus cenizas se guarda,
Y la memoria importuna
De cenizas fuego saca.
Así te dé Dios ventura,
Señora, en eso que labras,
Que mires por tus deseos,
Que son traidores de casa,
Y que dejes que mi llanto
Apriesa del pecho salga.
Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho que llorar me falta.

2.º

En el cuarto de Comares,
La hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza
Labraba una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas:
La manga es de tal valor,
Que precio no se le hallaba.
De alfójar y perlas finas

La manga iba esmaltada
Con muchos recamos de oro
Y lazos finos de plata;
De esmeraldas y rubíes
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama;
La tiene en el corazon,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho más le ama.
Sarracino lo merece,
Por ser de linaje y fama,
Y no lo hay de más esfuerzo
En el reino de Granada.
Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece á Galiana,
Que era la mora más bella
Que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino,
Que ella dél se enamorára,
Y por los amores dél
Dejára los de Abenámar.
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambras,
Porque entiende el Rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana,
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

3.º

Aquel firme y fuerte muro
En defensa de su patria,
Y bravo y fiero leon
Contra la nacion cristiana;
El que dió tantos asaltos,
Y escaló tantas murallas;
Al que teme todo el mundo
Por su fuerte brazo y lanza;
El que las mezquitas pobres
Tiene ricas, y adornadas
De victoriosos trofeos,
Memoria de sus hazañas,
Y el que enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,
Y el más que todos querido,
Y servido de las damas,
Y á quien le dan sus favores
En los saraos y zambras,
Y á quien todas le presentan
Para los juegos de cañas,
Ricas mangas y almizares,
Y divisa de su adarga,
Y el más bienquisto en la córte
De Almanzor, rey de Granada;
Es el fuerte Sarracino,
Que estando malo en la cama,
A su cabecera tiene
La flor de belleza y gala,
Que es una graciosa mora,
Que Celia ó cielo se llama;
Que más el nombre de cielo

Que no el de Celia le cuadra,
A quien tiene el dios Cupido
Cuenta de pagarle párias,
Y así su mal es ninguno,
Pues con tanto bien se paga;
Y todos juzgan por gloria
El mal que en la cama pasa;
Y aquel que más salud tiene,
Trocára de buena gana
Con su larga enfermedad
Aunque nunca se acabára;
Pero á él no le satisface,
Ni para alegrarle basta,
Y es porque el moro estaba ausente
De su hermosa Galiana,
Y con suspiros le dice:
—¡Gloria y amor de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Dulce bien, dulce esperanza
Del corazon que te adora,
Y que tú propia traspasas?
Muy presto será mi muerte,
Si tú en visitarme tardas:
No hagas hechos de fiera,
Pues tienes de ángel la cara,
Pues tú con tu hermosa vista
Resucitas á quien matas.—
Y en esto diciendo, el moro
Pide con mortales ánsias
Que le den tinta y papel
Para escribirle una carta.

ZAIDA LA DE TOLEDO.

1.°

Por las riberas del Tajo,
Donde más su curso extiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerraje gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor que dar puede,
En un overo que al viento
En la ligereza excede,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerraje,
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve
Como una liviana caña
Que ligera el aire hiende.
—¡Oh cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquiceles
A mí y á un moro traidor
Trocára en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve

A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á sólo tu gusto atiende?
Yo jamas he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mia:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamas, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me den afrentosa muerte,
Y que del todo olvidada,
De saberla no te pese,
Si la fe que te he jurado,
Mora mia, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaracion pruebe,
Pues va sembrada sobre aguas,
Cual ves, de pequeños peces,
Que jamas sonido alguno
Con la lengua formar pueden;
Y si no fuere más mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene;
Que á no estar él de por medio

No tirára caña leve,
Sino lanza que pasára
El pecho de quien me ofende.—

2.°

En un dorado balcon,
Cuya fuerte y alta casa,
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus aguas,
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerraje á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerraje que aguarda.
De léjos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado más cerca
Le entristece y desengaña.
—¡Ay mi Bencerraje, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa
Fuiste el más triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas:

Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues vi de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno, el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama.—
Dice, y vió que el Bencerraje
Gallardo á su puerta llama,
Y ligera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

3.°

El Bencerraje que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por más que la ausencia triste

Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro
Cuando más su pasion crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere;
Mas quien gozó alegre estado
Cual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo,
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque áun en esto procura
Su mucha pasion se muestre.
Llegado el moro al balcon,
Donde á su dama ver suele,
Viéndose tan léjos de ella
Nuevo dolor le enternece.
—¡Ay balcones venturosos,
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde casería
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡oh Zaida!
Trocado hubiera, por verte,

Esta ciudad, y mi casa
Por sólo un pajizo albergue,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,
Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre.—
Esto dijo el Bencerraje,
Y amor, que le favorece,
En céfiro se trasforma
Que blando sus plumas mueve;
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y ligero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el moro,
Dijo :— Así es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza,
Parte de mi luto lleves. —

BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

1.º

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadalara,
Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un mártes por la mañana.
Alegre amanece el dia,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan;
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la Reina, con ser Reina,
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;

¡Mas muchas se van con él,
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas y de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,
Lleva una Muerte partida,
Que juntarse procuraba,
Con un letrero que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantádose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadalara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadalara,
Pues es mártes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

2.°

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,

Y que Bravonel pedia
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalara.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadalara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ánsias,
Traia en un cielo azul

Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Záfiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa:
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«¡Tal me puso una mudanza!»
Guadalara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar,
De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras.....
Sí, lo supe; celos fueron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

3.°

Despues que en el mártes triste
Mostró alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalara.

No quiere ver ni ser vista
Despues que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría
Y principio de sus ánsias;
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decia:
«¡Todas son para el que calla!»
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa,
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,
Y con ausencia tan larga,
Está cierta de que quiere,
Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la cansan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban.
Dobla el llanto porque el Rey
Mandó á los guarda-damas
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadalara,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendria á ser

Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena,
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena,
Una alta peña labraba,
Desde donde nace un rio
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
« Muy mayor es Guadalara. »
Con esto pasa la vida,
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel,
Que es de sus penas la causa.

4.°

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza,
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas ondas Ebro
Parecia que llamaba
A la esquina de un jardin,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
—¡ Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,

Y estas lágrimas os fio ;
Si no son muchas, llevadlas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosías
Clavellinas y albahacas :
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ánsias
De este capitan de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalara,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras.....
Mal he dicho ; no las vea,
Que me corro de llorarlas,
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama ;
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas.—
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus jinetes,
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida Muerte,
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponia,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en arábigo una letra :
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel

Y en un overo cabalga,
Diciendo: —¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga! —

5.°

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celin Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío
Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luégo despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así, aunque es moro gallardo,
Desiste de la demanda,

Mas no de rendir contino
A Celinda vida y alma.
Él de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
É impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo,
Y espera traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato y le habla,
Dice: —¡Trasunto de aquella
Mora que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambras!—
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva cuanto dama.

6.º

A las sombras de un laurel,
Junto de una fuente clara,
Do vertia sus cristales

En una negra pizarra;
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardin do tenía
El rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalara,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En arábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya.
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma.
El rio, contra costumbre,
Y las aguas luégo paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas, y descansa:
—¡Amadas ondas, les dice,
Del corazon y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubrís á la clara,
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra.
¿Decisme que quedó triste?
¡Más triste quedó mi alma,

Pues de dia no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el mártes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba! —
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas,
Y viendo en tierra un papel,
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el rio Guadalara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

7.°

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,

Hecho de verjas de plata,
Sólo por los ojos negros
Reconoce á Guadalara ;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

HOMAR LUSITANO.

El gallardo moro Homar,
Que en Africa residia,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones,
Puesto que amaba y servia
Con vida, hacienda y persona
A la bella mora Ziza,
A quien el incauto moro
Muy muchas veces decia
Que allá en la fuente de Almeida

Vaya para hablarle un dia.
A esto responde la mora:
—¡Ay Homar de mi alma y vida!
¡Cómo me mandas que vaya
A ser dos veces cautiva,
Una de tí, y luégo otra
De ese capitan de Arcilla,
A quien no se escapa moro
Ni mora que no cautiva,
Porque es Marte en el valor
Y Ulíses en maestrías!—
La mora cumple su ruego
Despues de larga porfía;
Pero áun no hubo bien llegado
Do su muerte está vecina,
Cuando salió el lusitano
De do emboscado yacia,
Y cautivando la mora
Se va la vuelta de Arcilla.
El sarraceno, que vió
Cautivo el bien de su vida,
Al capitan, humillado,
Con humilde voz decia:
—¡Suplícote, si algun tiempo
Tuviste en amor desdicha,
Permitas que pueda hablar
Con la que llevas cautiva.—
Concedida la licencia,
El moro así habla á Ziza:
—Yo te juro, dulce esposa,
Por Pluton y Proserpina,
De librarte, ó morir ántes
De media luna cumplida.—
La mora, triste y llorosa,
Al gallardo moro mira,

Diciéndole : — Ya es tarde
Para seguir tu porfía,
Y pues tan tarde viniste,
Vuelve, moro, á tu alcaidía,
Y procúrala guardar
Mejor que guardaste á Ziza. —
Corrido y avergonzado
El moro se alzó en la silla,
Y cubierto de su adarga
Arremete en balde, aprisa,
Contra la segura gente,
Mas allí perdió la vida.
La desconsolada mora,
Junto del cuerpo tendida
De su mal logrado amante,
Con triste canto decia :
— Rompa mi blanco pecho
Este puñal agudo,
Pues mi desdicha pudo
Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
En triste sepultura,
El mio sin ventura,
Y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
Este mi triste amor y desvarío,
Que sí será, y yo fio,
Miéntras hubiere estío y frio invierno.
Arranquen mis entrañas
Las aves carniceras,
Tambien las bestias fieras
Naturales y extrañas,
Quedando sólo el nombre
De los dos que murieron ;
Porque bien se quisieron,

Dignos de eterna fama y de renombre.
Pesaroso el capitan
Por ver la presa perdida,
Se recogió con su gente
Para su fuerza de Arcilla.
Y porque en memoria fuese,
Puso en mármol esculpida
Esta lamentable historia
Del moro Homar y de Ziza.

MOSTAFÁ.

Sembrados de medias lunas
Capellar, marlota y manga,
Y de perlas el bonete,
Con plumas verdes y blancas,
El gallardo Mostafá
Se parte rompiendo el alba,
Adonde la armada fuerte
De su Rey le espera y llama;
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»Añafiles, sacabuches,
»Le hacen la seña y la salva.»
Cabalga el bizarro turco
A la brida y la bastarda,
En un caballo más blanco
Que la blanca nieve helada.
Ligero, brioso y fuerte,
Con unas efes por marcas,
Que hasta en el caballo quiere
Mostrar su fe limpia y casta.
Pártese el bizarro turco

A la conquista de Malta,
Y á otra mayor conquista
Que tiene en su pecho y alma;
« Y de la mar las trompetas,
» Chirimías, pitos, flautas,
» En voz formada le dicen:
» General, embarca, embarca.»
Responde el amor por él:
— ¿A do, fortuna, me llamas?
¿Quieres te busque en el mar,
Pues en la tierra me faltas?
¿Piensas que de la mar pueden
La multitud de las aguas
Aplacar la mayor parte
De este fuego que me abrasa?—
Y con este sentimiento
Por delante el balcon pasa,
A do le amanece el dia
A la noche de sus ánsias;
Y reparándose todas,
Viendo presente la causa,
Dispuesto á darle favores,
Que ya de desden se cansa:
— Hermosa Zaida, la dice,
Si mi presencia te enfada,
Dame una prenda á tu gusto
Con la licencia que parta.
— De tu partida me pesa,
Le responde, pero basta
Con que lleves esta prenda
De aquestas manos labrada.—
En los estribos el moro,
Del capellar en la manga
Las dulces prendas recoge
De la que le prende y mata.

Descubre un lienzo labrado
De oro fino y seda parda,
Con la rueda de fortuna
A lo vivo dibujada;
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»En voz formada le dicen:
»General, embarca, embarca.»
—No tan aprisa, enemigos;
Dejadme gozar la palma,
Que mis deseos encumbra
Y mis razones ensalza;
Y porque á la cumbre suba,
Tan sólo mi Zaida falta,
Que quieras tú dar la mano
A quien das mano y palabra.
—Conténtate por agora,
Dice la bella sultana,
Que el tiempo lo cura todo,
Y como venga no tarda.—
De alegre y contento el moro,
Mudo con los ojos habla,
Y pártese porque es fuerza;
Y el cuerpo parte sin alma:
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»Añafiles, sacabuches,
»Le hacen la seña y salva.»

EL ALBANES.

1.º

Criábase el Albanes
En las córtes de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criára
El mejor de los sultanes;
Del Gran Señor regalado,
Querido de los bajáes,
Gran capitan en la guerra,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Y espejo entre los galanes.
Recien venido era entónces
De vencer, y de ganalle
Al de Hungría dos banderas,
Y al Sofí cuatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles capitanes,
Ni contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No más armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes;
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos más bellas turcas
Que tiene todo el Levante?
Bien conoció su valor
Amor, que para enlazalle,

Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos prendalle.

2.°

Tuvieron Marte y Amor
Un dia grandes combates,
En unas reales fiestas
En las córtes de Amurates.
Juntas, pues, muchas naciones
De moros, turcos y alarbes,
Entre todos se señala
El Albanes muy pujante,
Que ha llevado de las justas,
A pesar de los bajáes,
El lauro de la victoria;
Pero quiso Amor premiarle
Con el favor que Arselinda
Desde un corredor le hace;
Turca ilustre de valor,
Descendiente de sultanes,
La cual le envia un recado
Al palenque con dos pajes.
El Albanes le recibe
Con apacible semblante,
Y ya cuando de la plaza
Mandó el Sultan que le saquen,
Y que resuenen las trompas,
Los pífanos y atabales,
Quiso fortuna envidiosa,
Para más entronizarse,
Que se quejase al Sultan
Un bajá valiente y grave,
Diciendo:—Mire tu Alteza

Cómo el honor se reparte,
Que se hace agravio á muchos
Que más que el Albanes valen. —
Dijo el Sultan : — Pues quereis
Parte de su honor quitarle,
Al que matáre un leon
El premio pretendo dalle. —
El Bajá salió primero,
Y el leon al Bajá sale
Tan furioso, que le hizo
De un encuentro muchas partes.
El Albanes valeroso,
Desnudo su cuerpo, sale,
Poniendo su mente en Dios,
Con un baston recio y grande.
El leon arremetió,
Y una amorosa voz sale
De Arselina, que decia :
— ¡Santo Alá! querais librarle. —
Tuvo gran cuenta el guerrero,
Y para mejor matarle,
Metió en la boca al leon
El baston, y presto ase
De un corto y fino puñal,
Con que dos heridas hace
Al leon en las entrañas,
Por do vida y sangre salen.

3.°

Regocijada y contenta
Está la hermosa Arselinda,
Turca de mucho valor,
Y del Gran Sultan sobrina.

Procedióle este contento
Del gran placer y alegría
Que le causó la victoria
De su Albanes aquel dia.
Consigo hace la dama
Una amorosa porfía :
Ella á sí propia pregunta,
Y ella á sí se respondia :
— Dime, Arselinda, que estás
Por un cautivo cautiva :
Quien supiera tus amores,
¿Qué dirá de tí, Arselinda ? —
Pero pasado este trance,
El que el honor le retira,
Llega el bullicioso amor
Y de nuevo en ella aspira,
Por lo cual la dama dice :
— ¡ Ay, Albanes de mi vida,
El más valiente y galan
Que encierra en sí la Turquía !
¡ Cuán bien andante será
La que en tu favor recibas,
Porque aunque cautivo estás,
Eres señor, y de estima ! —
No quiso más aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genízaro llamando,
Al Albanes se lo envia :
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardin,
A do aguardando estaria.
El Albanes recibió
El recado, y respondia
Que le agradece el favor,

Y que será obedecida.
Juntos, pues, los dos amantes,
El Albanes le decia:
— ¿Qué me quereis, mi señora,
Bien del bien del alma mia?
— No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentía
Mañana con los bajáes,
Por mi gusto y tu porfía;
Sólo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva
Para cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida. —
El Albanes le responde:
— Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albania,
Y vos criada en Turquía;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mi fe perderia
Mil mundos si los tuviere;
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardía,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el Sultan reciba. —
Con esto se despidió,
Dejando sola á Arselinda,
La cual, triste y lamentando
De su fortuna, decia:
— Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejóme viva
Para más tormento.
Vencíme de amor
Por un Albanes,

Que aunque esclavo es,
Es Marte en valor :
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejóme viva
Para más tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones ,
Ni las ocasiones
Que la demostraron ,
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento ;
Pues siendo cautiva ,
Me dejó á mí viva
Para más tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa ,
Pues que no hay disculpa
A tal libertad :
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para más tormento.
Es más insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Seráme imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para más tormento.

4.º

— Detente, buen mensajero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu traje,
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles,
Los moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿ En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde,
Aunque todo sea noche
Para quien vive en la cárcel?
¿ Qué damas entran á verle,
Que ganando en visitarle
Obras de misericordia,
De injusticia me las hacen?
Y dime si está muy triste;
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.
Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades.
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil Albas han salido
Y nunca la suya sale.
No sé qué tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay mujer que no le adore

Ni hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena
Que nadie iguala á su sangre,
Vale más él por sí solo
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien sólo con miralle
Matar los toros un dia,
No hay gusto que no me mate,
Y con saber que saliendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea,
Aunque él me remedie tarde. —
— Ese cautivo, madama,
Que fué de los doce Pares
(Le responde el mensajero),
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se preparan
De vestidos y plumajes
Para de España salir,
Y entrar en Francia galanes;
Mas no espero, mi señora,
Que vuestro remedio trate,
Que aunque libre traiga el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos há que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que gloria llama á sus males. —
La francesa, que esto oyó,
Sin que más razon aguarde,
Cerró la ventana y fuése
Rompiendo á voces los aires.

ZELIZARDO.

Por ponerse su albornoz
Ordenó un juego de cañas
Zelizardo, un Bencerraje
El más galan de Granada.
Comenzóse á murmurar
Que se le envió su dama,
Y en pago de aquel favor,
Aquella fiesta ordenaba.
Era el albornoz azul,
Con oro y plata escarchada;
Que en ser azul albornoz,
Su nombre y color declara.
Sembradas de trecho en trecho
Lleva unas flechas doradas,
Y en cada flecha esta letra:
«Ninguna defensa basta.»
Para ponérsele, el moro
Hizo una marlota blanca,
Que como piensa morir,
Previénese de mortaja.
En ella puso esta letra:
«Conmigo traigo la causa
»Por que entienda todo el mundo
»Por quién vivo y quién me mata.»
Una pluma sola verde
En el bonete llevaba,
Por mostrar que de su vida
Tiene muy poca esperanza;
Que mirando el albornoz,
Como las flechas llevaba,
Mira la letra que dice:

«Ninguna defensa basta.»
Alegrías á su muerte
Hace el moro, porque halla
Descanso en morir de amores,
Que es quien rinde tantas almas:
Y ansí porque todos sepan
Que él muere y vive su dama,
Una candela encendida
Hizo pintar en la adarga,
Y en un tostado alazan
Entró á pasear la plaza,
Hasta que se hizo hora
De entrar al juego de cañas.

FIN DEL ROMANCERO MORISCO.

ÍNDICE.

	Págs.
Celin de Escariche.	5
Amores de Boabdil y Vindaraja. . . .	13
Saler Zegrí..	17
Adulce.	19
El alcaide de Molina.	28
Celindos.	35
Celalba.	43
Zulema.	45
Cegrí.	55
Arlaja..	62
Aliatar y el maestre de Calatrava. . .	64
Muley..	80
Almoralife.	84
Jarife.	91
Lisaro.	112
Mohacen.	117
Maniloro.	120
Azarque el de Ocaña.	126
Albenzaide..	150
Sarracino y Galiana.	153
Zaida la de Toledo.	158
Brabonel, de Zarrgoza.	164
Homar lusitano.	175
Mostafá.	178
El albanes.	181
Zelizardo.	189

FIN DEL ÍNDICE.